DR. ATL

GENTES PROFANAS EN EL CONVENTO

Ediciones Botas - México

Gentes profanas en el convento

Dr. Atl

Gentes profanas en el convento

Dr. Atl

Senado de la República

Primera edición: Ediciones Botas, México, 1950.
Segunda edición: diciembre de 2003, Senado de la República
ISBN: 970-727-034-9

Impreso y hecho en México
Printed and made in México

Creative Commons

Índice

Prólogo 9
Los primeros profanos 11
Derrota 13
Un prisionero en marcha 14
Andar sin rumbo 17
El ángel del Señor y el convento 19
Una comida formal 21
Sueño profundo 23
Baño litúrgico 25
Adaequatio rei et intellectus 28
El coronel 31
El mercado de la Merced 34
La santa Biblia 36
El fantasma y el coronel 37
Miedo infundado 43
En busca de la fortuna 44
Las taquígrafas de la Lerdo 47
Leonor 49
Sinfonías cursis 50
Los grandes volcanes 50
La lluvia en el bosque 51

El viento contra el cráter 53
El corazón de Anáhuac 53
Turistas en el convento 54
La colección Pani 57
Artes populares 59
Una teoría como otra cualquiera 61
El paisaje y las nuevas técnicas 62
La pintura a la "petro-resina" 63
Los Atl-colores 63
Temple al óleo 66
Petróleo en el Valle de México 66
Un hombre más allá del Universo 68
Arqueólogos clandestinos 73
La ley y el rosario 77
Una letra misteriosa 79
Cartas del otro mundo 84
Una historia de amor 85
El misterio de los amantes 133
Los melones de Ameca y las muchachas de la escuela 134
Las nuevas amigas 137
Un vuelo inesperado 140
La nueva secretaria 141
Cuentos de todos colores 143
I. El hombre y la perla 143
II. El orador mixteco 146
III. La muchacha del abrigo 150
IV. El cuadro mejor vendido 155
Comentarios 158
Nuevos libros, *La actividad del Popocatépetl* 159
El padre eterno 159
Optimismo 160
Éxitos y fracasos de los libros 165
La familia innumerable 166

Banquetes 168
Los grandes negocios 170
Oro más oro 172
Mercedes 175
Una profana excepcional 179
Bombas volcánicas 180
Una exposición y una monografía 183
Panegírico de las Iglesias 186
Diatribas contra la Iglesia 190
Una excursión al Popocatépetl 195
Cambio de fortuna 204
Lucio 207
La muerte de Lucio 208
La bella dama de enfrente 210
El misterio del nicho 213
La Liga de Escritores de América 214
Otra vez las artes populares 216
La exposición de California 218
Profanos desilusionados 221
La muerte de Obregón 222
Profanas ilustres 225
Hastío 229
Visión apocalíptica 230
¡a navegar! 232

Prólogo

Hay en esta novela múltiples e interesantes acontecimientos y accidentes de la vida de un hombre —encuentros con espantos, aparición de ángeles vestidos a la última moda, trasuntos de trabajo, del cual se dan algunas muestras, tumultos de gente joven ante un hecho cualquiera, gentes insignificantes llenas de grandeza— y una colección de cartas de amor encontradas en una tumba del claustro mercedario, que dignifican y llenan todo este ensayo autobiográfico, que tiene el tono y el estilo de una simple conversación con un amigo.

Dr. Atl

México, 25 de noviembre de 1949.

Los primeros profanos

Los soldados del Benemérito de las Américas, que arma al brazo, y obedeciendo a las leyes de la Reforma desalojaron a los rollizos mercedarios de su viejo Convento de la Merced, se convirtieron, por ese mismo acto, en los primeros profanos que pisotearon la santa morada dedicada a la oración y a la caridad.

Hasta la víspera de la sacrílega expulsión, el claustro se componía de una iglesia coronada por una torrecilla, un gran patio de arcadas superpuestas, vivamente policromadas, amplios refectorios, cocinas, y tres series de celdas hacia la parte oriente, cuyas ventanas asomaban a un canal por el que llegaban las verduras desde los pueblos de Jamaica y Xochimilco; otra hacia el norte, muy vasta, y la que se extendía a lo largo de la fachada principal.

El conjunto del edificio ocupaba un área de casi cuarenta mil metros cuadrados, y fue, durante centurias, un centro de intensa propaganda religiosa. Cuando el gobierno lo incautó, las construcciones de la parte norte fueron demolidas para hacer un mercado público, y la mayor parte de las celdas se convirtieron en casas para habitación y locales para comercios, quedando en pie el gran patio, la escalera monumental,

dos salones, un refectorio, la iglesia en ruinas y algunas celdas aisladas.

Forman el patio dos series de arcadas superpuestas de muy diverso estilo. La inferior es una parodia del patio de La Cartuja de Pavía, y es bastante proporcionada y elegante. Se presume que sus constructores no proyectaron ponerle nada encima, pero las necesidades de la comunidad exigieron un piso más, y se construyó un corredor de arcos pesados, labrados con exceso, y sin relación ni en sus líneas ni en sus masas con la arquería inferior.

Sin embargo, la policromía de que estaban revestidos entablamentos, cornisas y columnas, daban un aspecto pintoresco al conjunto. Los tonos rosas y azules, verdes y grises, resaltaban sobre el fondo rojo oscuro de los corredores. Pero los soldados del Benemérito de las Américas no fueron partidarios, a lo que parece, de los colores chillantes, y se dedicaron a limpiar los complicados labrados hasta dejar la cantera viva, haciendo que el patio perdiera su aspecto de pabellón de feria. Largos años ocuparon el edificio, y cuando lo abandonaron, el convento de la Merced, mutilado, despintado y deshabitado, se había convertido en una ruina.

Mucho tiempo después, otro profano, sin arma al brazo, llegó al viejo claustro en calidad de limosnero, digno sucesor de aquellos pobres que llamaban a la puerta de los frailes para pedir abrigo y un pedazo de pan. Este otro profano era yo —despojo que arrojaba entre las ruinas de un convento la resaca de una derrota.

Llegaba del desastre de Algibes, donde las tropas del Presidente Carranza habían sido aniquiladas por las mesnadas de cuarenta o cincuenta generales que vieron en los campos de batalla el camino para escalar la Presidencia de la República.

Derrota

En Algibes, el gobierno de Venustiano Carranza había hecho el punto de una defensa desesperada, después de una serie de escaramuzas que tuvieron lugar desde la salida de la Ciudad de México a lo largo de la vía del ferrocarril mexicano, con la mira de abrirse paso hasta el puerto de Veracruz y establecer ahí la capital provisional de la República. La lucha se desarrolló con furia alrededor de los largos trenes que conducían empleados y familias, archivos y el tesoro de la nación, el tesoro en numerario, bien entendido. Las líneas de defensa fueron destrozadas rápidamente, los campos se cubrieron de muertos y heridos y algunos generales gobiernistas encontraron la muerte frente al enemigo. La moral de las tropas estaba deshecha. Se conocía la superioridad de los atacantes y se carecía de planes para la defensa. Los archivos fueron quemados, se abandonaron las impedimentas y las cajas que contenían treinta o cuarenta millones de pesos en oro. El Presidente Carranza se vio obligado, a pesar de sus esfuerzos, a dejar el campo a los que lo habían traicionado y a remontarse en compañía de algunos de sus partidarios por las abruptas sierras, donde fue asesinado.

Antes de que el gobierno se disgregase, yo propuse al Presidente entablar negociaciones con el General Obregón, jefe de la revuelta, y aceptó. El licenciado Berlanga, ministro de gobernación, redactó el documento que me autorizaba, escribiéndolo con dificultad sobre las ásperas paredes de un furgón de carga, y precisamente en el momento de un ataque de las fuerzas del General González, que se habían dado cuenta de la retirada del Presidente y pretendían capturarlo. Los muertos y los heridos caían a uno y otro lado del furgón, y en medio de una nutrida balacera, Carranza montó a caballo,

seguido de un grupo de fieles amigos, militares y civiles, firme en su propósito de continuar la lucha.

Un prisionero en marcha

Pancho Serna, intendente de las residencias presidenciales y yo, que no ostentaba ningún título, nos mezclamos entre los soldados que huían cargados de bultos y seguidos de mujeres que llevaban en brazos niños despavoridos. Multitud de empleados con el espanto en el rostro, se atropellaban formando un tumulto que se precipitaba por un camino polvoso hacia las casas de una hacienda. A cada paso tropezábamos con rifles y cananas, con bolsas llenas de monedas que los prófugos trataban de salvar en su derrota. Entre el polvo se veían chorros de monedas de plata, como serpientes luminosas, pronto sepultadas por las pisadas de los fugitivos. De repente, entre el gentío se oían gritos de dolor. Alguien caía. La muchedumbre pisoteaba al caído. Otro grito desgarrador: ¡Mi hijo! Era el grito de una madre enloquecida que apretaba contra su pecho la cabeza de un niño convertida en flor de sangre por una bala expansiva... "¡Corran, corran!, decía otra madre a varias criaturas asustadas, corran, que nos alcanzan".

Los soldados que habían hecho pedazos a las tropas del gobierno avanzaban sobre los fugitivos y disparaban sin misericordia. Se acercaban con rapidez, pero el pavor daba alas a nuestros pies, y volamos hasta ponernos fuera del alcance de los perseguidores. En una pequeña hacienda nos reunimos, jadeantes, pero ya lejos del alcance de las tropas victoriosas. En medio del desorden cada quien tomó la determinación que le pareció más conveniente. La mayor parte de las mujeres se quedaron en la finca. Los soldados se despojaron de sus arreos militares y tomaron diversos rumbos. Los empleados públicos no sabían qué hacer.

Por la noche Pancho Serna y yo nos propusimos caminar apartándonos de la línea del ferrocarril. Cerca del amanecer nos refugiamos bajo un pirul y esperamos el nuevo día. Su luz nos descubrió un campamento de fuerzas rebeldes. Sería mejor decir que la luz del día nos descubrió a nosotros: los soldados del campamento se dieron cuenta de nuestra presencia y nos prendieron. A Pancho Serna se lo llevaron hacia una ranchería y a mí me rodearon seis o siete soldados. Un capitán me sujetó al interrogatorio de rigor, arbitrario y estúpido, y me despojó de cuanto llevaba de valor, que no era mucho. Luego dio orden de conducirme al cuartel general, a veinte kilómetros de distancia. Nuevo interrogatorio en el cuartel general, esta vez lleno de formalidades, las que no se usaron para despojarme de algunas prendas de vestir. Más órdenes: yo debía ser conducido a otro cuartel general, claro, había muchos cuarteles generales porque había muchos generales autónomos.

Algunos soldados seguidos de sus mujeres me custodiaron y me condujeron por una angosta vereda que corría en la falda de una loma. De repente se oyeron algunas descargas de fusilería. Un breve silencio siguió. Oímos el correr de caballos entre los matorrales, luego gritos, imprecaciones, y otras descargas.

Los que me custodiaban no sabían qué partido tomar y cuando se resolvieron a obrar, escogieron la peor de las resoluciones: disparar contra los que se nos echaban encima. Éstos contestaron rápidamente. Eran muchos. Yo me resguardé detrás de un nopal, mientras mis guardianes hacían gala de un heroísmo absurdo, exponiéndose a las balas enemigas. En pocos minutos fueron cayendo uno a uno hasta que se quedaron tirados sobre el suelo y bañados en sangre. A una de las dos mujeres que los acompañaban, la bala de un rifle la tumbó sobre un montón de tierra. Cayó sentada, lanzó un quejido

y luego se encogió como si tuviera un terrible dolor en el vientre. Algunos de los que venían a caballo nos rodearon.

—¿Ustedes quiénes son?

—Ya pa' qué preguntan, dijo la otra mujer, si los mataron a todos. Yo soy la mujer de ése que está ahí tirado, agregó señalando a un muerto, mírenlo nomás cómo se quedó.

—¿De qué fuerzas son? —preguntó uno de los de a caballo.

—De las de don Pablo Gónzález —contestó la mujer.

—Pos son las mesmas que las nuestras. ¡A qué brutos son ustedes! (Debía de haber dicho: *eran,* porque los representantes de esas fuerzas ya no existían.)

—¿Y usté? —dijo dirigiéndose a mí.

—Yo —respondí con cierto orgullo— ¡soy prisionero!

—¡Ajá!, ¿con que prisionero? Lo vamos a tronar.

—Bueno... Truénenme.

No me tronaron, pero me desnudaron. No me dejaron más que los zapatos. En medio de risotadas le quitaron los pantalones a uno de los soldados muertos y me dijeron: pongáselos pa' que no vaya encuerado a ver al jefe. Un soldado, muy joven y muy risueño, con un espíritu humorístico que yo fui el primero en celebrar, se adelantó hacia el cadáver de la mujer que yacía muerta sobre el montón de tierra, le quitó la blusa, una blusa color de rosa llena de encajes y me dijo muy satisfecho: ¡póngasela! Me la puse. No había otra cosa que hacer.

Luego, el capitán que mandaba la tropa de a caballo me gritó:

—Ora, amigo, camine, lo vamos a llevar hasta Ometusco.

Durante el camino, que duró más de dos horas, yo no hacía más que considerar mi triste aspecto. Tal vez en la época del rey Luis XIV de Francia, aquella blusita color de rosa llena de encajes me hubiera sentado bien: entonces hasta los generales usaban colores románticos y prendas llenas de adornos femeninos, pero en estos tiempos de vestidos tiesos, y sobre todo en pleno campo, entre un grupo de soldados a caballo, la

blusita de la viuda me daba más que un aspecto ridículo, una apariencia equívoca.

En Ometusco fui entregado a un capitán, que se rió de mí a sus anchas, y cuando me preguntó de dónde era yo y le contesté con cierta humildad, no exenta de socarronería, que era de Guadalajara y del barrio de San Juan de Dios, el capitán tuvo que cogerse de la barriga para no estallar de risa. ¡Claro, dijo, ya me lo figuraba yo!

Entre risotadas y empujones me metieron a un furgón de carga y fui a dar a México. Prisión en Santiago Tlatelolco; más interrogatorios cargados de petulancia. Dos semanas prisionero, y una escapada venturosa que me llevó sin rumbo por calles y plazas hasta las barracas del mercado de la Merced, donde pasé una noche a la intemperie pero sin guardias militares.

Andar sin rumbo

Con el pantalón ensangrentado de un muerto y la blusita color de rosa de su viuda, vagué por la ciudad evitando las calles elegantes y los alrededores de los edificios públicos por temor de encontrarme con los amigos de antaño, o con algún militar de las tropas victoriosas que me hubiera podido mandar otra vez a la cárcel, y con doble razón puesto que yo era un prófugo. Recorría los barrios pobres, pero hasta ellos me llegaba, no sé de dónde, una extraña hostilidad sorda y misteriosa, como el lejano rumor del vendaval en un bosque. Muchos se reían de aquel extraño aspecto. Me sentía perseguido. La ciudad se había convertido para mí en un campo enemigo por el que yo trotaba como perro hambriento temeroso de ser apaleado.

Y trotando pasé muchos días, días de vagancia, torturantes, inacabables. Pero los males no son eternos. En mis andanzas por el mercado de la Merced encontré una preciosa compa-

ñía: los chiquillos desarrapados, mugrosos y hambrientos, que duermen por las noches en los quicios de las puertas y que se mantienen comiendo frutas podridas en los basureros de la plazuela de La Aguilita. En ellos había un banquete todas las mañanas. A veces encontrábamos una piña en bastante buen estado, o un mango a medio podrir y nos considerábamos felices. Bajo los árboles de la plazuela devorábamos aquellos desperdicios que para nosotros eran manjares, y los chicos, ninguno de los cuales llegaba a los 14 años, me contaban historias espeluznantes y me invitaban con frecuencia a recorrer las obras de drenaje que se estaban llevando a cabo en distintos puntos de la ciudad, en las que yo solicitaba trabajo, pero nadie me admitía, no sólo por mi chistosa indumentaria, sino por mi aspecto macilento.

Y así pasaron días y días buscando trabajo, llevando alguna vez un bulto de legumbres de un puesto a otro en el mercado, comiendo fruta podrida y platicando con los chiquillos mis compañeros más filósofos que yo, y sobre todo con un estómago más fuerte.

El andar sin rumbo, hora tras hora, día tras día, repudiado en todas partes, destroza la conciencia y los nervios. El continuo rumiar la propia desgracia emponzoña la sangre, y el dormir en las noches lluviosas arrinconado en una barraca o en el quicio de una puerta, engendra una intranquilidad que acaba por convertir el sueño en una constante pesadilla. Un perro que llega a lamer la cara del durmiente, un guardián del orden público que lo levanta de un lugar que la ley no autoriza para usarlo como lecho, un borracho que trastabillando se tropieza con mi cuerpo, convertían aquellas eternas noches en una tortura. El frío del amanecer me sacaba de mi suplicio, pero descubría, cada vez con más claridad, mi próxima jornada: la muerte por desesperación o por hambre, y la plancha de un anfiteatro.

Una mañana dejé a mis pequeños compañeros lamiendo cuidadosamente unas cáscaras de plátano y me alejé dispuesto a cometer cualquier atentado para poner fin a una situación desesperada. Me alejé lleno de odio reconcentrado y oscuro contra todas las cosas y me detuve, sin saber por qué, en la esquina de las calles de Roldán y de Uruguay, mirando estúpidamente a todos los rumbos del Universo.

El ángel del Señor y el convento

De repente mi atención dispersa se reconcentró en un hombre que me miraba con fijeza extraña, llena de compasión. Era alto, flaco, pobremente vestido. Tenía los pómulos salientes y los ojos pequeños, apenas visibles bajo un sombrero mugroso. En realidad era un hombre como cualquier otro, un hombre igual a los centenares que pululan en ese muladar lleno de bullicio humano que se llama "el mercado de la Merced". Pero su actitud lo convertía ante mí en algo diferente a todas las personas que yo había encontrado durante mi continuo vagar. Me miraba con suave complacencia. Pausadamente se me acercó y quitándose el sombrero me dijo:

—Señor, ¿qué es usted el doctor...?

—Yo soy, respondí con voz cascada. Y corrigiéndome agregué: es decir, *yo era*.

—¡Válgame Dios, qué amolado está usted! —dijo moviendo la cabeza.

—Pues sí, amigo, —contesté por decir algo.

Parecía que mi interlocutor quería decirme algo. Yo comprendí vagamente que mi apariencia tan miserable había engendrado en él un sentimiento de compasión. Nadie la había tenido para mí desde hacía mucho tiempo. Pero el hombre permanecía en silencio, con el sombrero en la mano, y yo

delante de él, como una sombra. Por fin dijo sonriendo, y su sonrisa exhibió una boca desdentada.

—Señor, yo soy Ángel Gutiérrez, uno de aquellos soldados que usted se llevó a la Revolución para formar Batallones Rojos, ¿no se acuerda usted de mí?

—Ángel, Ángel —repetí yo mentalmente...—, no recuerdo, ¿quién va a recordar a tanta gente que yo llevé a la Revolución? Pero de cualquier manera, ángel o soldado, tú eres un espíritu divino, un ser misericordioso, el primero que encuentro en mis tribulaciones, y sonriéndole con algo que más que una sonrisa debe haber sido una mueca, le contesté:

—Sí, recuerdo. Usted es uno de aquellos que se fueron a batir en defensa de la Revolución, mientras yo me quedaba en la ciudad echando discursos.

—Sí, señor, afirmó con alegría, y aquí estoy para servirlo ahora, como antes.

¿Qué podría yo decir a quien se me ofrecía para servirme en medio de mi desgracia? Sólo pensé contarle mis penas. Nadie las conocía. Yo las había devorado en un silencio amargo, y en aquel instante hubiera brotado mi historia de mis labios resecos, si Ángel no hubiera interrumpido mis pensamientos con la palabra y con el gesto.

—Yo estoy ahí, dijo señalando los vetustos muros del convento que se elevaban frente a nosotros, estoy de portero. Véngase a vivir conmigo: hay muchos cuartos vacíos, y en la portería no le faltarán frijolitos y café con leche.

Aquel hombre, a quien yo había mandado a la Revolución para que lo mataran, me pagaba dándome hospitalidad, precisamente en el momento en que mi desesperación me iba a poner al borde del crimen. Incliné la cabeza, hice un gesto vago con las manos, pero no tuve la fuerza de hablar, ni siquiera de sonreír. Ángel me cogió de un brazo y con suavidad me condujo al convento.

Verdaderamente no fueron las puertas del claustro, sino las del cielo las que se abrieron ante mí. Un ángel sin alas y sin espada flamígera las rasgó, y un portero —Pedro sin llave de oro de la mansión del Señor— me brindaba un asiento a la entrada del Paraíso, frente a la mesa de los escogidos donde iba a humear un jarro de café con leche. ¡Cómo se engrandeció ante mí la figura de aquel modesto empleado que desde las filas de los Batallones Rojos y arrastrando los laureles de las victorias del Ébano y Tampico había llegado, en premio de sus servicios, a guardián de un claustro en ruinas!

Nunca morada alguna me pareció más espléndida. El gran patio con sus dobles arcadas de cantera labrada, los amplios corredores sumidos en el silencio, los antiguos refectorios, las salas capitulares, las celdas vacías y los vetustos muros de la iglesia, todo aquel conjunto barroco y ruinoso se me presentó como la más estupenda obra de arquitectura entre todas las que yo había contemplado en mi vida.

Dentro de ella me quedé desde el momento en que mi ángel tutelar me introdujo de la mano, como el ángel del Señor lleva piadosamente las almas de los privilegiados a la gloria celestial.

Ya iba yo a reposar y a dormir tranquilo sin ser despertado por la curiosidad de un perro callejero o por la autoridad de un ocioso guardián del orden público. Era yo un nuevo profano que entraba en el claustro, y sin sospecharlo, el primero entre otros muchos profanos que habrían de mancillar la santa morada.

Una comida formal

El portero Ángel vivía con su mujer y dos niños en un pequeño cuarto situado a la entrada del gran patio, y a pesar de tener a su disposición en el resto del edificio amplias salas y algunos cuartos muy soleados, nunca quiso abandonar su cuchitril por miedo a los espantos, según me dijo.

Su mujer era joven y muy mona, de maneras suaves, tímida, delgadita y sonriente. Tenía los ojos dulces y era su voz acariciadora. Sus hijitos, muy pequeños aún, el menor tendría cuatro años y el mayor apenas seis, parecían enfermos.

Cuando llegó la hora de comer me invitaron a sentarme frente a una mesa cubierta con un mantel muy limpio sobre el cual humeaba una olla con caldo de res. Yo pensé que iba a devorar su contenido, pero cuando tuve delante un plato lleno, sentí asco. En mi estómago, convertido durante largo tiempo en una cazuela de inmundicias, se produjo una extraña reacción. Repetidas agruras montaban a mi boca, dejándola amarga y mal oliente. Sentía una repugnancia invencible delante del primer alimento digno de ese nombre, y tuve ganas de vomitar. ¡Extraña sensación en un hombre muerto de hambre frente a un plato de caldo humeante!

No pude comer, y mi ángel tutelar dijo que lo único que me convenía era una botella de agua de tehuacán y un poco de bicarbonato, que bebí y tomé como la más repugnante de las medicinas.

Es posible que el deseo de contar mis desgracias, la contención de hacerlo, hubiera producido un estado de tensión nerviosa que me impedía gozar de lo que tanto necesitaba mi hambriento estómago. La curiosidad de Ángel levantó la compuerta de una presa llena de amargura hasta el borde, y me sentí satisfecho de empezar a relatar mis desgracias.

Conté cómo, después de un desacuerdo con Carranza, Jefe de la Revolución, yo tuve que emigrar a Estados Unidos y la forma trágica en que volví al país; la sorpresa de Carranza cuando llegué a ofrecerle mis servicios. Luego referí la salida del gobierno y sus partidarios hacia Veracruz, las peripecias de la heterogénea caravana que pretendía instalar el gobierno en el puerto, la derrota tremenda de Algibes, que provocó una desintegración cívico-militar completa, y la marcha del Presidente Carranza hacia Tlaxcalantongo. Desorden, traicio-

nes incontables, dramas de la inconsciencia, desastre, pero irreductible la fe de Venustiano Carranza.

Alrededor de la humilde mesa, ante la indignación del santo portero y el asombro de su mujer, mi triste figura se elevaba cubierta de gloria y dolor como la de un héroe de leyenda, pero en realidad, ante mí mismo, yo era solamente un miserable.

La noche nos encontró conversando. Ángel estaba conmovido, más que por la suerte del gobierno al cual había servido en otro tiempo, por la desgracia que me envolvía. Le pareció que el remedio más eficaz para empezar la curación de mi alma y de mi cuerpo era bebernos una botella de tequila. ¡Gran acierto! Ángel tuvo que pedirla fiada porque carecía de dinero —acto heroico suficiente para borrar todos mis heroísmos de actor de carpa de barrio y transformar mi estómago en una caldera de ebullición.

Sueño profundo

Animados por el espíritu que en forma líquida había estado encerrado largo tiempo en una botella, salimos, ya anocheciendo, a dar un paseo por el claustro. Al atravesar el gran patio, Ángel me señaló en uno de los muros interiores de un corredor, un gran boquete que se abría desde el suelo hasta el techo, y me dijo, como si continuara una conversación:

—Por aquí sale todas las noches, se pasea por el patio y vuelve a entrar por el agujero.

—¿Sale y entra qué cosa? —pregunté yo.

—La sombre de un fraile.

—¿Usted la ha visto?

—No —me contestó—, pero he sentido el aire frío cuando ha pasado junto a mí. Aquí hay un coronel que vive en uno de los cuartos de arriba, que sí la ha visto, y me ha dicho que la va a matar.

—¿Matar a una sombra? —comenté yo—, me parece un poco difícil. Desde luego no creo que a los espíritus les entren las balas como a nosotros los mortales, pero es posible que el coronel disponga de balas fantasmicidas...

—Yo no sé —contestó Ángel—, pero el coronel anda persiguiendo esa sombra desde hace mucho tiempo.

—¿Quién es ese coronel? —pregunté un poco intrigado.

—Es uno que vino de Oaxaca y que perteneció a las fuerzas federales, y como esas fuerzas fueron licenciadas por la Revolución, vino aquí por órdenes de la Secretaría de Guerra que lo amnistió y le pasa una pensión, porque dizque ha prestado muchos servicios a la Patria. Yo no me fío de él. Es un tipo muy mal encarado, muy altanero y anda siempre empistolado. Lo acompaña uno que dice es su asistente y que tiene facha de pobre diablo.

—Ángel, dije yo interrumpiendo la descripción del militar, usted comprende que después de tantas semanas de no dormir y con los humos del tequila, se me ha echado encima un sueño que no lo puedo espantar. Dígame, por favor, dónde me puedo acostar.

—El mejor cuarto está allá arriba, en la azotea. Voy a ir a buscar un sarape y un petate, que es lo único que puedo ofrecerle.

Ángel fue a la portería, trajo lo ofrecido, y cargando ambas cosas atravesamos un gran vestíbulo, subimos por una escalera amplia, de dos rampas, y al llegar a su parte superior mi ángel custodio me hizo observar que por ese sitio deambulaban procesiones de sombras que no se veían, pero cuyo rumor de rezos podía escucharse muy entrada la noche. Yo tenía tanto sueño que apenas podía caminar. Subimos por una estrecha escalera de madera que conducía a las azoteas, y ya en ellas nos dirigimos hacia un cuarto blanqueado y entramos. Era bastante grande, muy limpio, pero sin alumbrado. Ese cuarto iba a ser mi morada.

—Gracias, Ángel, dije a mi conductor. Aquí voy a reposar como una piedra en un pozo.

—Señor, si algo necesita hágame el favor de gritarme, fuerte para que yo lo oiga.

¡Qué iba yo a necesitar después de acostarme! Extendí el petate, y por primera vez después de muchas semanas me quité los zapatos. Creí que todo el queso Limburgo del mundo había caído dentro de la estancia y expandido su peste, y comprendí que no iba a poder dormir en una atmósfera saturada de cloruro de potasio, pero como todas las cosas tienen remedio cuando son malas, saqué un extremo del petate fuera de la puerta, y después de cubrir mi lacerado cuerpo con el sarape, dejé los pies al aire libre para que la brisa nocturna extendiera sobre las ruinas del convento el perfume con que la miseria había ungido mis extremidades inferiores. Apenas tuve tiempo de hacer la maniobra porque el sueño me venció.

Tanto dormí y tan profundamente que ya muy entrado el día, Ángel tuvo necesidad de sacudirme fuertemente para que pudiese despertar. Me sentí terriblemente cansado, y ayudado por Ángel salí a las azoteas.

Baño litúrgico

El esplendor del sol acabó de aturdirme. Me sentí mareado. Me tambaleaba como un ebrio y Ángel tuvo que sostenerme.

—Está usted muy débil, me dijo, y todavía tiene usted sueño.

—No Ángel, éste es el cansancio de la derrota y la miseria; es el colapso final producido por el agotamiento de mi resistencia.

Ángel me miraba como se mira a los moribundos, con una angustia callada. Me veía con sus ojos llenos de compasión y no encontró nada mejor para consolarme que decirme:

—Señor, ya María (María era su mujer) tiene listo el café, y los niños quieren desayunar junto con usted.

Las palabras de mi amigo me sacaron de mi adormecimiento, pero obedeciendo a una necesidad que casi podía calificar de milenaria, le dije en un tono malhumorado:

—¿Qué no hay aquí dónde bañarse?

Ángel sonrió recordando otros tiempos, cuando él me veía bañar en los arroyos y en los ríos y meterme bajo las cascadas de las altas montañas...

—Señor aquí no hay más que un gran depósito de agua que está ahí, al ras de la azotea...

Yo no esperé más. En un impulso instintivo me separé de mi guardián y me dirigí a una pila cuadrada llena de agua, y rápidamente empecé a despojarme de mis pobres prendas.

—¡No, no!, gritó, ¡ese es el tinaco que surte de agua a todo el vecindario!

Acabé de desnudarme y cogido de los bordes del gran recipiente me zambullí en el líquido helado. Algo me subió desde los pies hasta la cabeza cuando mi cuerpo se sumergió en el agua; algo mordía mis carnes y electrizaba mis nervios. Saqué la cabeza fuera del agua y volví a zambullirme. Sentía una alegría loca.

Ángel me ayudó a salir, trajo jabón y algo semejante a una toalla, pero necesité largo tiempo para que el jabón pudiese hacer espuma sobre mi piel, que había adquirido la consistencia y el aspecto de esos cacharros largamente sepultados entre las inmundicias de un basurero.

Toda esta maniobra, que había durado bastante tiempo, atrajo las miradas de las gentes que vivían en las casas de los alrededores de la azotea, y algunas mujeres me empezaron a lanzar injurias.

¡Cochino!, gritaban. ¿Cómo vamos a beber esa agua llena de mugre? ¡Inmoral!

¿Yo inmoral? ¿Cómo puede ser inmoral un esqueleto que exhibe su osamenta en la azotea de un convento bajo la luz del sol?

¿Cochino yo? ¿Cómo puede llamarse cochino a un espíritu que se baña en un tinaco?

Aquellas mujeres no comprendían que mi baño era, en realidad, una verdadera ceremonia litúrgica con todos los requisitos de un oficio divino: agua lustral, iluminación celeste, santidad del neófito y presencia de un ángel verdadero, aunque disfrazado con pantalones de mezclilla.

Nuevo San Juan Bautista, yo ofrecí a las mujeres que me miraban, el agua que había de purificarlas del pecado, pero sordas a mi llamado seguían injuriándome.

¡Pobres mujeres! Ellas no sabían que el agua es el reactivo más poderoso sobre el organismo del hombre y sobre el de algunos animales, el de los pájaros por ejemplo.

El agua templa nuestros músculos y nuestros nervios como el acero de una hoja toledana. A mí me ha gustado siempre el baño frío, no por lo que pueda tener de higiénico o de civilizado, sino precisamente por todo lo contrario: por lo bárbaro.

Siempre he borrado la fatiga de una ascención por las laderas de una alta montaña, o la amargura de un dolor, bajo las cascadas que descienden de las nieves de un monte. La gente no sabe que el cuerpo desnudo bajo un chorro de agua helada que cae desde las altas rocas se carga de una energía cósmica que lo convierte en una fuerza de la naturaleza.

El dolor, la fatiga, la desesperanza, no son más que el resultado de un desequilibrio orgánico. Una descarga eléctrica —un baño en agua helada no es otra cosa— restablece el equilibrio.

Al que yo acababa de tomar le restó fuerza la higiene de la jabonadura, pero era necesario realizarla: ya la mugre me había cubierto con una coraza de rinoceronte.

En los baños ordinarios, tomados en un establecimiento público o en el cuarto de la casa, limpio y desinfectado como un autoclave y a una temperatura médico-familiar, el organismo no recibe más beneficios que el de la limpieza superficial que nada tiene que ver con la potencia de la vida.

A pesar del agotamiento en que me encontraba, el baño en el tinaco tuvo la virtud de provocar una tremenda reacción: me sentí renacer, grité, corrí por las azoteas del convento como una cabra a quien se pone en libertad después de largo cautiverio.

Ángel debe haber creído que yo me había vuelto loco. Me miraba algo azorado, a pesar de conocer mis costumbres un poco salvajes, pero no me dijo nada.

Cuando bajé a saborear el jarro de café con leche que la mujer de mi ángel protector me ofreció, yo era otro hombre.

Adaequatio rei et intellectus

El desayuno en compañía del santo portero, de su mujer y de sus niños, fue una verdadera fiesta. Se olvidaron las historias trágicas de la víspera, se habló del porvenir, los niños intervenían en la conversación con sus lindas observaciones y mi apetito surgió de nuevo. El espíritu del tequila que había penetrado en mi cuerpo y el agua lustral del tinaco hicieron el milagro.

Cuando terminamos el frugal desayuno, Ángel y yo cogimos de las manos a los niños y deambulamos largamente por el patio y bajo los corredores sin pronunciar palabra, entregados a nuestros propios pensamientos. Los míos saltaban como pájaros entre el ramaje, sin permanecer largo tiempo fijos en un lugar. Brincaban de un recuerdo amargo a un proyecto ilusorio, de una ilusión al tumultuoso deseo de trabajar, del deseo de trabajar a la boca de una mujer y de la boca de una mujer a la blusita color de rosa de la viuda que sobre mi pecho parecía reconcentrar en un trapo todas mis desgracias.

Los pensamientos de mi ángel tutelar eran muy distintos. Me di cuenta de ello cuando en una de las vueltas por los corredores Ángel se detuvo frente al gran boquete que se abría en uno de los muros y volvió a decirme, otra vez como si

hablara consigo mismo: por aquí sale. Y dirigiéndose a los niños hizo que se cogieran de las manos y les indicó que debían volver con su mamá. Los niños nos dejaron solos, y el papá continuó:

—Por aquí sale. (Ángel, claro está, hablaba de la sombra del fraile que el coronel perseguía). Y por allá, agregó señalando el vestíbulo de la escalera, he oído los rezos de los frailes y he sentido el viento helado que dejan cuando pasan. Pero eso no es nada, dijo asumiendo una actitud extraña: muchas noches, en mi cuarto los niños se sienten sofocados como si tuvieran un peso encima. Desde que mi mujer y yo dormimos abrazados con ellos ya los espantos no han vuelto y los niños ya no se asustan. Pero el miedo los ha enfermado, por eso los ve usted tan paliduchos. Una vez traté de cambiarme a otro cuarto de los corredores de arriba, pero había más espantos que aquí abajo, y asustaron no sólo a los niños, sino también a nosotros.

Hace algún tiempo mi mujer quiso salirse del convento para no ser molestada, y precisamente estábamos arreglando el cambio cuando lo encontramos a usted. A ver qué sucede ahora.

Yo escuchaba al ángel-portero con mucha atención y sin interrumpirlo. Tras un breve silencio continuó:

—Señor, yo no hablo de estas cosas de los espantos a nadie, porque la gente se burlaría de mí, pero le aseguro que aquí suceden cosas muy extrañas. Esos rumores de rezos y esas pisadas en las escaleras de gentes que no se ven, me dan ciertos temores. Yo me sobrepongo, y muchas veces salgo a buscar esos fantasmas o esos espíritus o lo que sean, a ver qué quieren. Me figuro que han de ser almas en pena de algunos frailes enterrados aquí dentro, en alguna parte.

Ángel guardó silencio y yo quedé pensativo. Tengo la costumbre de aceptar, y hasta de creer, todo lo que me dicen, por absurdo que parezca; de admitir como una verdad indiscuti-

ble la opinión, el juicio o la creencia de cualquier persona sobre cualquier asunto. La convicción personal es siempre una verdad absoluta para quien la lleva adentro. Es un sistema de razonamiento adecuado a la organización cerebral y es la educación del sujeto. El carácter de la convicción no importa, porque el fenómeno mental es el mismo en cuanto a su mecanismo, y tampoco debe tomarse en consideración el tiempo que esa convicción pueda mantenerse íntegra en un individuo o en una sociedad, o en los campos de la ciencia o de la religión. Las convicciones son verdades que van dando tumbos durante la vida individual o en el transcurso de la historia, y forman en su conjunto las infinitas modalidades de la evolución humana. La verdad es una convicción intelectual que el sujeto pensante adapta a una circunstancia, a un hecho, a un objeto.

Adaequatio rei et intellectus, dice con mayor precisión Santo Tomás de Aquino, tomando la definición del hijo de Honain ben Isahak, historiador de Bagdad.

En efecto, "la adecuación de la inteligencia y de la cosa", es la forma lógica para sentar una verdad individual, que puede convertirse en colectiva.

Yo me puse dentro del pensamiento mismo de Ángel para comprender y admitir la adecuación de los espantos a la inteligencia de mi santo portero.

Este sistema de hacer transmigrar el propio criterio al cerebro de un individuo cualquiera y unificarlo con su propio pensamiento es una de las cosas más divertidas de la vida. Usted entra a las circunvoluciones cerebrales de multitud de gentes como a las atracciones de una feria, y sube usted a la rueda de la fortuna, o se sacude en las canastillas del martillo eléctrico o se topetea en las carrozas del circo loco o sube usted a los caballitos de un volatín para niños, pero con la diferencia de que en la feria mental no paga usted ni un centavo.

Me parece evidente que en las puras posiciones del pensamiento no cabe más que una adecuación única. Por ejemplo: cualquier sección plana de una esfera es un círculo; o cinco y cinco son diez. Pero en lo puramente sensible, la interpretación es indeterminada. Por ejemplo: Ángel apreciaba los espantos como fluidos invisibles, mientras que el coronel los miraba como seres tangibles. Ángel se limitaba a espiarlos, pero el coronel los perseguía pistola en mano, y estaba decidido a mandarlos de nuevo al otro mundo mediante cuatro o cinco balazos. Se equivocaba: fueron los espantos los que mandaron al coronel al cementerio.

El coronel

Un domingo por la mañana, ya cerca del mediodía, el santo portero y yo nos ocupábamos en levantar unas losas que cubrían las tumbas que se encontraban en el presbiterio de la iglesia, con el objeto de ver qué clase de muertos había debajo, y no nos dimos cuenta de que el ayudante del coronel avanzaba hacia nosotros. Cuando nos habló nos sorprendimos y le preguntamos qué le sucedía, porque lo vimos tembloroso y pálido.

—Vengo muy asustado porque mi jefe ha visto la sombra del fraile que quiere matar y la viene persiguiendo, seguro de que se ha refugiado aquí en la iglesia.

—Ángel, Ángel, dije yo precipitadamente, ¡vámonos!, este diablo del coronel es capaz de confundirnos con sus fantasmas y dispararnos.

Salimos de prisa por uno de los boquetes que se abrían junto a un altar hacia los corredores, y amparados en una columna nos pusimos a observar.

El coronel había entrado a la iglesia y caminaba lentamente con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Se detuvo junto a uno de los altares derruidos. Era un hombre de edad bas-

tante avanzada, chaparrón muy vigoroso, con el pecho prominente. Su cuello robusto sostenía una cabeza tosca de grandes pómulos y nariz chata de anchas ventanas bajo las que caía un bigote espeso, grisáceo que no alcanzaba a cubrir la boca de labios gruesos, y gesto autoritario. Los ojos negros miraban con fijeza. Vestía chaqueta y chaleco de tela gruesa amarillenta, pantalón de charro muy ajustado, y se tocaba con un sombrero tejano con el ala delantera muy caída sobre las cejas abundantes e hirsutas.

A pesar de su traje de civil, se veía inmediatamente que quien lo portaba era un hombre de armas, es decir, un hombre educado en un cuartel: despedía autoritarismo y sus movimientos eran de comando.

Largo rato estuvo quieto, de pie junto al altar, siempre con las manos en los bolsillos de la chaqueta, mirando hacia el fondo de la iglesia. Juzgando, tal vez, que era inútil seguir esperando, hizo al asistente una seña con la cabeza para que se marchara, y él abandonó su sitio. Pasó junto a nosotros, y a mí me pareció que yo estaba obligado a saludarlo.

Claro está que yo estaba obligado. Yo era el último eslabón de la cadena zoológica que la miseria había forjado en las ruinas del viejo claustro. Sus otros anillos eran más sólidos que el mío, quiero decir que la jerarquía de todos los que vivían en el claustro era superior a la mía. Ángel ostentaba el título de portero, tenía un nombramiento del gobierno y por consiguiente, un sueldo. Era, pues, "quelqu'un". El perseguidor de espantos era coronel y sus méritos lo llevaron, a pesar de ser un enemigo de la Revolución, a la categoría de pensionado, y hasta el asistente me era superior porque tenía su categoría: era un asistente. Yo... no era nadie.

Esta clasificación me pareció bastante justa y me obligaba a cumplir con un deber social elemental: saludar el primero. Pero lo que me decidió a cumplir decididamente con este acto de cortesía, fue el descubrimiento del pistolón que el

coronel traía colgado en una canana llena de tiros. Así que, cuando el perseguidor de la sombra del fraile estuvo casi enfrente de mí, yo, ahuecando la voz le dije: buenos días, señor coronel.

El mentecato no contestó, ni siquiera volvió la cabeza, y despreciativamente pasó de largo, seguido de su asistente. Yo me volví a mirar a Ángel interrogativamente.

—Es un hombre de muy mal carácter, muy grosero, y además, muy matón, comentó Ángel. El asistente me ha contado que allá en su tierra ha matado a mucha gente, nomás porque sí. (Este "nomás porque sí" es uno de los más poderosos resortes que mueven la voluntad de la gente de México y que en el terreno puramente literario corre parejas con el chistoso mote de la universidad: "Por tu raza hablará tu espíritu").

Como se acercaba la hora de comer nos dirigimos a la portería, y mientras María terminaba de preparar la comida dominguera, que hasta en las gentes más pobres es mejor que la de todos los días, Ángel y yo nos dedicamos a comentar la presencia y las fechorías de los espantos conventuales, cuya fama había traspuesto los muros del claustro extendiéndose por el populoso barrio de la Merced, en el que no había hombre ni mujer ni un niño que dudase de la presencia de los espíritus frailunos.

Ángel, a pesar de su vida de soldado, y no obstante las observaciones que había hecho en torno de los seres del otro mundo, en el fondo de su conciencia dudaba de que fuesen reales, tangibles, y así me lo dijo en medio de circunloquios y reticencias que me hicieron comprender el estado de contradicción en que el santo portero vivía dentro de aquellas ruinas, obligado por la necesidad de no perder su sueldo, único medio a su alcance para dar de comer a su familia.

El mercado de la Merced

Durante los pocos días de mi permanencia en el claustro, yo había logrado trabar amistad con los puesteros de los alrededores, que me confiaban algunas veces el cuidado de sus comercios o me ocupaban en llevar recados o bultos de un lugar a otro, con lo cual yo lograba ganar algún dinero.

El nuevo trabajo me proporcionaba, además, muchas diversiones: charlas amenas con las verduleras de Xochimilco, discusiones y pleitos con los cargadores, coqueteos con las gatas que venían de las lejanas colonias a comprar sus comestibles.

El mercado de la Merced, que tomó su nombre del convento, es el centro comercial más desorganizado, más incómodo, más populoso y más sucio del mundo entero. Los puestos, barracas improvisadas o tendederos de frutas y legumbres al ras del suelo, están casi siempre atendidos por mujeres agresivas, que por la menor diferencia injurian a todo el mundo.

Estos puestos se levantan y se amontonan sobre las aceras y en medio de la calle, obstruyendo el paso. Una india que llega de Xochimilco con un cargamento de yerbas lo deshace en una esquina, y no lo levanta hasta que ha terminado su venta. Otra mujer que trae en el rebozo una gran cantidad de limones se establece entre el hueco que dejan dos puestos, único paso en una larga fila de barracas, y desencadena una serie de injurias contra todos los que quieren quitarla para pasar. Otra mujer que tiene necesidad de traer su niño recién nacido al puesto, lo ha colocado en un cajón, justamente a la orilla de los rieles del tranvía y cada vez que éste pasa, rocía a la criatura con un chorro de lodo.

El gentío es enorme, la aglomeración insoportable. Criadas que llegan de compras desde las colonias ricas; amas de casa acompañadas de un cargador mugroso; cocineros de restaurantes con sus mozos cargando enormes canastos llenos de verduras; muchachos ociosos en cantidad; innumerables car-

gadores con bultos muy pesados en la espalda que le gritan a uno ¡golpe! cuando ya se lo han dado. Bullicio y apretujamiento, gritería de los vendedores...

Sesenta calles atascadas de barracas, alfombradas de lodo apestoso sobre el que se revuelca una multitud abigarrada.

Es curioso que en medio de ese desorden, los robos de los puestos que tienen siempre su mercancía al alcance de la mano, sean punto menos que desconocidos. Es que si alguien se atreve a tomar algo, una naranja o un plátano, sin pagarlo, se encuentra inmediatamente circundado por los que cuidan un puesto, bloqueado en una grande extensión por gente de los otros puestos. Cuando una mujer grita: ¡agárrenlo!, el ladrón está perdido, lo agarran, le dan una golpiza fenomenal, pero nunca lo entregan a la policía.

La inmensa mayoría de las vendedoras y la mitad de los vendedores comercian rutinariamente y no saben contar. Cuando uno les compra algo más de lo que ya tienen contado y con precio, por ejemplo diez lechugas en vez de cinco, se enredan y tienen que ir a preguntar a otro más sabio cuánto vale lo que venden.

En cambio, en los grandes comercios y en las encomiendas que abren sus puertas delante de estos puestos primitivos, los propietarios se pasan de la raya haciendo cálculos por encima de los intereses y de la sabiduría de los compradores. Las tienditas, aun las más pequeñas, que venden sistemáticamente productos muy baratos, como jabón, cigarros o dulces, obtienen ganancias que sorprenden. Un estanquillo que comercia únicamente con los objetos que acabo de nombrar y que ocupa ocho metros cuadrados, vende mil quinientos y dos mil pesos diarios de mercancías y las grandes tiendas, casi siempre propiedad de españoles, pletóricas de toda clase de comestibles nacionales y extranjeros, alcanzan ventas cotidianas de cincuenta y setenta mil pesos. Las encomiendas son las bodegas en donde se depositan los frutos que vienen

de tierra caliente, como el plátano, y se encargan de surtir todos los mercados de la capital. El comercio diario en el perímetro de la Merced, alcanza más de tres millones y medio de pesos al día.

El ambiente de este mercado puede sintetizarse en dos palabras: desorden y porquería. Cuando oscurece, el bullicio cesa, y al entrar la noche un profundo silencio reina entre las calles y los callejones sombríos, pero perdura en el aire una peste agria de fruta podrida.

La santa Biblia

Con el dinero que me pude ganar durante una semana, me compré una toalla, unos huaraches, porque no alcanzó para zapatos, un jabón y una blusa de mezclilla.

Con estos artefactos, me parecía entrar nuevamente al campo de la civilización, y en esas condiciones nada tenía de extraño que también me entrase el deseo de leer. Temía haber olvidado esa costumbre que ha secado tantos cerebros, antes y después de don Quijote. Se imponía la compra de un libro.

En la estrecha puerta de una casa de vecindad lóbrega y sucia, un pobre señor vendía libros muy maltratados y entré a curiosear. Novelas pornográficas al por mayor; tratados para curar la impotencia; algunos textos escolares y números atrasados de revistas. En una mesita había varios volúmenes empastados, evidentemente los tesoros de aquella librería miserable. Empecé a leer los títulos: *Aritmética práctica; Geografía de México, Diccionario alemán-español* y un grueso volumen en pasta negra con un título grabado en oro en el lomo "La Biblia". Sentía por ella una repugnancia como la que experimenté ante un platillo muy elogiado pero que nunca se ha comido y que repugna por instinto. Además, el daño que esta obra ha causado en el mundo, era más que suficiente para aterrorizarme.

—¿Cuánto?— dije al librero, un hombrecillo flaco y mugroso.

—Dos pesos— me dijo.

—No, hombre, ni todos los libros que usted tiene valen dos pesos. Le doy cincuenta centavos.

Me lo dejó en cincuenta centavos y salí con mi libro bajo el brazo.

¿Qué lugar más apropiado para leer el libro sagrado de los cristianos que un claustro mercedario? Entre sus ruinas me asombré hojeándolo, me indigné leyéndolo, y estudiándolo comprendí por qué la humanidad, esclava de sus doctrinas, no ha podido resolver sus problemas espirituales ni menguar sus angustias, durante veinte largos siglos.

Se puede argumentar que tampoco ninguna otra doctrina moral, filosófica, social o política ha podido remediar los males humanos. Cierto. Pero todas ellas son productos exclusivos del hombre, mientras que la Biblia, y especialmente los Evangelios, son el verbo de un Dios omnipotente comunicado a los hombres por su propio hijo. Ahora esos Evangelios se han cerrado. Pero el pueblo elegido ha escrito un evangelio nuevo: Das Kapital. Otra iglesia judaíca surge: el comunismo. Y tendremos otros veinte siglos de judaísmo si la conciencia humana sigue sumida en el aburrimiento de la vida fácil, como lo estaba la conciencia greco-italiana cuando Pablo de Tarso apareció en el Mediterráneo hace 1900 años.

El fantasma y el coronel

La mañana de un domingo que yo pensaba emplear en un largo paseo por la cordillera del Ajusco, amaneció nublada, y me quedé en mi celda, temeroso de mojar los únicos trapos que cubrían mi cuerpo.

Pero Ángel y su familia, que tenían varios vestidos y podían cambiárselos después de recibir un aguacero, salieron a visitar a ciertos compadres en el pueblo de Atzcapotzalco, y el coronel y su asistente no regresaban de la comisión que ha-

bían ido a cumplir a otro pueblo del Estado de México, donde una banda de asesinos tenía aterrorizados a los pobres habitantes.

Cerca de mediodía salí a comer a uno de los puestos que llaman "Los agachados", porque tiene uno que inclinarse para entrar a ellos, y donde yo poseía un sólido crédito hasta por cuarenta o sesenta centavos. Poco después de las dos de la tarde volví a mi convento, cerré su portón y me dediqué a deambular por los corredores y la vieja iglesia, donde sólo encontré un gato que huyó ante mi presencia.

Cerca del atardecer, me acodé sobre el barandal de uno de los corredores superiores, y en el silencio gris de una atmósfera nublada, fulguró, de pronto, la figura de Jehová —que tantos golpes dio a mi cerebro durante muchos días— omnipotente y terrible. El Dios milenario llegaba desde las profundidades de la historia dominando el mundo, y sobre las azoteas del convento su figura trágica se movía como los nubarrones de una tempestad. Los frailes mercedarios la veneraron, y en el nombre de la madre de Jesucristo, edificaron el convento. En él estaba también Jehová, como una sombra, como una sombra, como la sombra trágica del fraile que el coronel quería balacear. ¿Cuál de las dos sombras era la más real? La del fraile la había visto sólo el coronel, pero la de Jehová la han contemplado y adorado decenas de generaciones.

Dos sombras, la del Dios de Israel y la de uno de sus adoradores vestido de mercedario, vivían en la imaginación de las gentes, en distintas formas. La sombra frailuna se desvanecía por intervalos, mientras que la del Dios hebrero envuelve al mundo de día y de noche, y sus palabras —por qué la sombra divina no es muda como la que veía el coronel— truenan en las páginas del libro sagrado. Pero ambas eran asesinas. Me estaba yo engolfando en un mar de pensamientos fúnebres cuando oí que el viejo portón se abría, y luego se cerraba con estrépito. Debe ser Ángel que regresa —pensé—. No, eran el

coronel y su asistente, que volvían de la comisión que habían ido a desempeñar al pueblo del Estado de México.

Ambos subieron a su cuarto y a los pocos minutos regresaron, atravesaron el patio y se dirigieron hacia el gran boquete que se abría en uno de sus muros interiores. A mitad del camino se detuvieron, el asistente justamente en medio del patio, pero el coronel avanzó hasta colocarse bajo una de las arcadas. Parecía muy atento a algo que sucedía del otro lado del gran boquete.

Desde el lugar en que yo me encontraba, en un corredor superior y a unos veinte metros de la escena, podía observar con precisión los movimientos del militar. Lo vi avanzar despacio y luego detenerse. Con movimiento lento extrajo el revólver de su funda y extendió el brazo hacia la oquedad del muro. Apuntaba a *algo* que yo no veía. Avanzó un poco, con el brazo tendido hasta colocarse debajo de un arco, y de repente disparó. Otros cuatro tiros más sonaron. El coronel trató de cargar rápidamente su arma, pero algo se lo impidió. El revólver cayó al suelo y el militar se llevó bruscamente las manos al pecho, como tratando de desasirse de *algo* que le apretaba la garganta. Movía la cabeza con desesperación, y vi una cosa extraña; su cuerpo fue cayendo lentamente hacia atrás sostenido por algo, por alguien que no se veía, hasta que tocó el suelo y ahí se debatió violentamente. Un gruñido sordo, como el de una bestia herida, puso fin a la lucha. El asistente se había desplomado presa del terror.

La escena se desarrolló con tal rapidez, que no pensé siquiera en moverme de mi sitio, pero cuando el coronel lanzó aquel gruñido sordo me precipité por las escaleras y me acerqué a su cuerpo. Estaba flojo e inmóvil, con el rostro amoratado y la lengua de fuera. Me incliné a ver el cuello: estaba lleno de araños y se veían en la garganta las huellas de tres grandes dedos. ¿Qué había pasado? ¿Quién había estrangulado al co-

ronel? ¿Cómo pudo caer su cuerpo lentamente, si nadie lo sostenía? Esa caída lenta era lo más extraño.

En medio de mi asombro pensé, quizá demasiado tarde, que había que registrar la iglesia, hacia donde el coronel había disparado. Nadie había en ella...

No hubo tiempo de hacer más conjeturas ni más rebúsquedas: el portón se abrió y Ángel entró precipitadamente y tras él su mujer y un grupo de gente. Habían oído los disparos desde una casa vecina donde estaban de visita. Fui a su encuentro y le conté rápidamente lo sucedido. Ángel movía la cabeza y decía, como hablando consigo mismo: ¡tenía que suceder, tenía que suceder!

Era necesario dar parte a la policía. No tuvimos tiempo. De la comisaría que estaba detrás del convento, a unos cuantos metros, el comisario salió en persona a investigar, y cuando llegó al patio acompañado de algunos policías, yo le conté suscintamente lo que había visto, en medio de la incredulidad de los agentes. Ángel dijo lo que sabía del coronel, y el comisario ordenó, indicándonos a Ángel y a mí: quedan detenidos.

Levantaron al muerto y al desmayado y fuimos a la comisaría, donde se nos interrogó nuevamente.

Las huellas digitales.— primero declaró Ángel. Dijo cómo había llegado a portero del convento, y por qué el coronel y sus asistente vivían en él. Refirió prolijamente cuanto aquellos hombres hacían y, finalmente, con un vivo sentido descriptivo, habló de los espantos, entre las sonrisas irónicas del comisario y de los gendarmes. Sólo el médico parecía dar una grande importancia de las opiniones del portero sobre los seres del otro mundo.

Me tocó mi turno y relaté con precisión y sin comentarios todo lo que había visto. Se sucedieron las preguntas y el comisario insistió en saber si realmente no había ninguna otra persona fuera de las víctimas y del testigo en el interior del convento, dudé un momento antes de contestar. Se trataba

de una afirmación que podía favorecerme o perjudicarme. Yo estaba convencido de que nadie había en el convento fuera de nosotros tres.

—Señor comisario —dije—, si había alguien en el convento a más de nosotros tres, no lo sé, pero aseguro que quien estranguló al coronel no era visible.

El comisario sonrió despectivamente y dijo con un aire de suficiencia:

—La declaración de usted lo compromete, la justicia no puede admitir la intervención de fantasmas en un crimen.

—Yo no he hablado de fantasmas: me he limitado a contar con precisión lo que vi.

En la sala había un ambiente hostil para mí, y con razón. Mi salvación estaba en el testimonio de aquel estúpido asistente que se había desmayado y no podían hacerlo volver a la vida.

El cadáver de su jefe, colocado sobre una camilla, había permanecido en el patio de la inspección cubierto con una sábana. Cuando el comisario dio orden de que fuera trasladado a la pequeña morgue del edificio, yo me volví a ver la maniobra y tuve una inspiración.

—Señor comisario —dije—, puesto que ese hombre ha sido estrangulado según mi propia versión y según el dictamen del médico de guardia, ¿por qué el doctor no comprueba si las huellas de los dedos del estrangulador corresponden a las mías?

El comisario y el médico de guardia me llevaron junto al cadáver para realizar esta diligencia, que era de una importancia decisiva. Los camilleros descubrieron el rostro del muerto y su cuello robusto, en el que aparecieron las huellas de tres grandes dedos. Yo puse los míos encima. No correspondían.

—Las huellas que presenta el muerto —dijo el médico de guardia— no corresponden a los dedos de usted.

—Además —agregué yo— considerando el estado de debilidad en que me encuentro, no podría yo sostener con una sola mano, ni con las dos, el pesado cuerpo del coronel.

El comisaria me miró fijamente y me dijo:

—Sin embargo, es indispensable la declaración del asistente; por lo tanto, sigue usted detenido.

Ángel fue puesto en libertad.

Al día siguiente, que era lunes, cerca del mediodía, el comisario, el médico de guardia, que llevaba un molde de yeso de las huellas, y varios policías que me custodiaban, nos dirigimos al convento. Ya estaba ahí el asistente, medio muerto de miedo.

—A ver —le dijo el comisario— póngase usted en el lugar en donde estaba cuando el coronel disparó.

El pobre hombre fue a colocarse, temblando, en el sitio que ocupó la víspera. Un policía sustituyó al coronel y yo ocupé mi sitio en el corredor superior.

—¿A quién disparaba su jefe?, asistente —preguntó el comisario.

—Al fraile, al fraile, señor; estaba ahí enfrente, en aquel agujero. Era una sombra con un hábito blanco y una franja negra que le caía desde el cuello. Nunca vi su cara. Mi jefe le disparó un tiro y luego otros cuatro. La sombra avanzaba y yo tenía un miedo horrible. Me di cuenta de que mi jefe cargó de nuevo el arma y cuando levantó el brazo para disparar, una mano grande salió de entre la sombra, agarró a mi jefe por el cuello, se lo apretó y lo fue dejando caer poco a poco hasta que quedó tendido en el suelo. Quise gritarle al señor —agregó señalándome—, que estaba en un corredor de arriba, pero no pude y me desmayé.

—El testigo volvió a desmayarse después de su declaración, pero yo me había salvado.

Miré al comisario.

—Los hechos —le dije— están definidos, aunque no puedan explicarse.

—Así es, sin duda alguna, ¿pero como voy a inculpar a un fantasma de un asesinato? Usted no fue el autor y a mí me toca encontrarlo un poco más acá del mundo de los espíritus. Queda usted en libertad con las reservas de ley.

Terminada la diligencia, los agentes policiacos se volvieron a su guarida, el asistente, pálido y tembloroso, subió a su celda acompañado de Ángel, a recoger sus cosas y las de su jefe.

Miedo infundado

Este extraño suceso causó un revuelo enorme en toda la ciudad y principalmente entre el pueblo innumerable de vendedoras y comerciantes que tienen sus puestos y sus habitaciones en los alrededores del convento. No había entre aquellos millares de gentes una que dudara, ni por un momento, que el coronel fue estrangulado por un fantasma. Ahora resultaba que todo el mundo había visto los espantos y conocía sus fechorías. ¡Quién sabe cuántas cosas habría hecho aquel militar taciturno y mal encarado!, decían las viejas. Fue un castigo de Dios. Y agregaban: cualquier día le pasa lo mismo al portero que también ha sido soldado, o a ese señor nuevo —el señor nuevo era yo— que no sabe dónde se ha metido. (Aquí fallaba la exactitud de los juicios populares. En primer lugar yo no era nuevo. Podía, en rigor, considerarme como bastante usado y en segundo lugar yo no me había metido al convento: un ángel del Señor me había conducido de la mano a la santa casa, lo que era muy diferente.)

La prensa se posesionó de aquel acontecimiento tan sensacional y los reporteros invadieron el recinto mercedario. Yo me vi obligado a sustraerme a la curiosidad de los periodiqueros. Me encerré en mi cuarto de la azotea, hice que Ángel retirara la escalera de madera que a él conducía y sólo

por las noches salía a recorrer el patio, los corredores, las celdas vacías, la iglesia en ruinas y unos sótanos que había debajo del altar mayor, siempre guiado por la idea de encontrarme con algún espanto.

Por las noches permanecía junto al gran boquete del que había salido la sombra del fraile que mandó al otro mundo al militar oaxaqueño, o me sentaba entre los montones de escombros que cubrían el piso de la nave, pero a pesar de mis largas esperas y de mi buena voluntad, nunca pude ver ni oír nada que pudiera ser tomado como cosa del otro mundo.

Sin embargo, una noche me pareció que alguno sucedía. Después de una larga espera, un aullido prolongado y lastimero, muy semejante al aullido de los perros que le ladran a la luna, flotó por unos momentos sobre las ruinas de la iglesia, y una racha de viento atravesó la nave ruinosa, zumbó al pasar por el gran boquete del corredor, invadió el patio y sacudió violentamente unas plantas que crecían en él.

La gente que diga que nunca se ha asustado en su vida, miente. Por más desaprensivo que uno sea, por más racionalista y reflexivo, por mejor templados que se mantengan nuestros nervios, de repente, cuando menos se espera, un hecho insignificante que hubiera pasado inadvertido en cualquier otra ocasión, nos llena de terror. Aquel aullido, y el golpe del viento me aterrorizaron. Creí que surgían de repente las sombras vengadoras de los frailes. Pero nada sucedió.

En busca de la fortuna

El escándalo que suscitó la muerte del coronel se fue borrando y después de dos semanas nadie se acordaba del estrangulado, pero hizo el milagro de sacarme del nirvana conventual y ponerme ante los ojos del público y de mis amigos, muchos de los que formaban parte del gobierno victorioso. Creí que la ocasión era propicia para hacer mi pri-

mera salida al tinglado de la farsa citadina. Pero era necesario, ante todo, vestirme.

María lavó mis trapos, me di dos o tres bañadas, pero ya no en el tinaco, y como los huaraches no se limpian, los dejé como estaban y salí a la calle en busca de fortuna.

Lo primer que había que hacer era pedir dinero a alguien. Si ese alguien me lo daba, podía considerar que mi buena suerte empezaba. Recorrí la lista de mis amigos. Me pareció que aún no era tiempo de confiarme a muchos y elegí al que en tiempos no lejanos había editado algunos de mis libros. Derechamente fui a su imprenta. Ahí estaba. Cuando me vio abrió desmesuradamente los ojos, levantó las manos y exclamó, con el acento del más grande asombro: ¡Tú! Rafael Loera Chávez saltó el mostrador, me abrazó muy emocionado y me dijo: ¿qué necesitas?

La contestación la traía yo escrita en mi propia vestimenta. Necesito dinero —le dije—. Dame lo que sea necesario para vestirme y algo más para comer.

Rafael me dio dinero y salí a vestirme, esta vez literalmente "de pies a cabeza". Ya vestido me invitó a comer. Yo tenía mucho miedo a ensuciar mi traje nuevo y como la servilleta que me dieron era muy pequeña me puse un periódico desde el cuello hasta las rodillas y así comí, sin preocupaciones, plenamente, junto al primer amigo que había encontrado más allá de los muros del claustro.

Era perfectamente natural que después de aquel primer triunfo, yo pensase automáticamente en mi ángel guardián. Banquete en la portería, juguetes a los niños, repartición del dinero hasta su agotamiento.

Cuando al día siguiente salí a la calle, la ciudad me pareció pequeña. La recorrí a grandes zancadas, alegre y confiado. Ya no buscaba espantos, sino generales y coroneles para echarles bala, porque me proveí de una pistola y me había vuelto agresivo.

Al atravesar la plaza de Santo Domingo, alguien me llamó. Volví la cabeza. Era Chucho González, poeta y editor, hombre inteligente, amable y generoso. Abrazos efusivos, torrentes de preguntas y de respuestas, reproches a mi conducta y finalmente esta pregunta:

—¿Tienes algún libro para que yo lo edite?

—Ninguno —contesté desconcertado—. ¿Qué libro quieres que tenga después de un desastre en que todo lo he perdido, hasta el honor?

—Precisamente: escribe tu odisea y tu deshonor. Será un libro terrible.

—No querido hermano: si escapé de las balas en Algibes, con el libro firmo mi sentencia de muerte.

—Pues entonces traduce aquellos poemas que escribiste en París...

—¡Gran idea! Cuenta con el libro.

Cuando nos separamos reflexioné que había prometido demasiado. Sería imposible encontrar esos poemas, y luego ¿quién me los escribiría? No tengo máquina, ni tampoco sé usarla, y mi escritura es tan enredada, que en ninguna imprenta admiten un original escrito por mi propia mano.

Me eché a andar soñando en el libro, en una máquina de escribir y en un taquígrafa —guapa naturalmente— y muy hábil. Era demasiado.

Cogí por una calle que abría hacia el oriente y mi decisión me pareció de buen agüero. ¡El Oriente! Por el Oriente ha nacido siempre la luz —y todavía sigue naciendo— y por consiguiente el Oriente es, claro está, el símbolo de la orientación, ¿o no es cierto? Además, por ese rumbo se elevan en el límite del Valle de México los volcanes cuya belleza yo iba a cantar en los poemas que Chucho González quería imprimir.

Pero después de caminar un poco por aquella calle que iba hacia un rumbo tan prestigiado, me pareció prudente no fiarme mucho de la rutina y torcí hacía el sur, que no tiene ningún

prestigio orientador, por la calle del Carmen. Inmediatamente mis ideas se volvieron prácticas: si yo no sé escribir a mano ni en máquina y tengo la desgraciada costumbre de dictar, hay que buscar una mecanógrafa, pero con máquina. ¿Dónde diablos encontrar las dos cosas?

Las taquígrafas de la Lerdo

La respuesta me la dio un gran rótulo que se extendía sobre la puerta de un edificio de tres pisos: "escuela Miguel Lerdo de Tejada" y un nombre surgió en mi imaginación como un relámpago: ¡Lolita Salcedo! Lolita Salcedo era la directora de la escuela, y mi grande amiga, bella mujer, inteligente y generosa, apta para guiar rebaños de muchachas y prepararlas para los menesteres de la vida. Automáticamente me dirigí a la puerta del colegio y entré.

El patio estaba lleno de muchachas que jugaban. Era la hora del recreo. No fue necesario anunciarme, Lolita estaba en la puerta de su oficina y a pesar de mi aspecto esquelético y de mi traje nuevo, que me sentaba muy mal, me reconoció, y mandó a una chiquilla para que me condujese a su presencia.

Lolita Salcedo no había cambiado: era la misma mujer elegante y amable, con los mismos atractivos que años antes la habían señalado a mi admiración. Amable recibimiento, preguntas sin fin, contestaciones envueltas en sonrisas que ocultaban mi verdadera situación, y...

—Pero qué flaco está usted.

—Sí —contesté siempre sonriendo—, la vida... los trabajos, los balazos fuera de tiempo... tantas cosas.

—¿Y qué hace usted ahora? —preguntó Lolita. ¿Volverá usted a la política?

—¿La política? Harto estoy de dama tan voluble y tan sucia. Lo que me gustaría, más que ninguna otra cosa, sería volver a escribir libros, pero me falta una mecanógrafa.

Lolita extendió el brazo y señalando con la mano aquella muchedumbre de criaturas que jugaban me dijo: aquí tiene donde escoger. Y agregó, no supe si adivinando mi pobreza o por simple generosidad: y aquí en el segundo piso tiene usted un salón y veinte máquinas de escribir a su disposición.

Me quedé estupefacto. La realidad sobrepasaba mis propios sueños. ¿Pero qué iba yo a hacer ahora con aquel pueblo de mecanógrafas? Por lo pronto era necesario dar las gracias a aquella mujer que me rodeaba de aquel coro de ángeles.

Entretanto, en el salón las veinte máquinas esperaban y a él fui acompañado de las veinte muchachas, más temeroso que complacido. Estaba totalmente fuera de entrenamiento y de mi mente en confusión no fluían las ideas. Pero el caso era comprometedor, no podía eludirse y obligaba a desplegar totalmente todo lo que yo pudiera llevar adentro.

Las veinte chicas con sus cuadernos de taquigrafía sobre las rodillas esperaban. Yo tenía muchas cosas para dictar, pero no acertaba a escoger una. Tres o cuatro minutos habían pasado y las mecanógrafas empezaron a mostrar cierta nerviosidad ante mi silencio. Había que decidirse y escogí el relato de la derrota de Algibes. Treinta y cinco minutos de dictado a todo vapor, muy posesionado de mi papel pero temeroso de que las chicas no alcanzaran mi dictado. No hubo una sola que se retrasase ni un segundo y cuando hicieron la transcripción en la máquina el resultado fue abrumador. No hubo discrepancias: todas las transcripciones eran iguales. ¿Qué iba yo a hacer con aquellas terribles máquinas de trabajar? Un programa se imponía. Al día siguiente llegué con él a mi improvisada y magnífica oficina.

—Señoritas —les dije—, es indispensable aprovechar la eficiencia de todas. Voy a dar una conferencia cada tercer día sobre los más diversos temas y en distintos lugares. Todas ustedes me acompañarán. ¿Qué les parece a ustedes?

—¡Muy bien, muy bien! —gritaron muchas—. Pero dudaron algunas que no estaban acostumbradas a tomar conferencias en público.

—De eso se trata: de abandonar el dictado rutinario. Además, con la habilidad que demostraron ayer, les aseguro que pueden desempeñar puestos de taquígrafas parlamentarias.

Desde el día siguiente empezaron las conferencias. La habilidad de todas las chicas para captarlas y transcribirlas me desconcertaba. En dos meses habíamos reunido 22 conferencias. Algunas fueron dadas dentro de la misma escuela y exclusivamente para las alumnas. A mí, toda aquella elocuencia me resultaba falsa y ampulosa, pero aquel entrenamiento tuvo la virtud de desempolvarme.

Leonor

Una mañana recibí la visita del secretario del gobernador del Estado de México, Riva Palacio, que me invitaba a dar una conferencia en Toluca, el día de la raza. Dos de mis veinte secretarias fueron escogidas para tomarla. Eran dos entre las más pequeñas del grupo, activas como abejas y bonitas como ángeles. Por primera vez iba yo a hablar en serio frente a un público totalmente desconocido. Hablé en la plaza principal ante una gran muchedumbre que me pareció no gustar, o no entender lo que yo decía, pero cuando tres horas más tarde el discurso fue impreso y fijado en los muros de las calles, el público comprendió y se levantaron protestas, y las protestas llovieron ante el gobernador Riva Palacio, que rió de ellas... y de la conferencia. Pero yo había logrado dos éxitos: interesar a una ciudad y hacer la selección automática de las chicas que habrían de convertirse en mis colaboradoras en cosas más serias. De las dos que acababan de desempeñar su labor con tanta eficiencia, solo una, la más grandecita, una rubia delgada y graciosa de ojos de pervinca, activa y alegre, pudo

prestarme su ayuda. Al volver de Toluca se despidió de sus compañeras, abandonó la escuela y entró al convento.

Un nuevo ángel, un ángel de verdad, de sonrisa, claro está, angelical, con las alas ocultas bajo la blusa de gasa, planeó sobre el claustro y se posó frente a una máquina de escribir en el vasto refectorio de los mercedarios.

El ángel vestido con traje de mezclilla se quedaba en la portería para que la clausura no fuese violada.

La pequeña profana que entraba en el convento parecía que se había sacado el premio mayor de la lotería, tan grande era su gozo al encontrarse en aquel vasto edificio en ruinas, libre, ante el misterio de lo desconocido y con un sueldo. En realidad quien se había sacado la lotería era yo.

Sinfonías cursis

Reuní diversos viejos poemas y al conjunto le puse un nombre bastante pretencioso: "Las Sinfonías del Popocatépetl", Chucho González las editó. Pero la verdad sea dicha sin ambages: cuando yo leí los poemas encerrados dentro de la seriedad de un libro, me parecieron insignificantes, y hasta cursis, con excepción de dos o tres. En realidad la obra, en su conjunto, carecía de valor literario y era muy poca cosa para ensalzar a tan gran señor como es el Popocatépetl. Veamos cuatro ejemplos:

Los grandes volcanes

Así como surgen entre las obras del Hombre escalonadas a través de la Historia algunas superiores e inconfundibles, así como se yerguen poderosamente entre la acumulación del trabajo humano un pensamiento de Confucio, una concepción religiosa hindú, una teoría de Darwin, una ley de Kepler o de Newton, o una creación de Miguel Ángel, así, sobre las con-

vulsiones de la tierra se levantan incomparables de belleza y de desprecio los grandes volcanes de México.

Otras arrugas del globo se alzan a mayor altura, otras han sido más admiradas. Existe una cadena de los Alpes llena de encantos y rodeada de civilización; un Pico de Tenerife aislado en medio del mar, desde cuya cima, el océano parece un embudo; un Vesubio prodigioso, sepultador de ciudades, terror y admiración de las gentes, flor de fuego erguida en medio del jardín de las civilizaciones mediterráneas; un Cotopaxi soberbio; un Chimborazo augusto, un Gorisankar enorme, nebuloso, casi invisible, rey de las montañas...

Pero ninguno entre los esfuerzos de la dinámica terrestre, tiene la armonía ni los aspectos maravillosos de los grandes volcanes que del Pacífico al Atlántico atraviesan la vieja tierra de México —joyas de piedra y nieve de simbólicos y complicados nombres.

La lluvia en el bosque

Bajo la sombra de un espeso bosque de oyameles, que cubre un monte enorme, he vivido largo tiempo.

Esta selva es un lugar aislado entre dos profundas cañadas, silencioso, envuelto en perenne penumbra, sin pájaros, sin animales, intensamente perfumado de resina.

En el fondo de una cañada corre un arroyo.

Por entre peñascos baja una cascada, cuyo rocío mantiene en constante verdor los musgos de las piedras y los helechos que crecen entre los intersticios de las rocas. Junto a la cascada construí una choza con troncos y yerbas que me sirvió de abrigo durante el tiempo lluvioso.

En el cielo pasan lentamente las nubes y suavemente se posan sobre las lomas y en la cima del monte...

Llovizna, llovizna apenas. El bosque está callado y quieto. La cascada ondula y canta. Tenues golpecitos agitan las hojas de algunas plantas asomadas a la orilla de la selva...

Pero las nubes se acumulan en el cielo y se oscurece.

Llueve...

Gruesas gotas caen pesadamente sobre los árboles, poco a poco las ramas, grises por el polvo de larga sequía, se tornan verdes y brillantes.

Entre el follaje la lluvia produce un rumor oscilante y por el bosque bañado se extiende un aroma húmedo.

Entre la oscuridad de la selva surge una enorme roca negruzca, rodeada de plantas de hojas largas y lisas. El agua la ha bañado y está lustrosa. En sus sinuosidades crecen esbeltas yerbecitas y se han acomodado las ramitas secas caídas de los cedros. La roca está tan lustrosa que parece cubierta con una capa de cristal. Jóvenes árboles empapados por la lluvia la rodean custodiando su augusta vejez.

Llueve... Un rumor fresco y monótono invade la espesura reconcentrando en el hombre que escucha y contempla, los recuerdos de la vida que se fue y las esperanzas de la vida que viene....

Por los ramajes de los oyameles se desprenden hilillos cristalinos, y por sus troncos, antes cenizos, el agua chorrea lustrándolos y transformándolos en fuentes bruñidas, donde la tenue luz del cielo tiembla.

Llueve, llueve... tan tupidamente llueve que el bosque entero parece un bosque sumergido en el mar.

Entre el húmedo rumor de la lluvia, bajo el bosque adormecido en nebulosa claridad, entre aquel vaho vigoroso y fresco, se mueve en ondulaciones apagadas una misteriosa sinfonía vivificante.

El viento contra el cráter

Entre la atmósfera enrarecida la nieve reverbera bajo los rayos del sol.

Alrededor de las masas maravillosamente luminosas que parecen incandescentes, el cielo está negro.

Fajas enormes de hielo se escalonan hasta el vértice del volcán sumergido en el profundo abismo del firmamento.

Tras una enorme muralla de hielo aparece repentinamente otra roja, de estratificaciones horizontales, silenciosa y solemne como una ruina. Del filo cortante de los hielos bajan paredes rojizas y grises formando un pozo enorme que se abre desesperadamente. Este agujero fantástico está callado, y sus muros carcomidos revelan la antigüedad de su silencio, los espasmos de su pasado, la tristeza de su presente y la tragedia terrible que ha desgarrado su boca desmesuradamente abierta en la frialdad de la altísima atmósfera.

Chimenea apagada —hornaza extinguida por donde salió la conciencia ardiente de la tierra—, el viento implacable te corroe. Los labios de tu boca que el fuego esculpió en la cima del monte augusto, son los labios de un cadáver carcomidos por el pico de un biutre.

El corazón de Anáhuac

¡Piedras, piedras, piedras! Piedras pulverizadas, piedras en fragmentos, ríos de piedras bajando por las cañadas, piedras desgajadas erguidas sobre los declives como inmensas flores cristalizadas... Enormes murallas negruzcas, corroídas, agrietadas, desquebrajadas... Amontonamiento de peñascos, cubiertos de arena gris, muros color de sangre por entre cuyas grietas asoman chorros de lágrimas congeladas...

Grandeza torturada —resignación trágica— dura aridez.

La montaña parece un corazón con la punta vuelta hacia el cielo, congelada por la frialdad del destino indiferente y luminoso.

Desolación fatal —grandeza de muerte— resistencia constantemente vencida y una nueva esperanza sobre la cúspide!

¡Oh montaña! Tu cono formidable, como el corazón de este pueblo, ha sangrado desde la noche de los más lejanos tiempos. Tu corazón combatido por la perfidia, desgarrado bajo la grandeza de tu cielo purísimo puede resistir aún...

A veces esta cúspide trágica me parece el corazón de una víctima puesto por la mano sacrílega de un sacerdote azteca sobre la piedra de los sacrificios...

¡Pero no! Está viviente. De su punta elevada en el cenit, sale a borbotones una nueva fuerza.

Nota.— (el éxito de las "Sinfonías" fue colosal: en seis meses se vendieron quince ejemplares. Seguramente la literatura no me llevaría por el camino de la gloria ni por el de la riqueza.)

Turistas en el convento

Recuperaba mi energía y saturado de optimismo, reanudé las expediciones, por largo tiempo suspendidas, al monte que acababa de poner en ridículo en una serie de poemas chirles. Seguiré otro camino, me dije: copiaremos en dibujos y en pinturas sus maravillosas modalidades. Al cabo de algunos meses, había colgados en los muros del viejo refectorio muchas pinturas y dibujos. Las pinturas me parecían desagradables. Tenían un aire de falsedad y eran poco emotivas. En cambio, los dibujos me parecieron excelentes. De éstos habían centenares, pero permanecían ocultos a la admiración de las gentes.

Se seguirían amontonando hasta formar una montaña, sin alcanzar la virtud de producirme unos cuantos pesos para comer y para pagar a mi secretaria. Me equivocaba.

—¿Por qué todos los pintores venden sus cuadros y tú no? —me dijo un día.

—Porque yo no sé vender.

—Pero yo sí —replicó con viveza la criatura—.

Hagamos un catálogo con sus precios. Yo llamo a tus amigos y voy a buscar a esos tipos que pastorean a los turistas. Con una comisión que les demos, se interesarán en traerlos. Fíjate: el convento es una joya artística de la colonia digna de ser visitada. Entre estas ruinas tus cuadros van a llamar mucho la atención. Yo les cuento las leyendas del convento y tú las tuyas y me canso de vender dibujos.

Ese *me canso* era una simple figura de retórica mexicana: Leonor nunca se cansó de vender dibujos. Los turistas afluían y los dibujos se vendían y a precios que yo jamás había soñado. Era increíble la cantidad de pesos que entraba todos los días.

Leonor había visto claro el negocio: el romanticismo del convento y las leyendas que revestían de falsedades a mi persona, atrajeron no solamente a los turistas sino a muchas gentes de la ciudad.

Esas gentes de la ciudad —mis antiguos amigos, mis nuevos conocidos, gentes que se la daban de conocedores en asuntos de arte— estaban en condiciones de apreciar mis dibujos, pero los turistas no sabían lo que compraban.

El turista es un ciego que camina conducido por la mano de un cicerone idiota. No está capacitado para comprender. Sólo admira lo que le dicen que debe admirar.

Yo había visto turistas de todas las nacionalidades en las más diversas partes del mundo y me parecieron siempre gentes de otra especie animal, pero no me habían molestado porque jamás tuve contacto con ellos.

El turista inglés se distinguía siempre por su traje exótico, su aire de superioridad que le impedía ver las cosas de la vida tal como son. Cuando volvía a su país de un viaje por Egipto o por Italia, lo único que había aprendido eran las noticias y

las historias de Baedeker —que bien hubiera podido leer cómodamente en su casa.

El turista alemán era exactamente todo lo contrario. Ferozmente estudioso y observador, se metía en todas partes, todo lo indagaba, trataba de hablar la lengua del país y ante la estatua de un museo indagaba hasta la composición química de la piedra. Era extremadamente parco en el gastar y furiosamente ambicioso para aprender. Vestía también exóticamente, muchas veces traje de alpinista y estaba siempre revestido de una bonhomía de bárbaro amansado.

El francés es turista por excepción. Viaja poco y mientras viaja, está siempre pensando en París.

Pero el turismo que recibíamos en el convento de la Merced era distinto, típicamente americano, profesores de las escuelas de California, impecables y fríos como el maniquí de un escaparate, industriales de Chicago o de Denver que ante una ruina náhuatl se ocupan de calcular cuánto hubiera sido mejor hacer un rascacielos o una fábrica de chicles; estudiantes de las universidades, saturados de preceptos bíblicos y de prejuicios cintíficos y filosóficos, serios y reflexivos, adormecidos por la cursilería de una leyenda prehistórica; señoras ricas, en el último período otoñal, muy alhajadas, conducidas a la contemplación de las obras de arte por la varita mágica de un cicerone azteca con aspecto de "macró".

El turista americano, solo o en manada, es siempre un signo de admiración trazado en el vacío. Un ¡ohhh! O un ¡ahhh! constituyen la síntesis de la emoción.

Cuando a uno de estos turistas les da por investigar, especialmente si es una mujer, se vuelve insoportable: tiene el "porqué" de los niños siempre en la boca, y no hay manera de satisfacerlas.

Al principio, cuando al conjuro de Leonor empezaron a llegar rebaños guiados por un pastor al servicio de una agencia de viajes, yo me sublevé. Aquellas masas amorfas de seres en conserva, químicamente puras, me aburrían, y a veces me

indignaban. Toda aquella ansia ficticia de sabiduría, aquel investigar sin finalidades, aquella suavidad forzada de hombres y mujeres limpios como un lienzo acabado de salir de una autoclave, no era otra cosa que una farsa de la cultura, y me dediqué a divertirme.

Si a mis compradores de chueco —mis cuadros y mis dibujos eran cosas mal habidas en el seno de la naturaleza— les daba por la investigación histórica, yo tomaba la cosa en broma. A través de mis palabras el convento era una obra maya; la Ciudad de México, la habían fundado los atlantes; el primer emperador azteca hablaba fenicio y los dibujos que me compraban habían sido hechos con un procedimiento heredado de mis antepasados los aztecas.

Se iban muy contentos con las explicaciones, y con un dibujo bien pagado.

Yo me preguntaba: ¿un hombre está obligado a tratar a un turista como a un semejante? De ninguna manera. Un turista no es un ser humano: es una unidad amorfa en un rebaño sin dueño; un fantasma con ojos puestos malévolamente sobre su rostro por una agencia comercial; un ser infrahumano que camina por el mundo como un sonámbulo, un ser extraño, en suma, que no tiene nada que ver ni con el arte, ni con la belleza del mundo, ni con las gentes que piensan.

Sin embargo, los admitía. ¿Por qué los admitía? Porque a pesar mío me estaba volviendo comerciante, y un comerciante es un bellaco que soporta cualquier humillación con tal de ganarse un peso.

La colección Pani

Pero el ángel salido de las aulas de la escuela Lerdo, velaba por mi dignidad. Un día llegó precipitadamente y me dijo: —acabo de encontrar al ingeniero Pani. Quiere que veas la colección de cuadros antiguos que trajo de París. Yo me figu-

ro que ha de querer que tú los clasifiques y que hagas un catálogo. (Esta niña lo pensaba todo ella, todo se lo imaginaba, todo lo daba por hecho, y lo más curioso era que todo se realizaba.)

Al día siguiente fui a ver al ingeniero Pani. Alberto J. Pani y yo, siendo casi unos niños, fuimos compañeros en el Instituto de Ciencias de Aguascalientes, y desde nuestro primer contacto nos sentimos animados por una mutua simpatía que se convirtió, en el decurso de los años, en una perfecta amistad. Hombre de una vasta cultura y de una gran experiencia política y social, amante de las artes y gran dibujante, acababa de llegar a México después de una larga estancia en Europa, donde representó muy dignamente a México, habiendo logrado reunir una importante colección de cuadros antiguos, que era la que yo iba a ver. Me la mostró. Había en ella valiosas obras de la época de oro de las escuelas francesas, españolas, holandesas e italianas, dignas de un museo. Como mi secretaria lo había previsto, Pani me encargó la clasificación de su colección, y yo le indiqué la conveniencia de redactar un catálogo.

Cuando la colección fue valorizada y catalogada la propuse en Nueva York a diversos mercaderes judíos, uno de los cuales ofreció cien mil dólares por diez de las más importantes obras, pero el ingeniero Pani no quiso fragmentarla y prefirió cederla íntegra al Gobierno de México por una suma muy inferior. (Hoy todas esas obras se exhiben en la escuela de Bellas Artes diseminadas en los salones).

Dada la posición oficial y la personalidad del coleccionista, así como la clase de mi labor, enteramente ajena a la política, el contacto social con el viejo amigo me permitió volver a la circulación humana.

Mis antiguos amigos de la Revolución, generales, políticos y mercaderes enriquecidos, me abrieron las puertas de sus casas y las de las cantinas. Esto último era muy importante, porque en México la cantina es una *sancta sanctorum* de la fra-

ternidad exagerada, y de la chismografía, y una oficina donde es muy fácil ponerse de acuerdo sobre cualquier cosa o dirimirla a balazos. Faltaba, sin embargo, algo para que mi penetración en la sociedad fuera definitiva, algo que me quitase de encima el san benito de réprobo, la aprobación oficial de mi conducta: faltaba que el Señor de México, vulgarmente llamado "Presidente de la República", no hiciese un gesto agrio cuando yo me encontrase delante de él. Un libro hizo el milagro.

Artes populares

Los pintores Jorge Enciso y Roberto Montenegro, amantes de las artes populares y sus más justos valorizadores, sugirieron al ingeniero Pani la idea de hacer una exposición de esas artes, que ellos tanto amaban, para conmemorar dignamente el centenario de la proclamación de la Independencia de México.

Pani acogió la idea con entusiasmo, y gracias a su espíritu organizador y a la posición que ocupaba —Secretario de Relaciones—, la exposición pudo llevarse a cabo rápidamente. Diego Rivera, Best Maugard y Carlos Argüelles, coadyuvaron al éxito clamoroso.

Nacionales y extranjeros pudieron contemplar por primera vez, reunidos dignamente, los tejidos, los juguetes, la vidriería, la ebanistería y los muebles que la gente del pueblo fabrica tan hábilmente con sus manos, y que en su conjunto forman una de las expresiones más significativas del temperamento y de la habilidad manual del pueblo de México. En un local adecuado de la avenida Juárez se instaló la exposición, que fue visitada por decenas de millares de gentes. Una pequeña monografía ilustrada condensó su valor. Cuando la monografía estuvo impresa, Pani me dijo:

—Regálale el primer ejemplar al General Obregón. (El General Obregón era, en esos momentos, el Presidente de México).

—¿Y si no lo acepta?

—Seguramente lo aceptará. Está muy interesado en nuestra labor y aunque no lo diga, le gustaría una reconciliación contigo.

(¿Reconciliación?, pensé yo. ¡Imposible! No podía haberla. El choque que se produjo entre él y yo después del asesinato de Carranza destruyó nuestra antigua amistad. En ambos había surgido un odio profundo que no podía borrar la dádiva de un libro. Pero en fin, había por mi parte una cierta obligación, una obligación oficial, de ofrecerle un libro que el gobierno había pagado, y un cierto mezquino interés de que la gente creyera que Obregón y yo habíamos vuelto a ser amigos, lo que despejaría por completo la densa neblina que mi actitud política había extendido a mi alrededor. Y así fue).

En la inauguración oficial de un edificio, me acerqué a Obregón, que no pudo reprimir un gesto de disgusto al verme, pero yo, con ademán de embajador del país enemigo, le entregué la pequeña monografía, encomiándole su valor, y no pudo rehusar a decirme: gracias. Poco tiempo después recibí su visita en el convento de la Merced, y dicho sea con la más completa sinceridad, yo me sentí muy satisfecho, porque aparte de las discrepancias políticas, yo tenía por el General Obregón una gran simpatía nacida de sus cualidades intelectuales, de su inteligencia clara y de su extraordinaria intuición como militar.

Sobre el vasto campo de lucha cotidiana, ante un horizonte despejado, me puse a trabajar, pero no con ahínco, ni con pasión, ni por necesidad, sino por puro gusto.

A pesar del fracaso de mi libro y del falso triunfo de mi pequeña monografía sobre las artes populares, la emprendí bravamente en algunas novelas y con artículos más o menos descabellados en revistas y diarios, asiduamente en *El Universal*, cuyas puertas me abrió mi excelente amigo el licenciado Miguel Lanz Duret.

Pero era necesario seguir pintando, y en un rato de buen humor inventé una teoría pictórica, semejante a muchas de las que pusimos de moda en París algunos años atrás diversos camaradas y yo, las que invariablemente eran aceptadas con entusiasmo por los críticos que creían ingenuamente en una renovación del arte.

Una teoría como otra cualquiera

Años hace, en París, exhibí en el salón de los Independientes, allá por 1910, un cuadro absurdo nacido de esta teoría: "La naturaleza debe ser interpretada por un signo primordial". No tuve necesidad de apoyarla: la prensa se ocupó de ello, primero en París y después en Munich, donde al año siguiente aparecieron muchos cuadros "signistas" ante nuestras burlas incontenidas.

Me pareció que podía renovarse el absurdo en México y lancé la pintura "sígnica", cuyo principio obligaba al artista a reconcentrar sus impresiones estéticas en un signo. Así, un retrato era sólo una síntesis lineal de retratado, casi un rasgo; la representación de una montaña quedaba reducida a un verdadero geroglífico.

Tal vez si yo hubiera desarrollado mi teoría dentro de un criterio geométrico, hubiera alcanzado a producir algunas obras interesantes y a establecer una nueva escuela, pero no le di importancia a mi invención y comprendí, además, que faltaba algo esencial para su desarrollo: el ambiente, la curiosidad pública, la crítica y el interés de los coleccionistas.

La exposición de la pintura síngnica se realizó en el patio de la Escuela de Bellas Artes y dejó anonadada a la gentes. Varios pintores americanos se interesaron por saber dónde se enseñaba la nueva pintura "tan moderna y revolucionaria". Ignoro a dónde habrán ido a parar todos los infundios nacidos del "signismo".

Abandoné la pedantería pictórica y me di con furia a pintar paisajes dentro de un criterio realista. Nuevas exposiciones en el convento, en la Escuela de Bellas Artes y algunas tiendas de la ciudad. *Succés d'estime* en algunos casos, ventas apreciables en otros, cosa mediocre, en suma.

Pero con el trabajo yo iba adquiriendo un dominio real sobre la técnica de pintar y especialmente en el arte de dibujar y, por otra parte, me fue dable reducir a fórmulas prácticas diversos procedimientos para pintar que yo había inventado en muy diversas ocasiones, desde hacía muchos años, y con los que ejecuté paisajes y retratos. Los dibujos se reprodujeron por centenares.

El paisaje y las nuevas técnicas

Me había dado por completo a la interpretación del paisaje, por dos razones: la primera, por mi espíritu vagabundo, amante de las excursiones y de las expediciones, y, la segunda, porque mi temperamento de hombre independiente me impidió sumarme al grupo de pintores que trabajaban bajo la protección oficial, decorando edificios y pintando retratos.

Nada me producía —ni me sigue produciendo— un placer tan profundo, como caminar tres o cuatro días para alcanzar las altas vertientes de una montaña, instalarme en ellas en una cueva o en una cabaña improvisada, y dibujar cuanto la naturaleza presentaba ante mis ojos.

Los procedimientos que había inventado para dibujar y pintar me daban cierta facilidad para trabajar a mi entera satisfacción.

Los dibujos, con pocas excepciones, estaban ejecutados de la siguiente manera: se coloca un papel blanco de la contextura que más agrade, sobre una superficie lisa; se unta con una capa de polvo de negro marfil o de "sauce Bourgois" hasta obtener el tono deseado; se dibuja con un pequeño y

duro esfumino de fieltro; se sacan las luces con una goma y se refuerza el trabajo con el mismo esfumino y con un lápiz tipo Conté. Así puede obtenerse un vigor muy especial y grandes transparencias en el claro-oscuro, armonía tonal y espontaneidad en la ejecución de la obra.

La pintura a la "petro-resina"

Es bien simple. Se muelen los pigmentos con petróleo y una resina adecuada, y sobre una superficie blanca, preparada al temple, se pinta como a la acuarela o al fresco, sin usar blanco. Enseguida se van engrosando las capas hasta obtener la calidad o el tono que se busca, y encima se trabaja con los Atl-colors obteniendo óptimos resultados: gran transparencia, ricas calidades y una seguridad completa en todo lo que concierne a la no inalterabilidad de los colores.

Los Atl-colores

Están hechos con la fórmula de la encáustica griega, pero convertida en una barrita dura que pinta. Esa fórmula se compone de resinas, cera y el pigmento. Fundido y molido el conjunto, se hace la barrita y se usa en forma semejante al pastel, pro como los tonos no se mezclan, el trabajo se realiza superponiendo capas, las que siempre están secas. Así se obtiene una gran riqueza de materia, solidez y potente luminosidad. Pueden usarse sobre cualquier superficie seca: papel, cartón, tela áspera, madera, cemento, etc., a condición de que la superficie que recibe el color no sea blanda ni flexible. Pueden usarse también sobre pinturas al óleo, a la acuarela, al temple o al fresco, con resultados sorprendentes.

Someramente conocidos los procedimientos para pintar, conviene explicar cómo ejecuto los grandes y pequeños pai-

sajes, porque creo que el conjunto de mi modo de operar puede interesar a más de un artista, y construir la iniciación de una escuela de pintura.

Por principio de cuentas, yo nunca salgo "a buscar un paisaje": siempre dejo que el paisaje me busque a mí, que se eche violentamente sobre mi sensibilidad. Me detengo ante esa sensación, mejor dicho, ante ese estado que me produjo la sensación, lo analizo rápidamente y hago un esquema en blanco y negro, también muy rápido. Ambas cosas, con raras excepciones, no duran más de diez minutos.

Con el esquema o apunte, y lo que guardo en mi memoria, empiezo el paisaje inmediatamente, o después de un mes o un año —la sensación prístina perdura sin debilitarse por largo tiempo. Dejo punto menos que completo el trabajo y lo abandono durante dos o tres semanas, al cabo de las cuales lo termino definitivamente usando los Atl-colors.

Yo no soy partidario de hacer muchos estudios para ejecutar, sea un paisaje, un retrato, un cuadro cualquiera o un mural, porque en esos estudios se quedan la espontaneidad y la emoción, y la obra final resulta fría, inexpresiva y amanerada, mientras que si se ejecuta directamente, con la sensación palpitante de lo que se vio, arrojándola toda entera sobre la superficie de la tela o del muro, la obra vibrará.

Dos ejemplos colosales demuestran la exactitud de mi afirmación: las obras de Rafael y las de Miguel Ángel.

Rafael hacía muchos preparativos para pintar un cuadro o un mural, como en el caso de los frescos de Las Estancias en el Vaticano. Las composiciones que iban a extenderse sobre los muros fueron dibujados primero en cartones, de tal manera completos y perfectos que ya no era posible hacer mejor. Los calcó, los copió después, pero ya no pudo salirse del modelo y las obras resultaron un poco frías, a pesar del prodigio de las composiciones, de la extraordinaria elegancia del dibujo y de la nobleza de los personajes.

Miguel Ángel al contrario: se echó sobre el techo de la capilla Sixtina como una fiera hambrienta sobre su presa. Su imaginación parió directamente en las superficies de cal y arena húmedas al Super-hombre que había concebido. Agarró con las tenazas de su mente el cuerpo humano, y desesperadamente lo transformó en un organismo más potente, más perfecto que el que Dios hizo de carne y hueso. La naturaleza empleó millones de años para realizar la evolución del simio al atleta de los Juegos Olímpicos; a Miguel Ángel le bastaron unos cuantos meses para realizar la evolución física y anímica del atleta de los Juegos Olímpicos al Super-hombre de la Sixtina —superación de la naturaleza que no puede alcanzarse solamente copiándola.

Veamos ahora lo que es el paisaje significa:

Para el agricultor, una promesa de cosechas;

para el ingeniero, un campo de medición;

para el militar, claro, un campo de batalla;

para el excursionista, una serie de distancias que recorrer;

para el geógrafo, una complicada fracción del planeta;

para el automovilista, un panorama inmenso cortado por una serpiente de cemento que está obligado a tragarse;

para el alpinista, un manto azul que se extiende a sus pies;

para un presidente municipal, el área de sus fechorías.

Para el citadino el paisaje no existe.

Pero para un pintor, para el artista, para aquel que pueda captar un fragmento a la vasta extensión de los cielos y la tierra, para un caminante, para un indio —ser contemplativo por excelencia—, el paisaje es el ritmo de ondas que la naturaleza extiende, tal vez generosamente, donde saturamos el espíritu de excelsas sensaciones de belleza y de energía.

Además de los Atl-colors y la Petro Resina, pude lograr la fabricación de un blanco muy útil, que mezclándose con los colores al óleo comunes y corrientes, producen un temple de una calidad muy especial, sin ninguna de las desventajas de

este procedimiento, admirable bajo muchos puntos de vista, pero muy afectable por la humedad y el roce.

Me pareció conveniente dar a esta técnica el nombre de "Temple al óleo".

Temple al óleo

El blanco especial para esta técnica se usa con los colores al óleo que se venden en el comercio, se pinta sobre superficies muy absorbentes preparadas al temple, usando un vehículo especial y el resultado que se obtiene es un mate perfecto y de una calidad de materia muy rica y vigorosa.

Si sobre la superficie así pintada, se usan las barritas de Atl-colors, pueden obtenerse resultados de una luminosidad superior a la que se obtiene con cualquier otro procedimiento.

(Muchas de las notas que anteceden fueron publicadas en algunos catálogos de mis exposiciones, y los procedimientos que en ellas se explican han sido perfeccionados, permitiéndome producir, en el género paisaje, obras que pueden considerarse de primer orden en la historia de la pintura).

Petróleo en el Valle de México

Los trabajos literarios y las colaboraciones en algunos periódicos continuaban desarrollándose como motivos principales en mi vida, y las fiestas donisíacas alegraban frecuentemente la morada conventual. Pero sobraba tiempo para otras cosas. Las exploraciones petroleras en el Valle de México me atrajeron, cuando conocí el resultado de los trabajos hechos durante seis siglos para encontrar un líquido tan útil.

Desde la época náhuatl, poco antes de la fundación de la Ciudad de México, los aztecas encontraron al pie del Tepeyac

un yacimiento petrolero, del cual extraían un producto casi puro, utilizándolo como medicamento.

Pocos años después de la conquista de la ciudad por los españoles, los padres jesuitas que fundaron el monasterio y la iglesia de Guadalupe donde antes se encontraba un templo indígena dedicado a Tonantzin, siguieron extrayendo del manantial descubierto por los aztecas, un petróleo muy puro que vendían a los fieles como una medicina infalible para las reumas. Desde entonces y durante muchos años, hasta las exploraciones técnicas de los ingenieros Pollens y Ragozzy, en 1919, surgió petróleo en la hacienda de Guadalupe cercana al Tepeyac, y, en muchas ocasiones, su abundancia y su buena calidad permitieron a muchos vecinos de esa hacienda y de la misma Villa de Guadalupe embotellarlo y venderlo a las gentes de los alrededores que aún no tenían instalaciones eléctricas en sus casas. Ese petróleo, al que se daba el nombre de kerozene, era muy barato y apreciado y yo lo vi arder en aquellos quinqués heredados de nuestros abuelos.

El ingeniero De la Cerda, en 1920, hizo perforaciones en la hacienda de Guadalupe y logró encontrar dos importantes mantos petrolíferos que, por la oposición decidida de la Secretaría de Industria y la mala fe de un aventurero llamado Zaccani, que engañó a medio mundo, no pudieron explotarse. La gente confundió las estafas de Zaccaani con las exploraciones técnicas del ingeniero De la Cerda, y el negocio se vino abajo.

Pero las exploraciones de Pollens y Ragozzy tuvieron una base rigurosamente científica y una grande amplitud. Pollens era un agricultor, muy conocedor del Valle de México, hombre de dinero, y Ragozzy fue durante muchos años perforador de pozos petroleros en la Huasteca Petroleum Company y durante varios años se había dedicado a investigaciones superficiales sobre una vasta zona del mismo Valle de México.

En 1925 las exploraciones se formalizaron y se llevaron a cabo en una línea que corre desde Xochimilco hasta Pachuca, encontrando en diversos puntos indicios importantes de petróleo y en algunos, especialmente cerca de los Reyes grandes formaciones calizas a un profundidad no mayor de seiscientos metros.

La muy larga experiencia de Ragozzy en los terrenos petrolíferos y el fuerte capital con que contaba, lo pusieron en condiciones de traer al Valle de México la maquinaria más moderna para perforar y los instrumentos que le permitiesen detectar los mantos petrolíferos.

En el momento preciso en que los trabajos de exploración iban a realizarse, ambos ingenieros murieron y el asunto se detuvo.

Aprovechando los planos de esos *previators* y las noticias que de sus propios labios yo recogí y uniéndolas a los trabajos que el ingeniero De la Cerda había realizado en la hacienda de Guadalupe y al pie de la cordillera del Ajusco, entre Tlalpan y Xochimilco, yo pude establecer un plan de exploración petrolífera en el Valle de México, y comencé los trabajos cerca de Tlalpan y en los Reyes Acosac con resultados sorprendentes. El General Francisco Mújica, Secretario de Comunicaciones, prestó grande ayuda a la empresa pero la política se metió entre las ruedas de mi carro que rodaba por un camino amplio y despejado, y el negocio se paralizó bruscamente.

Hice todos los esfuerzos para reanimarlo, escribí un folleto intitulado "Petróleo en el Valle de México", llamé a todas las puertas inútilmente, y el petróleo está todavía intacto en el subsuelo del Valle de México.

Un hombre más allá del Universo

Vuelta a escribir y a pintar; regreso a la reconcentración en las ruinas conventuales. Un libro surgió: *Un hombre más allá del*

Universo, fantasía abstrusa, en cuya oscuridad espesa aparecieron algunas suposiciones cósmicas que más tarde, mucho más tarde, los sabios astrónomos convirtieron en realidades. Una de ellas fue la hipótesis de un posible centro del universo, en torno del cual giraban las nebulosas.

Rigurosamente no se trata de una hipótesis, sino de una visión real *de algo que yo vi con mis propios ojos desde la cima del Popocatépetl.* Una carta al señor ingeniero J. Gallo, director del Observatorio de Tacubaya explica el asunto. Copio algunos fragmentos:

"Usted recordará mi libro intitulado. *Un hombre más allá del Universo*, sobre el que usted escribió unas cuantas líneas que yo conservo reverentemente. En las páginas de este libro están consignadas en forma esquemática diversas hipótesis, teorías o suposiciones sobre la formación de los mundos, *y muy especialmente sobre la forma y movimientos de todo el universo estelar.* (Yo entiendo por universo estelar, y así lo expuse en mi ensayo, todo el espacio visible, y supuesto, donde se mueven las nebulosas dentro de un límite curvilíneo determinado por fuerzas de otros universos).

"Mi teoría, expuesta literalmente es ésta: nuestro universo estelar está formado por una serie de espirales que constituyen un gran disco en rotación que gira en torno de un centro luminoso, constituido por fuerzas eléctricas, *ópticamente de forma prismática,* motor de todo lo existente, pero invisible hasta ahora.

"No teniendo mi obra un carácter científico, su contenido no podía apreciarse sino bajo un punto de vista artístico o literario —estético, en suma—, pero de cualquier manera esas siete personas pudieron percibir ciertas extrañas palpitaciones de algo muy lejano que llegaba hasta las páginas de *Un hombre más allá del Universo*, que, cósmicamente, se quedó dormido en los anaqueles de los libreros.

"Mi sorpresa fue grande esta mañana al leer en la revista *Coronet*, un artículo de Waldemar Kaempffert, cronista científico de *The New York Times*, en que expone y comenta las teorías y observaciones del profesor Harlow Shapley, de la Universidad de Harvard. Ellas corresponden fundamentalmente a todo lo que yo pensé en 1929 y publiqué en 1933.

"Shapley concibe ahora un universo con un centro en lugar desconocido, en torno del cual giran las nebulosas. He aquí lo que escribe Kaempffert:

"Shapley, después de 15 años de medir y comparar las placas fotográficas del cielo, ha llegado a formar el diagrama de la estructura del firmamento en que vivimos.

"¿Y cuál es la conclusión?, pregunta Kaempffert. La noción de que, lo mismo que nuestros planetas giran alrededor de nuestro sol, todo el universo invisible gira a su vez alrededor de un centro invisible y desconocido; es decir, toda una inmensidad cogida en las garras de una gravitación tan poderosa que ningún sistema escapa a ella.

"Imagínese la nueva concepción de las cosas que tamaña enormidad implica. Los sabios creen hoy que el universo inmediato, vecino del nuestro —porque hay otros universos— tiene la forma de rueda, más o menos; rueda inmensa que serían necesarios tres mil siglos de años luz para atravesar su diámetro y mil trescientos siglos de luz de los mismos años, para atravesar todo su espesor.

"Y esta inmensa rueda, continúa Kaempffert, el universo inmediato vecino al nuestro, está girando vertiginosamente alrededor del cubo de un eje que los observadores de las estrellas sitúan en un lugar de la constelación del Sagitario y a una velocidad de doscientas millas por segundo, y emplea doscientos millones de años todo ese sistema para completar una revolución en torno de su centro.

"¿Cuál es ese centro misterioso? Nadie lo sabe. Según Einstein existe un límite definido para la magnitud y la masa

de una estrella; así que parece una imposibilidad que un sol tan gigantesco pueda ser visto en ese lugar invisible del Cosmos: es algo que sólo los matemáticos pueden apenas contemplar en sus ecuaciones. Todo un velo de polvo cósmico, de estrellas cósmicas, de distancias cósmicas, oculta de nosotros al sol de los soles. Esto es quizá lo que se puede decir de una manera aproximada".

Hace siete años —continúa la carta al ingeniero Gallo— yo dije todo eso, y más aún. Todo el libro *Un hombre más allá del Universo* gira en torno de la suposición de un centro universal desconocido. He aquí alguno de los párrafos:

"Empiezo a perder la noción de arriba y abajo. De ella mi estructura humana conserva todavía el sentido. La circulación de mi sangre, determinada por la acción de la gravitación terrestre, me obliga a considerar un punto arriba y un punto abajo. Iré hacia abajo, hacia el punto de donde parecen partir las radiaciones curvilíneas del éter sólido...

"Un momento..."

* * *

"Nada hay en mi alrededor —sí, algo hay frente a mí— un claror, un efluvio. Me detengo. Yo, punto oscuro, me siento repentinamente envuelto en una radiación luminosa.

"Electricidad —motor de electricidad— fuente central de vibración —mecánica inconsciente y luminosa que no tiene finalidades— fuerza sin nombre" —*¡energía sin misterio cuyo mecanismo tangible determina la rotación del Universo!*

* * *

"En la quietud del misterio contemplo el universo *con sus curvas espiroidales en torno de un foco luminoso* y entre las capas del

éter, nacer las nebulosas fantásticas que se desplazan en la hipótesis del espacio".

* * *

"Cuando desde la corteza terrestre miramos con nuestros ojos a través de la equivocación de un vidrio los espacios inmediatos, el universo se despliega.

"Cuando alcanzamos las últimas curvaturas del éter, tiene un límite;

"Cuando estamos en su centro el universo es un haz de curvas que se mueven en torno de un punto fijo —la creación, es un punto inmóvil".

* * *

"Pero hay algo más señor ingeniero Gallo, que las descripciones literarias transcritas: los dibujos. Yo pinté ese universo y empecé a construir una máquina para demostrar su mecanismo. Era claro que los dibujos tenían que ser más demostrativos que las palabras. Ellos expusieron con más precisión que las fotografías telescópicas de los sistemas estelares, la estructura que ahora viene considerándose".

* * *

"Es evidente que para establecer una comparación entre la teoría de Shapley expuesta por Kaempffert y la mía, sería necesario tener a la vista todo lo que el astrónomo de Harvard y sus colegas han dicho y escrito. Pero desde luego se advierte la extraordinaria similitud entre ambas hipótesis, y también la mayor claridad de la mía, *que es más pictórica*, y por consiguiente más exacta. (Un pintor tiene sobre un astrónomo y sobre un matemático la inmensa ventaja de ver. No necesita teles-

copios, ni hacer cálculos, ni fotografías del cielo durante quince años para conocer de un golpe las formas y el movimiento de las cosas)".

* * *

El éxito de *Un hombre más allá del Universo* se redujo a mi propia satisfacción. Los críticos no se ocuparon del libro y los lectores comprarían, a lo sumo, en un año, una veintena de ejemplares. Pero de repente, en un mes se agotó toda la edición, y no fue a causa de algún acontecimiento extraordinario o de un milagro que se produjese, como una gracia divina, sino simplemente porque a Leonor se le ocurrió llevar todos los libros a un exposición de pintura y anunciarlos con grandes cartelones.

En México lo que hace falta al pobre escritor después que su libro sale a luz, es que el librero lo anuncie. Libro anunciado, libro vendido, bueno o malo. Pero el librero en general, casi siempre español, conservador en el más completo sentido de la palabra, no tiene mucho interés por las obras mexicanas y las atesora en sus bodegas.

Un libro, un cuadro, un dibujo, es una mercancía como cualquier otra, y si no se anuncia no se vende, y como el autor no pude hacerlo, los libros mexicanos permanecen en la sombra.

Arqueólogos clandestinos

En uno de mis paseos por el claustro, noté que debajo de los escombros que cubrían el piso de la iglesia había lápidas tumbales. Se lo avisé al santo portero, y al cabo de dos días dejamos al descubierto un verdadero tapiz de losas sepulcrales.

Me pareció cosa extraña que los soldados de la República, cuya tendencia al saqueo es innata, no hubiesen removido aquellas lápidas con la esperanza de encontrar debajo algu-

nas cosas de valor. Seguramente no lo hicieron porque al posesionarse del convento se vieron obligados a derribar inmediatamente el techo de plomo a dos aguas que cubría el templo para usar ese metal con fines de guerra, lo que ocasionó el derrumbe de los altares y de algunas cornisas de la nave.

—Ángel —dije a mi protector—, aquí hay una herencia para nosotros. Seguramente que no somos, como los soldados de la República, saqueadores por instinto, pero creo que no será difícil convertirnos en violadores de tumbas, por mero accidente.

—Ya había yo pensado remover los escombros y abrir las sepulturas, pero me contuve porque ya ve usted cómo son las mujeres: de todo se asustan, y todo les parece mal. A la "niña" Leonor no le ha de gustar que desenterremos a los muertitos, ni tampoco a mi mujer.

—Es fácil engañarlas. Les diremos que van a tirar la iglesia y a construir un edificio en su lugar y que es conveniente sacar los huesos de los muertos para enterrarlos en un camposanto.

La idea pareció muy bien al santo portero, a su mujer y a la "niña" Leonor, con lo cual desaparecía el único obstáculo que se nos presentaba para realizar el saqueo, digo mal, una exploración que tenía más bien un carácter arqueológico, puesto que buscábamos joyas antiguas.

Dimos una magnífica barrida a todas las losas, que mostraron claramente sus inscripciones.

Las había de cantera color gris, proveniente del Púlpito del Diablo, cerca de Amecameca, de granito rojo y mármol, éstas muy ornamentadas con grecas, angelitos, coronas y letras griegas. Centenares de muertos se habían amparado bajo la techumbre del templo mercedario seguros que desde ahí, el día de la resurrección, serían llevados más rápidamente a la presencia del Señor. Pero no contaron con que gentes ociosas y malvadas habían de preceder al juicio del Eterno; unos bárbaros llegaron sobre los sepulcros y adelantaron la resurrección.

¿Por qué bárbaros? Los bárbaros son supersticiosos y les tienen a los muertos veneración y miedo.

Un bárbaro que no está civilizado, no viola un sepulcro.

¿Nos guiaba un instinto de hienas al escarbar las tumbas? De ninguna manera: las hienas van tras de las carnes putrefactas, y de las tumbas que teníamos a nuestros pies, la carne había ya desaparecido y sólo quedaban los huesos, seguramente algunos girones de ropa y quizá algunas joyas. Eso era lo que nos atraía, pero yo dudaba de que los mercedarios, gentes ambiciosas y sin escrúpulos, no hubiesen saqueado las tumbas antes que nosotros.

Sin embargo, dado el poquísimo trabajo que nos costaría desenterrar muertos, decidimos poner mano a nuestra empresa, desde luego. Una gran lápida de cantera colocada a la derecha del altar mayor, nos llamó la atención por su tamaño y por su inscripción. En la parte superior, en relieve, dos grandes alas salían de una nube, y abajo, en letras realzadas se leía: "Señor, los desventurados hijos de los hombres bajo la sombra de tus alas esperan". Y más abajo: "1840".

¿Qué esperaban aquellos desventurados? Evidentemente la resurrección de la carne, pero no a nosotros.

Levantamos la losa y aparecieron dos ataúdes. Les quitamos las tapas. En uno había el cuerpo de un hombre con traje negro, y en otro el cuerpo de una dama con un traje de seda, también negro. Seguramente eran marido y mujer a quienes una desgracia común e instantánea los llevó a la muerte. Urgamos con un palo entre las vestiduras arrugadas y los girones de piel apergaminada, y no encontramos más que huesos.

—¡Qué muertos tan pobres!, comentó Ángel mientras ajustábamos la lápida en su antiguo lugar.

A corta distancia de donde estaban los muertos esperando bajo las sombras de unas alas, había otra tumba con lápida de mármol y una inscripción de un sentido religioso profundo: "Madre, desconsolados hasta la muerte tus hijos esperan la

misericordia de Dios para reunirse contigo en un más allá sin separación". Y abajo: "Aquí yace doña Ángela Pérez Salazar de Covarrubias —1702-1757—".

Al tratar de levantar la lápida con unas barras de hierro, se partió en dos pedazos y uno de ellos cayó sobre el sarcófago rompiendo la tapa y levantando un polvillo amarillento y maloliente.

La tumba era profunda y toda blanqueada con cal. Cuando quitamos el pedazo de lápida y las astillas del ataúd, apareció un vestido de seda blanco manchado de amarillo, sembrado de guirnaldas de rosas artificiales. Tuvimos que hacer una limpieza de todo el ataúd para descubrir la osamenta de la muerta que salía entre girones de seda y encajes, pero el cráneo ostentaba todavía la piel apergaminada y algunos mechones de pelo negro sujetados con una cinta de plata. Entre hilachos podridos y tierra húmeda salieron los huesos de las manos enredadas en un gran rosario y sosteniendo una cruz.

Quitamos trapos y tierra con un periódico hecho rollo y desprendimos el rosario. Era bastante largo, de diez misterios y sus cuentas parecían de vidrio rojo. Ángel y yo nos miramos, y al unísono, alegremente dijimos: ¡Leonor! (Queríamos decir que aquel hallazgo era el ángel escolar que estaba tecleando en el refectorio de arriba, convertido en oficina, y enteramente ajena a nuestra labor de arqueólogos sospechosos).

Cuando extendí el rosario entre los dedos de mis manos, vi que se trataba de una fina obra de orfebrería, ejecutada en oro, y que los granos rojos de los misterios que habíamos creído de vidrio, eran rubíes. Nuestra alegría creció, y seguimos urgando, pero la ilustre muerta ya no rindió más.

Nos pareció prudente, no sé por qué, rellenar todo el hoyo con tierra, y ajustamos la lápida lo mejor que se pudo.

Fuimos a la fuente, que estaba en medio del patio, y lavamos el rosario. Era realmente una hermosa joya y la habría podido llevar, a guisa de pectoral, cualquier arzobispo aristó-

crata. Con ella nos encaminamos a la oficina de Leonor, chuscamente revestidos de seriedad funeraria. Y fue tanta, que la "niña" se sorprendió.

—¿Pero qué les pasa? ¿Los asustó algún muerto?

—No —dije—, venimos a traerte la herencia de una dama.

—¿Herencia? —dijo asombrada.

Por toda respuesta yo pasé el rosario, que todavía destilaba agua, ante los ojos azorados de la chiquilla.

—¡Qué preciosidad! —dijo—. ¿Dónde se encontraron esta joya?

—La trajo la sombra de una difunta y en su nombre te la regalamos.

Leonor me vio maliciosamente, y luego dijo con enojo:

—Ustedes han de haberla robado a una muerta.

—No hemos robado nada: debajo de una piedra había unos huesos y entre los huesos un rosario; lo cogimos, lo lavamos y te lo trajimos. La posesión de la joya no puede ser más legal.

Ángel y Leonor rieron, pero yo me quedé preocupado por el término "legal". ¿Qué tenía qué ver la ley en un asunto donde dos aficionados a la arqueología habían encontrado un objeto y regaládolo a una muchacha bonita? ¿Había acaso una parte lesionada, una víctima?

La ley y el rosario

—Ángel —pregunté—, ¿tú sabes qué cosa es la ley?

Ángel hizo un movimiento de hombros, frunció la boca y dijo: la ley es el gendarme que nos lleva a la cárcel.

—Enteramente conforme. Mientras el gendarme ignore el delito, la ley no existe.

—¡Qué barbaridad! —dijo Leonor indignada—. La ley existe siempre: es algo inmanente; es la base del orden social.

La ley —dije yo—, es la adecuación de un principio establecido al cerebro anquilosado de un juez, o a los intereses de

un político o a la astucia de cualquier gente. ¿Dónde está la inmanencia?

—Pues en los códigos, dijo Leonor, un poco vacilante.

—Los códigos son un acordeón que se toca según la sabiduría del músico. Viola la ley todo el mundo, y no existe mientras el gendarme de la esquina no ejerza su autoridad. Inmanente la ley de la gravitación; inmanente la tendencia del hombre a robar, como lo estamos haciendo nosotros.

—Bueno —comentó Leonor—, yo lo que deseo es que el gendarme de la esquina no los descubra, porque si los ve en estos trabajos, los mete al bote, y después los curas los mandan al infierno por sacrílegos. Además, hay que tenerles respeto a los muertos.

—¿Respeto? ¿Qué significa, o qué valor tiene un montón de huesos en una cripta, en la tumba marmórea de un templo o en una capilla suntuosa de un camposanto, o sobre un campo de batalla? Todo para los deudos, pero nada para los extraños. Para los deudos es un símbolo, una reliquia casi divina; para los extraños la osamenta de un ser humano es como la de cualquier animal. Todo lo que sostenía: carne, músculos, nervios, espíritu, desapareció y eso era lo que tenía vida y debía respetarse.

El respeto a los muertos es una de las más arraigadas supersticiones del hombre. El hombre cree que en las osamentas de sus semejantes hay algo que es todavía sagrado. No hay nada, pero están revestidas del deseo de perpetuar en los otros lo que quisiéramos para nosotros mismos.

Las supersticiones religiosas y filosóficas han mantenido durante toda la vida de la especie ese respeto por los huesos de los muertos, y la humanidad seguirá poniendo sobre ellos cruces y lápidas, capillas y mausoleos, estatuas y templos. Quiere conservar la única reliquia que dejó la muerte.

—Es mucha filosofía —dijo Leonor enfadada—. Mejor vayan a buscar otro rosario. Yo a los muertos con rosario no les tengo miedo.

—Pero antes —agregué yo—, es indispensable desinfectar ese que tú tienes en las manos porque ha de tener extracto de cadaverina.

Una letra misteriosa

Al día siguiente, con toda devoción, continuamos nuestras exploraciones. En la parte posterior de la iglesia, bajo el coro, encontramos una lápida bastante extraña. Era de mármol, seguramente de mármol de Carrara, y tenía en su parte media una corona de espinas muy realzada y en medio un corazón llameante. Abajo, incisa, una letra griega: lambda, y una fecha: —1862—.

¿Qué representaba esa letra, que tiene sólo significado en matemáticas, aparte de su valor intrínseco alfabético? Frecuentemente se ven en las tumbas las letras alfa y omega, pero nunca la letra lambda.

Levantamos la losa y apareció un foso revestido de ladrillos rojos, y en su fondo una especie de tinaja de barro y una caja de madera de color oscuro. Sacamos ambas cosas y después de observar la tinaja la rompimos, con tan poco tino que las cenizas que contenía se vertieron sobre el suelo.

Me sorprendió que en un panteón católico hubiera cenizas guardadas en una urna. Probablemente no serían de ningún ser humano. Buscamos una inscripción en las paredes exteriores y en el interior: no había ninguna. Abrimos la caja con mucho cuidado. Contenía dos bultos envueltos en esa tela encerada que usan los marinos de los barcos pequeños para preservar los objetos perecibles. Le dimos vuelta por todos lados y tampoco encontramos ninguna inscripción, o letrero. Yo no sospechaba que fuesen joyas; me pareció más bien que

contenían algunos documentos, tal vez un testamento. Los subí a mi cuarto y rasgué la envoltura. Los envoltorios se desgranaron en paquetes cuidadosamente envueltos y atados con hilos de cáñamo.

Mi curiosidad crecía. Toqué los paquetes; estaban duros, apretados. Los extendí en varias mesas y al azar corté las ligaduras de uno de ellos y aparecieron cartas escritas en papeles de los más diversos tamaños y de las más diferentes clases, pero todas con una caligrafía vigorosísima, clara, que me reveló desde luego un temperamento voluntarioso y pasional. Aquella letra era un constante proyectarse de su autora sobre el papel, porque era una autora, es decir, una mujer.

No pude contenerme y empecé a leer. ¡Qué frases, qué ardimiento, qué pasión, qué sinceridad ciega! Algunas eran muy breves y estaban escritas en un papel grueso de lino, de esos papeles incomparables de la fábrica de Fabriano en Italia; otras en papeles especiales para dibujar, ornadas con grecas de colores y decoraciones de carácter muy infantil que contrastaban con la violencia de lo escrito; otras en papel epistolar ordinario las más largas, de diez, quince y veinte páginas, escritas por los dos lados, llenas de subrayados y con unas mayúsculas que parecían hierros forjados.

Me pasé la noche abriendo paquetes y leyendo cartas al azar. Eran centenares, todas con la misma característica gráfica de firmeza, de violencia, de seguridad, de dominio, de claridad, de vigor físico. Esas cartas no podía haberlas escrito más que una mujer vigorosamente constituida y en constante tensión nerviosa.

No tenían fecha, pero me pareció que *alguien* se las había puesto con el objeto de coleccionarlas por sus tiempos. Ese alguien no podía ser más que *él*, y eran de él algunas notas escritas en los sobres, y los incisos que precedían o seguían a las letras de la amada.

Grande fue la impresión que me produjo la lectura de esos documentos de amor, y tanto el interés que en mi ánimo despertaron, que la luz del nuevo día me encontró leyendo.

Ya con el sol alto me paseaba por las azoteas oyendo todavía los gritos de la pasión escrita, que deben de haber sido terribles en la boca de los amantes.

¿Quién sería aquella mujer, cómo sería aquella mujer, y quién el hombre que pudo despertar tan grande amor y sufrir sus consecuencias?

Si las cartas no lo decían, de la losa sepulcral no podía obtenerse ninguna noticia.

Mientras me libraba a esos pensamientos, Ángel se acercó con un bulto en la mano y me dijo:

—Señor, en una de las cabeceras del pozo donde estaban la tinaja y el cajón de palo, había una división y adentro este paquete.

Lo miré, lo tenté. Tenía unos setenta centímetros de ancho por casi ochenta de altura, era bastante grueso y estaba envuelto en tela embreada. Allí mismo, en la azotea, rompí con mucho cuidado la envoltura y aparecieron tres cuadros. El primero ostentaba una pintura cubierta con tela. La quité. Era un retrato de mujer, mejor dicho de una joven.

Dos retratos.— Era el retrato de una muchacha rubia con el pelo bárbaramente trenzado sobre la frente, bajo la que ardían dos astros, dos ojos verdes prodigiosamente bellos. Ofuscaban la cara. Un poco más pequeño que el natural, estaba pintado, indudablemente por un artista de primer orden, que había puesto, se veía, un interés muy especial para ejecutar su obra y dejar sobre una superficie blanca la extraña hermosura de aquel modelo que la suerte le puso delante de los ojos. Su técnica acusaba un riguroso estudio de la manera de pintar de los primitivos venecianos, pero el autor había agregado nuevos elementos que daban a su obra un carácter muy personal.

La joven retratada, cuya efigie se destacaba en el fondo blanco de una superficie de yeso, aparecía con los hombros y el pecho cubiertos por una espesa túnica negra, de la cual surgía un cuello nervioso y blanco y un óvalo al mismo tiempo suave y firme; la nariz pequeña y recta y la boca contraída, autoritaria, cerrada por una violenta contracción nerviosa, y parecía, bajo el esplendor de los ojos, una tempestad contenida bajo el sol.

¿Cuántos años tendría esta muchacha, diez, quince, veinte, un millón? Tenía la edad de todas las mujeres trágicas: la edad del amor, de la pasión, de la inteligencia —la edad de una estrella fugaz en una límpida noche—, la edad de un sol que arrastra en el espacio los planetas esclavizados.

Mientras yo contemplaba y admiraba, vino a mi mente el recuerdo de otro retrato que yo había visto en una galería del Museo de Viena cuando la estaban reorganizando.

Contra los muros de la galería vienesa había amontonados cuadros de las más diversas escuelas y entre ellos, un retrato a la encáustica, proveniente de Fayún, que me detuvo de un golpe.

¡Qué extraña mujer!, me dije... y seguí adelante, pero al cabo de unos minutos volví la cabeza para buscar entre los cuadros el que tanto me había sorprendido. Y sin apartar la vista me fui acercando hasta tenerlo al alcance de mi mano. Era el retrato de una mujer parecida a todas las mujeres que habían salido de la técnica de Fayún, pero de cuyas facciones emanaba un fluido extraño, una atracción de que carecían todos los otros retratos de mujer. Me aparté impresionado, pero al día siguiente, instintivamente, volví al museo y supliqué al director que me permitiese contemplarlo más a mi gusto. Lo coloqué sobre un cajón, y me di a la contemplación. El director me miraba con curiosidad y al cabo de cierto tiempo me dijo:

—Me doy cuenta de que usted está embelesado ante esa pintura.

—Me fascina: tiene una vida interna, un algo que no se encuentra generalmente en los retratos por buenos que sean...

—¿Sabe usted quién es esa mujer? —dijo el director interrumpiendo mis elogios.

—No sé.

—Es Cleopatra, y este es el único retrato auténtico que de ella se conserva.

¡Extraño! Después de veinte siglos, la belleza y la pasión que aniquilaron a un emperador romano, transmitidas por el arte, volvieron a cautivar a un hombre común y corriente.

El retrato que yo tenía hora ante mis ojos en las azoteas del convento me fascinaba como el de Cleopatra: de él emanaba también algo extraordinario.

¿Un dibujo de ingres?— Mientras yo me reconcentraba en la contemplación y en los recuerdos, Ángel, sentado en una barda cercana, me contemplaba a mí, y desde su lugar me dijo:

—¡Qué bonita muchacha! Vamos a ver qué hay en los otros paquetes.

Abrimos uno y apareció un magnífico dibujo a lápiz, precioso, finamente modelado. Representaba a la misma muchacha del retrato en colores, pero de cuerpo entero, apoyada en la cornisa de una chimenea. Era una joven esbelta vestida con un traje de noche y había en su actitud más que distinción, fiereza contenida. Sus grandes ojos parecían no mirar. Representaba dieciséis o diecisiete años. El dibujo tenía todas las características de una obra de Ingres.

Ángel no parecía conforme con la posesión de aquellas dos obras de arte y abrió el tercer paquete. Contenía un *paneaux* con tres daguerrotipos, pero, desgraciadamente, los tres estaban hechos pedazos y fue imposible reconstruirlo.

—¡Cuántas cosas se encuentran en los sepulcros! —dijo Ángel, no sé si ingenuamente o con malicia—. Vamos a seguir buscando.

—No, le dije, me basta con estos retratos y las cartas. No quiero más, le regalo todos los muertos que hay en la iglesia.

Ángel rió y ambos bajamos al mercado para ir a desayunar en uno de esos horrendos cafés de chinos donde el café huele a medicina y los panes semicrudos exhalan un olorcillo a moho. Sobre los panes y el vaso de café surgían, como por ensalmo, las vibraciones solares de los ojos verdes del retrato, y me parecía oír la voz cálida de la mujer que había escrito las cartas encontradas en una tumba sin nombre.

No pude contener mi deseo de volver a la lectura y me dirigí al convento. Ángel se quedó indigestándose con los productos de la repostería china falsificada.

Cartas del otro mundo

Mi celda de la azotea se había convertido en un *sancta-sanctorum* del amor. En el interior, frente a una ventana, estaban colgados el retrato pintado y el dibujo, y delante varias mesas con las cartas desplegadas. Todo parecía en paz, pero en realidad, entre las mesas llenas de cartas y los muros que sostenían los retratos, había un incendio oculto. Era necesario removerlo.

Lo removí y sus llamaradas me quemaron el corazón.

Varias semanas duró la lectura y el ordenamiento de aquellos documentos. Eran más de seiscientas cartas, escritas en español unas, y en francés otras. La importancia que en estos escritos asumía la caligrafía era evidente: expresión gráfica muy personal donde la distribución de las palabras y de las frases corresponde a un determinado interés, al deseo de dar mayor énfasis a tales o cuales expresiones. Y la intensidad del pensamiento se manifiesta por el crecimiento de las letras y la potencia de los subrayados. Algunas cartas parecían un anticipo al grafismo que inventaron los futuristas italianos muchos años después, y también una anticipación al estilo de los anuncios tipográficos modernos.

En muchas de esas misivas yo experimentaba la misma sensación que cuando se lee un poema chino: primero se aprecia la armonía caligráfica, enseguida el contenido y finalmente la fonética.

Entre las cartas encontré algo que me pareció muy importante: los incisos escritos por la mano del amante, y algunos comentarios al dorso de la misiva de la joven. Aunque escasos, nos ayudan a comprender más fácilmente el espíritu de esta apasionada mujer.

Es lamentable que esos incisos sean esporádicos, pero es más lamentable todavía que en este archivo sepulcral no hayan sido colocadas junto a las cartas de la mujer, las del hombre. Ellas nos hubiera dado una historia completa y magnífica de un amor, igual a todos los amores, pero más vivamente expresado.

Es necesario, por otra parte, afirmar que nadie podrá formarse una idea completa de esta historia, porque para ello sería necesario publicar todas las seiscientas cartas, que, en rigor, no son más que una sola carta. En estos centenares de páginas se mira y se siente el desarrollo de la pasión, sus paroxismos, sus amarguras, sus despechos. Me limito a publicar sólo algunas en vez de poner ante los ojos del lector la pirotécnica amorosa completa, adicionadas de algunos incisos del amante y diversas notas mías.

Una historia de amor

El primer paquete, o mejor dicho, el paquete que encierra las primeras cartas, contiene un inciso del amante en el cual nos hace conocer cómo encontró a la mujer que iba a trastornar su existencia. Helo aquí:

Inciso del amante.— Julio 22. "Vuelvo a casa de la fiesta que la señora de Almonte dio en su residencia de San Ángel, con la cabeza ardiendo y el alma trepidante. Entre el vaivén

de la multitud que llenaba los salones se abrió ante mi un abismo verde como el mar, profundo como el mar: los ojos de una mujer. Yo caí en ese abismo, instantáneamente, como el hombre que resbala en una alta roca y se precipita en el océano. Atracción extraña, irresistible.

"Fulguró entre la multitud como una antorcha y mi espíritu se quemó en su llama como un insecto.

"Siento que todo se ha acabado para mí. Siento que toda mi indiferencia de hombre de mundo se ha transformado de un golpe en una pasión violenta. ¡Adiós quietud de mi vieja morada, voluntad de trabajar, serenidad de espíritu, ambiciones de gloria! Se cierne sobre mi una catástrofe...

"¿Cómo es posible que en un hombre como yo pueda encenderse una pasión con una tal violencia? ¿Qué importa ahora que yo sepa si es posible o no es posible, y para qué explicármelo, si lo estoy sintiendo?

"Rubia, con una cabellera rubia y sedosa atada sobre su faz asimétrica, esbelta y ondulante, con la estatura arbitraria pero armoniosa de la venus naciente de Boticelli. Los senos erectos bajo la blusa y los hombros ebúrneos, me cegó en cuanto la vi. Pero sus ojos verdes, me inflamaron y no pude quitar los míos de su figura en toda la noche. Esos ojos verdes! A veces me parecían tan grandes que borraban toda su faz. Radiaciones de inteligencia, fulgores de otros mundos. ¡Pobre de mí!".

"Julio 28.— Han pasado varios días en medio de un gran desasosiego, pero hoy he vuelto a verla en el Paseo de la Alameda. Iba con su marido, un pobre señor. Ella me sonrió y yo me acerqué a saludarla. Conversación insulsa, pero yo me sentía trastornado, inquieto. No supe encontrar otra cosa mejor que decirles: los invito a mi casa, que es una vieja mansión en la calle de Capuchinas número 90, y quizá les gustaría ver mis cosas de arte. Proposición que me pareció estúpida y que ha sido el principio de nuestras relaciones".

"Julio 30.— Ella vino sola. Recorrió las estancias ornadas de cosas de arte admirando todo con una alegría infantil, pero se advertía, a cada paso, que ella estaba en posesión de una verdadera cultura artística. Me ha parecido extremadamente joven para estar casada y se lo dije. Ella sonrió haciendo relampaguear sus grandes ojos. De lo demás... nunca podré saber de qué le hablé y cómo salió de mi morada".

"Agosto 2.— Hoy, en medio del más terrible asombro, he recibido una carta suya, extraña, inexplicable":

I.— Para mí —para ti— ya no habrá ayer ni mañana —para nosotros dos sólo hay un solo día la eternidad del amor y un solo cambio: más amor —amor que se transforma en más amor donde no hay ayer ni mañana sólo un espacio infinito —un día donde la noche no existirá si no para amarnos— una noche que será más luminosa que el día mismo cuando nuestras carnes se junten— es nuestro destino.

(La carta no tiene ni el nombre de él ni el nombre de ella, pero él debe de haber contestado, porque ella hace alusión en la carta siguiente. Conservo en las transcripciones que siguen, la distribución y puntuación de los originales.)

II.— Tu carta es un torrente que arrastra en su tumulto mi voluntad. Tú eres un hombre y eres violento. Yo soy una virgen perversa.

La fuerza de la pasión que siento por ti es una embriaguez llena de alucinaciones espléndida, de voluptuosidad que todavía no puedo demostrarte y que me producen una rara felicidad, un deseo loco de llamarte sin cesar —para decirte cuánto te deseo, para decirte que en mi pecho incrédulo ha germinado por fin la flor de la fe en la vida— la flor que con su perfume ha borrado mi eterna melancolía.

Mi amor es extraño y a veces me ocasiona terror —¿por qué terror?— porque temo quemarme en la propia llama de mi amor. Pero no te alejes de mí, amor mío —porque sólo cerca de ti existe el único placer y el único consuelo que necesita ésta tu complicada— amada

que sólo puede saludarte al pasar frente a ti y desvanecerse como una sombra— una sombra que tú amas.

Encore de l'amour
Oui tresor
Toujours de l'amour
pour remplir l'infini
Qui est mon coeur, le coeur qui
t'appartient toujours.

III.— Te amo, te amo, te amo —¿qué misterio encierra esta palabra que al escribirla siento una agonía que me lleva a la muerte, una agonía que consume mi cuerpo sólo con pensar te amo— y siento mi pobre carne que implora más vida —pero si la abstengo del amor por más tiempo, también sentiría la agonía, en vez de regocijarse con la alegría de amarte sin palabras.

Antes de acercarme a ti esta noche sufrí mucho en los cortos instantes que me separaban de tu contacto, y me mataba la lentitud del tiempo —y sentía un sudor frío— y te vi de cerca y me siento feliz, pero lloro porque no puedo todavía dormir sobre tu pecho después de ser tuya, porque no oigo tu voz y no me deslumbra el brillo de tus ojos.

Cuanto más te amo cada día y me da miedo, y me da miedo que no me creas— pero te amo con el más grande amor y ante ti se empequeñecen todas las cosas del Universo. Mi corazón está lleno de ti, de tu persona adorada estoy enamorada y sufre porque no puedo regalarte lo que más deseo darte, que es mi cuerpo joven y maravilloso que no cambiarás por todas las cosas del mundo...

La vida,
la fuerza,
La inteligencia.
Todo nuestro propio ser
todo tú, toda yo.

Engrendraremos el infinito en una noche de amor,
la primera, la eterna.

(Inciso del amante). "Noche fugaz y eterna en que todo mi ser se apretó contra su ser, en que todo su ser se abrió ante mi furia y se volcó sobre mí y me envolvió de lujurias... ¡Cuántas noches así se han seguido, llenas de sollozos y de aullidos, de caricias y de lágrimas de placer; noches sin fin y sin principio en que la virgen furiosa que había siempre soñado en el amor, le derramó sobre mí con voluptuosidades perversas. Ahora nos pertenecemos y nada existe fuera de nosotros.

"Mi vieja morada ensombrecida por las virtudes de mis antepasados se ha iluminado con los fulgores de la pasión. Nada nos estorba, ni los amigos ni los prejuicios. Ella ha venido a vivir a mi propia casa y se ha reído del mundo, y de su marido. Su belleza se ha vuelto más luminosa, como la de un sol cuyos fulgores se acrecientan con el choque contra otro astro.

"En las altas terrazas de esta vieja casa se complace en solearse y en escribir, después de amarnos. Extrañas cartas y extraña conducta, llenas de suavidad y de violencias. Y extraña inteligencia donde las oscuridades y las estrellas se suceden como en las profundidades del firmamento..."

(A estos comentarios del amante siguen, por sus fechas, una serie de cartas de las cuales reproduzco solamente algunas, temeroso de no haber escogido las más elocuentes. Es seguro, si tomamos en consideración una de las observaciones contenida en los incisos del amante, que muchas de las que siguen hayan sido escritas en presencia del varón y entregadas en su propia mano, y así se desprende en las notas escritas por ella en algunos de los sobres que contienen las misivas.)

IV.— Con el cuerpo ondulante misterioso y esquivo escondido en un vestido
viene caminando hacia ti
el amado
esta mujer
que trae el alma convertida en perfume de nardos
y en las manos su corazón
lo arranqué de mi seno porque no pude encontrar
en ningún lugar
una flor para ofrecerte digna de ti
sólo mi corazón sangrante y perfumado es digno
de ti Perfume que se exhala sin cesar es mi amor, sangre es mi amor
sangre que inunda el mundo. Eugenia.

V.— Pierre, mi amor es ya una locura que me lleva a la muerte.

Desgarra mi pecho, Pierre, enflaquecido, por tu amor y ábreme el corazón para que mires el espíritu de mi pasión.

Toda su sangre se ha solidificado, es un rubí, una piedra roja —roja de dolor, rojo es su color— rojo de sangre que brota de una herida que no cicatrizará jamás.

Mírate en esa sangre y su reflejo también te volverá rojo a ti.

Y subirás de sus vapores como una nube iluminada por el crepúsculo.

Como la nube que sale del cráter de un volcán en la oscuridad de la noche. Roja, roja.

Todo el universo es rojo porque lo ha inundado la sangre de mi pasión. Mis ojos verdes fulguran entre el incendio.

Relámpagos de otros mundos.

Te pertenezco hasta la última partícula de mi carne.

Sin ti no existen las cosas ni los seres, contigo resplandezco y ante ti mis ojos verdes se apagan.

Pero tengo miedo que la nube roja te queme y te convierta en cenizas.

Y también tengo miedo de que a pesar de que te pertenezco absolutamente, el destino nos separe.

Pero si el destino nos separa, toda tu potencia y la mía se juntarán en algún lugar del Universo y en ese centro seremos el infinito.

Y mi cuerpo ávido de caricias sumergido en el misterio de tu amor como en una tumba arde siempre en lujurias.

Te amo, te amo, desesperadamente, lujuriosamente, misteriosamente, como la vida, como la muerte.

¡Oh amor, amor divino! Pierre, te ofrezco mi cabeza para que sirva de cascabel a tus pies o de escalón a tu gloria.

Eres Dios —ámame como Dios— ámame como todos los dioses juntos, no, ámame como tú sabes amar.

Perfora con tu falo mi carne —perfora mis entrañas— desbarata todo mi ser —bebe toda mi sangre y con la última gota que me quede yo escribiré esta palabra: te amo, y cuando esa sangre se haya secado, gritaré: te amo.

Haz pedazos mi corazón —juega con él como un niño con un muñeco— rásgalo sin piedad, oh divino amor!

Ama mi grandeza
ama mi dolor
ama mi amor

Tengo miedo de mi propio amor porque todo lo grande da pavor —pero tú tienes valor ante mi amor—

No veo nada —soy un muerto de quien nadie se ocupa, al que nada le importa todo lo que existe, sólo tú— todo el Universo se ha reconcentrado en tu sexo.

¿Por qué me siento tan angustiada cuando estoy lejos de ti, cuando estoy junto a ti, cuando pienso en ti, si yo te amo? ¿Será que he llegado al paroxismo de la pasión, o porque dudo de ti? ¿Cómo dudar de ti? Tú eres la esencia de todo lo creado y esa esencia no puede mentir, no puede ser falsa, no puede ser más que lo que es: amor.

Suave aroma eres
—dulce y feroz es tu boca—
loco mi sueño
—terrible mi dolor—
mi dolor de no poderte amar más, y más y más...
Eugenia.

VI.— Pierre: amor mío, tu debes morir porque cada palabra tuya, cada mirada, cada movimiento abre en mí una nueva herida de amor —y mi cuerpo no tiene ya un lugar para otra herida más.

Estoy llena de sangre como un mártir. Mi juventud se deshace entre la furia de tu pasión y mi pasión se exalta y gira alrededor de tu falo como una mariposa alrededor de la luz y en las noches calladas, envuelta en tu lujuria, mi razón se ofusca y mi boca grita te amo, te amo, te amo. Eugenia.

VII.— Pierre, te he amado tanto en el calor del lecho y gozado de tu carne —y me has envuelto tantas veces en tus caricias y tan fieramente se ha derramado sobre ti mi lujuria inextinguible— que pienso muchas veces si cada goce no será el último.

Eres una cosa tan humana —tan real y constante que no puedo pedir más— que no puede sentir más —que toda yo no soy ya tuya ni tú mío— y que no existimos —pero a veces siento como si yo fuera el átomo de una nebulosa y tú el universo que la contiene— y mi imaginación se dilata hasta más allá de los últimos límites del deseo —y de repente se contrae en mi sexo, que a su vez se agranda como un abismo sideral.

Maravillas de la vida, amar, pensar, sufrir por no amarte más, ser todo y no ser nada —ser la voluntad y no alcanzar la satisfacción. Pero soy tuya— tan grande, tan inmensa como estoy te pertenezco toda entera, vigor, vida

efervescencia

de la pasión

esencia de todo lo que existe y de todo lo que pudiera existir.

Perfume de una felicidad que no tiene límites —felicidad fuera de todo razonamiento.

Eres inmortal como el Universo—...

Eres intangible pero sólo en mi pensamiento

Pero eres tangible en mis brazos, a mis ojos a mis caricias—

A los poros de todo mi cuerpo—

Que se abren al calor de tu mirada

Que se abren al calor intenso del amor
El camino de tu vida está tapizado de flores
El camino de tu vida está tapizado de las maravillas
que ha creado el esplendor de mis ojos —y sobre esas maravillas caminas tú como un Dios cubierto con la túnica de mi deseo
Ven
Ven... Eugenia.

(En el dorso de la última hoja de la carta anterior hay un inciso del amante que dice: "¡Carta desorbitada! Pasión que no se conforma con los paroxismos de la carne, con la lujuria que se revuelca en el lecho: necesita más desahogo, gritar, escribir, escribir fuera de la vida después de haberse saciado de todo lo que la carne puede dar, escribir desorbitadamente como si viviera en otros mundos. Fuera del amor, ella está sumergida en los misterios del cosmos y a ellos me arrastra. ¿Cuántos días, cuántos meses, cuánto tiempo dura ya esta inextinguible pasión? ¿Quién podría contar el tiempo viviendo cada instante en la plenitud de la satisfacción? Muchas veces después de una noche de amor, bajo la luz del sol, cubierta con una bata y con la prodigiosa cabellera de oro enredada sobre su preciosa cabeza, se sienta sobre una barda de la azotea y me escribe y ella misma me entrega la carta".)

VIII.— Eugenia te ama, Pierre.
Eugenia te ama, Pierre —te ama intensamente—
carnalmente
mentalmente.
En mis brazos, en mi pensamiento.
Inflamas mi cerebro como inflamas mi corazón.
Te amo después de amarte y a veces te amo dentro de mí misma como si no existieras, mientras nuestras carnes son un solo cuerpo, una sola intención, un solo deseo.

A veces todo mi cerebro está en mi sexo y a veces todo mi sexo está en el cerebro —recibo el semen de tu miembro como tu propio pensamiento y tu pensamiento se derrama en mi cerebro como tu propio semen.

Noche maravillosa —realización de todos los sueños— noche en que adoré la carne como la excelsitud de la vida.

Noche maravillosa en que odié la carne como una esclavitud —noche de pasiones y de pensamientos encontrados, de furia y de contención.

Noche maravillosa en que me pareció haber nacido a la vida—

Noche de placer y de espasmos ideales —brutales— en que el cuerpo y el espíritu se fundieron en un sonido luminoso.

Noche prodigiosamente maravillosa en que mi inteligencia omnipotente se reconcentró en un acto de voluntad y en que toda mi carne se reconcentró en otro acto de voluntad y fui tuya como nunca lo había sido.

Deja, Pierre, adorado mío, que el porvenir venga como quiera venir —yo seré siempre tuya y mi pasión bajará de los cielos como una luz del sol para envolverte en una caricia luminosa siempre renovada.

Eugenia.

IX.— Eres la vida de todo lo que existe —eres las cosas mismas— los mundos, los astros, todo El Universo— eres la única razón de mi existencia.

—Pierre Dios de los dioses— infinito hecho hombre —sólo tú pudiste contener la grandeza de mi espíritu y admirar la belleza de mi cuerpo en toda su inconmensurable magnitud— y mi rebeldía es ahora tu esclava.

Pierre eres incurable locura de mi ser —incurable locura de mi espíritu—

y mi espíritu y mi cuerpo tiene loca sed

dame siempre de beber —aplaca siempre mi sed—

quiero siempre sentir quiero siempre gustar el agua de tu divino amor,

quiero siempre bañarme en los remolinos de tu pasión.

Bésame siempre desde la cabeza hasta los pies

quiero el jugo de tu vida —ese jugo inagotable hirviente, siempre en la caldera de mi amor

yo te ofrezco mis ojos—

báñate en el verde prodigioso de mis ojos —nada en las profundidades de sus abismos y me amarás más.

Quiero ahogarme dentro de ti mismo en el mar inconmensurable de tu virilidad y surgir de nuevo más amorosa para decirte: te amaré más que ayer —te amaré siempre—. Déjame llorar, déjame llorar de placer. Eugenia.

(Las nueve cartas anteriores están entrescadas de más de doscientas contenidas en distintos paquetes, y revelan un temperamento sensual, lleno de ardimiento y una exacerbación mental desarrollada constantemente fuera de la violencia de los actos sexuales. Abarcan un período aproximado de un año y cinco meses en que la pasión de ella —y la de él seguramente— fueron *in crescendo* en el lecho amoroso, en la vida de todos los días y en las cartas. Las que preceden a esta nota son la secreción cerebral de un ardimiento sexual inextinguible. Como de todas las expresiones profundas y sinceras. Brota de ellas una elocuencias extraordinaria. Esta criatura de los ojos verdes, cuando el amado se aleja se atormenta y grita.)

X.— Amor mío, Pierre, te fuiste en el viejo coche como un perfume que se aleja arrastrado por una ráfaga de viento.

Yo me quedé esperando de pie, hasta que la silueta de ese horrible coche se perdiese en la lejanía —me quedé petrificada por tu mirar lleno de dolor—

y te perdiste en la nada,

llevándote mi última mirada —pero cuando desapareciste los ojos de mi espíritu se abrieron y te vi dentro de mí todo mío —y te tendré siempre junto a mí en la noche de ayer, noche maravillosa de amor...

Te fuiste —y tuve el valor de verte ir y ahora me siento cargada de algo extraño— mi corazón y mi inteligencia —y tu ausencia— han

creado un nuevo amor —un amor que yo nunca había soñado— un amor que va fuera de mí y que vuelve a mí engendrando una seguridad de que siempre me amarás y de que ante ti arderá siempre mi deseo como una llama cuya lumbre te alcanzará hacia donde vayas.

Si algo malo o desagradable nos ha torturado, en realidad sólo ha servido como un motivo de intensificación de nuestro amor. —Créeme— sé que me amas, sé que me amas —sé que me amas intensamente y que yo sola lleno tu vida— sé que tu fidelidad es absoluta porque sé que tu ardimiento no encontrará nunca nada en que derramarse más que en mí y porqué sé que mi belleza es superior a todas las bellezas que tú pudieras encontrar. Tus sentimientos de esteta los arrastró la belleza de mi cuerpo —el esplendor de mis ojos— la cadencia de mi ritmo al andar —el oro de mi cabellera, la furia de mi sexo— y ninguna otra belleza podría alejarte de mí.

Volví a casa y encontré las últimas flores que me trajiste —símbolo aromático de los últimos instantes en que estuvimos juntos— instantes donde se generó un calor que siempre nos envolverá. Los muebles —las telas— los cuadros, los libros en los estantes reflejaban tu imagen y en el ambiente había ese olor a tabaco inglés que tanto me gusta aspirar y que me es más agradable que el incienso de los templos y el perfume de los salones.

En esta casa vacía todo me habla de ti y a cada rato me parece que vas a aparecer para hablarme y para amarme. Tengo una tristeza resignada y dulce porque sé que volverás pronto.

He salido a la calle como una autómata —como una sombra— y sobre mi sombra cayó de repente la desesperación. —No, no es cierto que esté triste y resignada—. Te amo —te amo terriblemente— y quien ama y no tiene el objeto del amor entre sus brazos no puede resignarse. —Cómo no fui la retina de tus ojos— para nunca dejarte y que siempre vieras a través de mí —o la esencia de tu espíritu para ser tú mismo hasta más allá de la muerte.

Pierre, Pierre estoy desesperada —loca por tu ausencia—, algo me empuja a huir, a huir siempre y para siempre porque no puedo soportar este dolor.

No, no temas, no lo haré nunca —no podré hacerlo nunca— porque yo no soy más que la huella de tus pies.

Dos días sin ti y ya me siento vencida. Ven por mí, ven por mí. Apenas te has ausentado y ya grito desesperadamente a la muerte, ¿por qué sufro?, porque la ausencia es como la muerte y yo prefiero la verdadera a esta ficción que me atormenta. Con la muerte todo se acaba y con tu ausencia todo es dolor.

Estoy como un muerto en su sepulcro, pero el muerto no siente y yo vivo en la angustia eterna de no tenerte siempre junto a mí.

Ayer toda la noche tuve bruscos despertares y te buscaba en el lecho —me revolvía como una serpiente— y al amanecer me sentí cansada, llena de dolor buscándote en vano. En unas cuantas horas mi juventud se ha gastado y mi corazón está lleno de dolor. A veces cierro los ojos y me parece contemplarte sentado dentro de ese horrible coche que te separó de mí, mirando los montes y las arboledas verdes —las nubes blancas que caminan en el cielo como mundos de ensueño— cosas que te distraen y te alejan de mí.

Pero a mí nada me distrae, estoy reconcentrada en mí misma, en casa lo único que se me ocurre hacer es desnudarme delante de un espejo y admirar mi belleza, que es tuya. Besos, besos. Eugenia.

(Durante los ocho días que siguieron al envío de la carta transcrita, Eugenia no recibió ninguna noticia del amado y se sentía desesperada. Así se lo hizo saber en la siguiente carta):

XI.— Todos los días espero tus noticias y todos los días permanecen vacíos de vida y de esperanza, mi corazón empieza a debilitarse, como si se le extrajeran constantemente gotas de sangre.

Nunca pensé, nunca pude suponer que la ausencia fuera el mal más grande entre todos los males —mal que lleva consigo la tortura de una cosa que no hubiera podido ser— una tortura mayor que el dolor definitivo de la muerte: cuando la muerte llega todo acaba, cuando la ausencia nos separa todo empieza, la zozobra, la desconfianza, la angustia de que algo terrible suceda, la muerte en un aniquilamiento

en que todo lo que somos desaparece, la ausencia es un crisol donde se están fundiendo todos nuestros dolores, y cuando los dolores nos han adormecidos somos uno solo.

Dolor oscuro del fondo de mi alma no salen ya gritos de desesperación porque está cansada de tanto gritar, sólo un lamento lleva todo mi deseo, vago y oscuro de volverte a tener junto a mí para que me restituyas a la vida.

Soy una caldera cuyo líquido caliente se está enfriando porque le falta el fuego de tu amor. Eugenia.

XII.— Es de noche,
hace frío
toda helada
en un lecho,
que es un lecho de muerte sin ti.
mi corazón ya no puede sangrar
porque ha derramado toda la sangre que tenía
y ya nadie canta ni habla a mi alrededor,
y mi espíritu permanece mudo, martirizado por el ansia de hablarte
y de cantarte su amor infinito. Pro todo tu ser.

El amor de la carne no me basta, ni el amor del espíritu, quiero los dos y para gozarlos es necesario que vuelvas... Eugenia.

XIII.— ¿Por qué, por qué ignoras el dolor que me invade cuando te alejas de mí, cuando te pierdes como una exhalación en el cielo estrellado,
dejando un rastro de luz que pronto se extingue?

Pero te alejas de mí sin piedad —y yo también sin piedad me olvido de ti—. Preferiría degollarte y guardar tu cabeza en un frasco lleno de alcohol para estarte viendo siempre y te abriría los ojos para que tú me vieras a mí, y poco a poco llenaría el frasco con mis lágrimas
y dentro de mis lágrimas vivirías siempre
cerca de mí teniendo tus ojos abiertos
y tu boca lívida
y tu cráneo vacío

y en el fondo de tuso ojos habría un relámpago oscuro
que sería tu llamada.

¿Por qué ignoras el dolor que raja mis entrañas cuando te alejas?, ¿por qué tu ausencia me trastorna más que el miedo a perder mi propia vida?, ¿por qué me privas del calor de tu cuerpo? ¿No lo puedes incendiar, quemar, destruir para siempre con esa fuerza que llevas en ti mismo, y que yo deje de sufrir?

Letras, letras, cartas y cartas... ¿de qué sirven?

Cuando te las escribía frente a ti mismo y yo misma te las entregaba, letras y cartas un complemento de nuestro amor. Pero ahora son formas vacías, heladas y sin elocuencia.

No me queda más recursos, Pierre, que amarte más, amarte hasta morir. Eugenia.

(Por las fechas de las cartas puede colegirse que la ausencia del amado no duró más que un mes, y en ese corto espacio de tiempo Eugenia escribió más de cuarenta cartas, en todo semejantes a las transcritas. Luego se verificó el regreso del amado y, seguramente, para usar frases de Eugenia, "un choque cósmico", que debe haber durado varias semanas y en que no sabemos cuál de los dos cuerpos en coalición haya desarrollado un calor más potente y más duradero. Duradero, seguramente, porque dos años después de las cartas al ausente la locura de amor duraba todavía. Sin embargo, al término de esos dos años —cuatro de luna de miel— algo debe haber sucedido porque ella nos revela en una de sus cartas —la primera de una serie— un estado de angustia):

XIV.— Mi nobleza de espíritu, nobleza sin par te perdona, Pierre, aunque parezca locura perdonar todas tus injusticias, te perdona tus horribles acciones, y haberme engañado diciendo que me amabas. ¿Por qué me mentiste?

Yo me siento capaz de amar sólo una vez y para siempre. Yo te he amado infinitamente, y te sigo amando con un amor que no puedo matar a pesar de lo que sufro.

Te perdono que me hayas injuriado públicamente, que hayas querido ofenderme. ¿Tienes celos?, ¿o tienes envidia de mi talento? Ambas cosas se desprenden de tus actos. ¿Por qué me pegaste, por qué pegaste a quien todo lo ha sacrificado por ti y a quien todo te ha dado?

Pero mi corazón no ha sido tocado por tu vileza y te ama ardientemente —faltalmente—, sí, así es, fatalmente, porque tú eres mi destino ¿y qué puedo hacer sino perdonar hasta tus crímenes y seguirte amando, no sólo en el recuerdo y a través de lo que nos separa, sino a ti directamente?

¿Por qué desprecias esta cosa tan maravillosa que soy yo, este amor que siento por tí?

Tú no puedes despreciarme. Pero no puedo pedirte que vuelvas a mí porque sólo aceptaré lo que nazca de tus propios sentimientos.

Me aturdiré a mí misma escribiendo, divirtiéndome, aunque considero que estas cosas serán un martirio lejos de ti.

Ahora que estoy aplastada bajo múltiples desgracias, estás lejos para poder consolarme como cuando yo te consolaba a ti en momentos terribles. Ahora tú no me das la mano, ni me estrechas en tus brazos. Necesito consuelo: mi hermano, mi hermano tan querido agoniza, y yo he tenido que permanecer sola a su lado. ¡Oh Pierre, Pierre! Piensa un poco lo que has hecho conmigo. Tú eres el fuerte. Yo soy una virgen perversa y abandonada.

Siempre te he dicho que mi destino eres tú, y eres mi destino en el amor y en la desgracia, en el dolor.

En el dolor seguiré viviendo y me quedaré siempre solamente tuya. Lo que tocaste, lo que te perteneció, lo que amaste, toda yo, permanecerá intacto y perfumado con tu último beso y tu última caricia.

Mi recuerdo te acompañará como si yo hubiese muerto, te acompañará en el tumulto de tu vida, y en la serenidad de tus reposos.

Estoy abatida por el dolor, con mi hermano moribundo, alejada de mi familia que me desprecia, sólo un gato, mi pobre gato, un animal, está presente en esta catástrofe, mirándome con mansedumbre. Horri-

bles momentos. Sólo a ratos siento que mi corazón grita en las profundidades del abismo. Te amará, te amará. Tuya, tuya hasta más allá del dolor. Eugenia.

XV.— ¿Pierre, por qué me has hecho volver a ti? ¿Por qué has vuelto a cogerme entre tus brazos con toda tu fuerza de hombre y me obligaste a llorar sobre tu pecho?

Yo te he amado con la espontaneidad y la fuerza con que un torrente se precipita entre las peñas que nada puede detenerlo.

Déjame, déjame de nuevo. Yo te amo y soy capaz de matarte. Yo soy capaz de matarte en un arranque y haré bien. No, no haré bien porque no te mereces la muerte.

Tú me dijiste ayer que las cosas no son eternas. Para ti no, pero para mí sí hay algo eterno, y es mi amor. Espantosa cosa amar, amar como una fuerza de la naturaleza, sinceramente, espontáneamente y si tú alguna vez me dijiste que no podrías vivir sin mí, yo te diré siempre que nunca podré vivir sin ti.

La eternidad sólo existe para amarte, Pierre, Pierre, tú eres todo para mí, tu Eugenia, tu Eugenia.

(Junto con la carta anterior encontré algunas líneas escritas por el amante, que revelan un estado de conmoción, de desasosiego, interrumpido de vez en cuando por extraños sucesos de un sabor exquisito. He aquí las líneas):

Inciso de Pierre.— "Nuestra vida se ha vuelto tumultuosa —un torrente desbordado que desciende de la montaña, hecho de borbotones, de espumas espesas y de rumor de tumbos— torrente que se remueve entre peñascales con potencia telúrica arrancando de cuajo los grandes árboles de mis ilusiones que un día se irguieron frondosos, y arrastrando con furia cuanto encuentra a su paso.

"Los celos han azotado su corazón, y al mío también.

"Sólo de vez en cuando, muy de vez en cuando, el torrente ha formado aquí y allá, un remanso. La paz se extendía por

unos instantes y Eugenia se ponía a escribir de nuevo delante de mí. Yo le propuse que reuniera los poemas que estaban escritos en francés, para componer un libro y editarlo. Lo hice con grande orgullo".

(Junto con el inciso anterior estaba el libro editado por Pierre con buen gusto, muy original al mismo tiempo, con una carátula hecha al *pochoir*, que representa a la poetisa con sus grandes ojos y su gesto de diosa. Copio de este libro cuatro poemas conservando su forma tipográfica, y además su traducción literal.)

J'AI UNE GRANDE BOURSE

J'ai una grande bourse
pour mes courses
out je met
un carnet

ou j'ecris
les adrenes
des messieurs

Pour mes grandes
affaires
j'ai un carnet
ou je mets
des noms
et puis una glace
et du rouge
pour mes
—levres—
et
une pochette
pour mes sous

c'est tout
un
monde
que j'ai
dans ma bourse
pour mes courses
ma maison
qui est
dans mon sac
va portout
et
je m' installe
avec ma bourse
comme une maison
que je transporte
ou je veux.

Et ma bourse
qui est aussi grande
que moi
est comme le poids
de la vie
qu'on méne
toujours
avec
soi

Quelquefois

je mets
un revolver
chargé
de balles
qui donne
la mort

aux assassins
qui volent
le coeur
je renferme
une douleur
une mort
est mon cour
dans ma bourse
pour mes courses

Tengo una gran bolsa

Tengo una gran bolsa
para ir de compras
donde coloco
una libreta

en la que anoto
las direcciones
de los señores

Para mis grandes
negocios
tengo una libreta
donde anoto
los nombres
y también un espejo
y el bilé
para mis
—labios—
y
una bolsita
para mis monedas

es todo
un
mundo
que tengo
en mi bolsa
para mis viajes
mi casa
que está
en mi saco
va a todas partes
y
me instalo
con ella
como una casa
que transporto
adonde quiero.

Y mi bolsa
que es más grande
que yo
es como el peso
de la vida
que se lleva
siempre
consigo.

Algunas veces

pongo
un revólver
cargado
de balas
que dan
la muerte
a los asesinos

que roban
el corazón

Algunas veces

guardo
un dolor
una muerte,
es mi corazón
en mi bolsa
para mis compras.

Paris

PARIS
s'ecrit
Comme on veut
tous les mots
rentrent á
PARIS
Comme des sots
et
sortent
avec
de
l'esprit
Les bruits
les nuits
les folies
les femmes jolies
les paradis
sont á Paris
des
surnoms
jolis

qui
rentrent
dans
un
nom
ESPIRIT
PARIS
tu
est
la
vie
des
mondes
qui
répand
de l'esprit
pour
dire
qu'on peut écrire
PARIS
Comme on veut

PARÍS
PARÍS
se escribe
Como se quiere
todas las palabras
entran a
PARÍS
Como necios
y
salen
con
sprit

Los ruidos
las noches
las tandas
las mujeres bonitas
el paraíso
están en PARÍS

Los
sobrenombres
alegres
que
vuelven
en
un
nombre
SPRIT

PARÍS

Tú
eres
la
vida
del
mundo
que
difunde
el ingenio
para
decir
que se puede escribir
PARÍS

Como se quiera

"El libro, editado con un estilo muy original, gustó entre los escritores, periodistas y poetas, pero causó escándalo en esta sociedad hipócrita e ignorante, que a pesar de sentirse bajo el

imperio de las transformaciones religiosas causadas por las Leyes de Reforma que acaban de expedirse, sigue tan fanática y estúpida como en los tiempos virreinales.

"Sin embargo, la publicación de los poemas de Eugenia, escritos en francés, produjeron un resultado verdaderamente extraño: despertaron interés en donde yo menos hubiera podido sospecharlo: en un colegio de monjas.

"Una mañana se presentó en mi vieja mansión de la calle de Capuchinas una dama de aspecto monacal, llena de dignidad, de modales suaves, de voz firme, que pronunciaba un francés de París. Yo estaba solo. Ella me dijo:

—Yo soy Marie Louise, maestra en el colegio francés, y tuve a mi cargo las primeras enseñanzas de la que es ahora amiga de usted, y le traigo a usted un regalo que le sorprenderá, seguramente. (Antes de conocer el regalo, yo estaba ya sorprendido. La visita de una monja, profesora de una escuela francesa que va espontáneamente a la casa de un réprobo, como era yo, debía necesariamente causarme estupor).

—Madame —le dije—, cualquiera que sea el regalo que usted va a poner en mis manos, tendrá para mí el mérito primordial de haberlo traído usted misma.

—Esta visita y este regalo —dijo con elegancia—, no representan solamente la expresión del afecto que yo tuve siempre por su amiga de usted, desde muy pequeña: son también una manifestación cordial de la gratitud mía y de mis compañeras, por los servicios que tan desinteresadamente prestó usted a nuestra institución durante la persecución religiosa del señor Juárez. Y agregó, sacando de su bolso un paquete que puso en mis manos: "este paquete encierra lo que la pequeña Eugenia escribió cuando tenía 10 años, y nadie mejor que usted podría apreciarlo".

Cogí el paquete y supliqué a la dama que pasase a mi vieja mansión. La dama recorrió con la mirada el gran salón lleno de porcelanas chinas y de cuadros antiguos y se sentó. Yo

desenvolví el paquete y empecé a hojear los pequeños cuadernos que lo formaban. Leía en voz alta y la profesora comentaba:

—"Esta niña era extraordinaria. Todo lo comprendía, todo lo adivinaba. Su intuición era pasmosa. A los diez años hablaba el francés como yo, que soy francesa, y escribía las cosas más extrañas del mundo, algunas completamente fuera de nuestra disciplina religiosa".

Yo leí:

Incomprise

—Je suis un être incompris qui s' etouffe par le volcan de passions, d'idees, de sensations, de pensees, de creations qui ne peuvent plus être contenues dans mon sein, suis— je donc destinée a mourir d'amour, de l'amour unique que mon âme fut creé pour entretenir et dont je dois être la plus fidèle vestale de mon temple sacre d'amour.— Mais que dis— je? Je suis hereuse et je ne le suis pas. Pourquoi ne le suis je? Non je ne suis pas hereuse parce que la vie n'a pas été faite pour moi, parce que je suis une flamme devorée par elle même et que rien ne peut eteindre; parce que je n'ai pas veçu avec liberté la vie en m' enlevant les droits de gourte les plaisirs, etant destinee a être vendue comme autrefois les esclaves, a un mari. Je proteste malgre mon âge qui est sous la tutelle des parents.—

Incomprendida

Soy un ser incomprendido que se ahoga por el volcán de pasiones, de creaciones que no pueden contenerse en mi seno, y por eso estoy destinada a morir de amor, del único amor para el cual mi alma fue creada a soportar y para el que debo ser la vestal más fiel en mi templo sagrado de amor. ¿Pero qué digo? Soy dichosa y no lo soy: ¿Por qué no lo soy? No soy feliz

porque la vida no ha sido hecha para mí, porque soy una llama devorada por sí misma y que no se puede apagar; porque no he vencido con libertad la vida teniendo el derecho de gustar los placeres, estando destinada a ser vendida, como antiguamente los esclavos, a un marido. Protesto a pesar de mi edad por estar bajo la tutela de mis padres.

—Eso que usted acaba de leer, dijo la profesora, es lo primero que ella escribió en francés, poco antes de cumplir los diez años, y dos después de haber entrado en el colegio. Enseguida, al volver de vacaciones escribió otro capítulo en el cual hay este párrafo curioso: lea usted:

J'aime l'étude mais je ne puis m'y soumettre; mon esprit est trop vagabond et le jour quand sur mon pupitre accoundée j'essaye de lire, mon esprit se révéle, mon imagination se montre indomptable et me voila deja plongee dans mes propres inquietudes sur toute cause; et l'avenir me fait penser a ne pas le gacher inutilment comme mon passé. J'espere par de nouveaux efforts me soumettre aux clases sans devier mon attention a ma personalité.—

Me gusta el estudio pero no puedo someterme; mi espíritu es demasiado vagabundo y en los días cuando acudo a mi pupitre trato de leer, pero mi espíritu se rebela, mi imaginación se muestra indomable y heme aquí ya sumergida en mis propias inquietudes por cualquier motivo; y me hace pensar en el porvenir para no mezclarlo inútilmente como mi pasado. Espero con nuevos esfuerzos someterme a las clases sin desviar mi atención a mi personalidad.

—Este capítulo forma parte de varias cartas que ella me escribió desde su lugar de recreo y al volver de vacaciones. Pero hay otros escritos de mayor interés, agregó hojeando los cuadernitos, éste intitulado "Los amigos", por ejemplo:

Les amis

—Les bons amis sont comme les bijoux on en trouve rarement surtout parmi le sexe feminin; heureux celui qui au milieud des tenebres trouve des allies a ses sentiments, idees et convictions, rare est l´amitie sans interets, rare est le devoument absoludes hommes qui tiennent trop a leur personalite.— L'amitie est une affinite d'idees. En somme l'humanite se recherche elle même partout elle s'aime dans les choses et les hommes. Pourrons-nous competer an jour en combien de faces l'esprit change? La nature de l'homme est le plus incomprehensible, chaque jour le rend different, il est la plus difficile de toutes les etudes; seul sa misere nous explique sa constitution morale.—

Los amigos

Los buenos amigos son como las alhajas que raramente se encuentran, sobre todo entre el sexo femenino, dichoso aquel que en medio de las tinieblas encuentra aliados a sus sentimientos, ideas y convicciones; rara es la amistad sin interés, rara es la devoción absoluta de los hombres que tienen demasiado a su personalidad. La amistad se busca ella misma pero encima de todo se ama en las cosas y los hombres. ¿Podremos algún día contar en cuántas caras cambia el espíritu? La naturaleza del hombre es más incomprensible, cada día la vuelve diferente, es la más difícil de todos los estudios; sólo su miseria nos explica su constitución moral.

—Ciertamente, comentó la profesora, es un serio pensar tratándose de una niña tan pequeña. Pero hay otros que salen completamente de la mentalidad de una criatura, llenos de pesimismo, de melancolía, de furia y de pasión, como este que se titula "Mi alma está triste hasta la muerte". Haga el favor de leerlo y estará usted acorde conmigo en que este es

un caso de verdadera intuición psicológica y podríamos decir hasta literaria:

—Había en esta niña, siguió comentando madame Marie Louise, un sufrimiento extraño de desesperación por haber venido a este mundo, un deseo de morir engendrado por la opresión de las cosas terrenales, incapaces de contener, de comprender la grande inteligencia de que ella había sido dotada. Voy a leerle dos párrafos de lo que contiene este cuadernito y que ella intituló "Je desire la mort".

—*Comme un vase contient un gaz qui grandit et augmente de volume jusqu'a se presser contre les parois du vase qui le contient, ainsi je sens mon intelligence grandir chaque jour, chaque instant, chaque seconde; mais bientôt elle se sent oppresse sous un force qui est l'existence de mon être; pourtant, elle se sent superieure a cette force quelle doit braver, et elle est en realite plus puissante que l'univers, plus grande que l'infini; mais je comprend parfaitement qu'elle est prisionniere et impuissante echainnée a notre miserable existence; alors la mort seule peut la deliverer du joug auquel elle est sujette. Notre esprit vole toujours vers l'être qui nous comprend: son sprit sent le mêmes inpressions, subit les mêmes troubles, vit des mêmes notes divines que notre esprit produit. Une voix interieure me repete souvent: meurs, car si ton esprit est trop grand, et la terre, l'univers ne peuvent le contenirs meurs, car si l'infinit ne peut contenir ce que tu possedes, l'intensite de ta pensée, dechaîns toi du corps qui t'opprensse et vole vers ce qui est plus grand, l'ether.*

Como un vaso conteniendo un gas que se agranda y aumenta su volumen hasta que se oprime contra las paredes que lo guardan, así siento que mi inteligencia crece cada día, a cada instante, a cada segundo; pero pronto se siente oprimida bajo una fuerza que es la existencia de mi ser; sin embargo, se siente superior a esta fuerza que debe despreciar, y es en realidad más poderosa que el universo, más grande que el infinito; pero comprendo perfectamente que está prisionera e

impotentemente encadenada a nuestra miserable existencia; en tal caso sólo la muerte puede librarla del yugo al que está sujeta. Nuestro espíritu vuela siempre hacia el ser que nos comprende; su espíritu siente las mismas impresiones, sufre las mismas confusiones, vive de las mismas notas divinas que nuestra inteligencia produce. Una voz interior me repite frecuentemente: mueres, porque tu espíritu es demasiado grande, y la tierra, el universo no lo pueden contener; mueres, porque el infinito no puede contener lo que posees, la intensidad de tu pensamiento, y te desencadenas del cuerpo que te oprime y vuelas hacia lo que es más grande, el éter.

—Esa exaltación de sí misma —ese egocentrismo tan potente, en una criatura tan pequeña, comenté yo, es realmente el fenómeno psicológico más extraño encerrado en estos escritos infantiles, y debo decir a usted, madame, que ha perdurado hasta hoy. Ella, a veces, se siente más que el centro del Universo, la envoltura del Universo. Ella lo abarca todo, y todo es nada frente a su furia y a su ambición.

—Pobre pequeña, dijo la profesora, moviendo ligeramente la cabeza.

Y no dijo más. Me tendió la mano y me miró con una profunda intención, que yo creí comprender...

Alegría infantil.— la gentileza de madame Marie Louise, sigue diciendo el inciso del amante, educadora de gentes ricas, revelaba una psicología profunda, un seguro conocimiento del alma humana y una apreciación perfecta de las circunstancias para aprovecharlas con el mejor resultado espiritual. ¿Qué mejor introducción para realizar la conquista de la oveja descarriada que ofrecer a los dos amantes un fruto de la inteligencia salido a luz tan prematuramente? Considero, sin embargo, que la monja anda también muy descarriada en sus propósitos.

Cuando Eugenia llegó y le mostré el obsequio, no podía dar fe a lo que veía, ni a mis comentarios.

—¿Cómo mi maestra pudo haber venido hasta aquí, exponiéndose a las críticas del mundo y de sus propios superiores? —dijo aceleradamente.

—Es que ella es una conductora de almas, y busca a las ovejas que se han apartado del redil en cualquier lugar.

—Yo nunca he pertenecido a ningún redil —dijo con enojo, pero estoy sorprendida, muy sorprendida. Yo ignoraba que estos escritos míos tuvieses algún interés, y jamás pensé que mi maestra hubiera podido conservarlos —gesto de francesa, dijo con cierto orgullo.

Seguimos hojeando los cuadernitos.

— Estas líneas —dijo ella— las escribí después de un castigo de mi madre para corregir mi espíritu caprichoso. Yo estaba triste, acongojada y con ganas de matarme. Oye lo que escribí sobre mi pupitre:

—Mon âme est triste jusqu'a a la mort: comme una rose aux rayons du solei vient d'eclore, comme une note vivrante et plaintive s'exale d'un piano, comme un oiseau qui apeine sorti du nid prend ses ailes incertaines pour voler. Ainsi, mon enfance, mon esprit endormis viennent d'eclore a la brillante lumiere du jour a l'ennivrante et delicieuse nature.

Pour mes yeux la nuit et finie; les ténèbres de mon intelligence se sont transformees en lumiere transparente, et enfant de coeur, d'esprit, d'agé la passion ardente, l'esperance, d'illusión, l'amour surtout m'emportent comme un formidable ourangan au milieu d'un desert. Maintenant que je percois, que je subis et suis sensible a tout, j'ai soif de tout ce qui est beau, grand et ennivrant. Avec une ardeur extreme, una ilusion folle de jeunesse et de vie: je xeux faire vibrer mon corps, mon esprit jusqu' aux derniers sons.

Mi alma está triste hasta la muerte: como una rosa a la que los rayos del sol viene a abrir; como un piano que exhala una vibrante nota lastimera, como un pajarillo que apenas salido del nido tiende sus alas inciertas para volar. Así, mi niñez, mi

espíritu adormecido despierta con la brillante luz del día a la fascinante y deliciosa naturaleza.

Para mis ojos la noche ha terminado; las tinieblas de mi inteligencia se han transformado en luz transparente, y la infancia del corazón, del espíritu, de la edad de la pasión ardiente, la esperanza, la ilusión, el amor sobre todo me arrastran como un formidable huracán en medio del desierto. Ahora que siento que sufro y soy sensible a todo, tengo sed de todo lo que es bello, grande y cautivador. Con un ardor extremado, una ilusión loca de juventud y de vida: quiero hacer vibrar mi cuerpo, mi espíritu hasta sus últimos sonidos.

Souvent je sens grandir mon intelligence, se remplir de sons divins; c'est alor que je sens ma pauvre existence trop faible et petite pour contenir un monde, une intensite effrayante. Helás, elle se sent prisionére et la douler la frappe de mort; captive, ses passions se redoublent, ses cordes deviennent plus vibrantes; et folle de tout ce qu' elle ne ne peut jouir, elle voudrais briser ces murs qui l'oppressent, ces chaines qui la retiennet. Une douleur vive, une eternelle melancolie m'envahit toute entiére, inconnue et incomprise parmis les humains, isolée de toutes pensée qui puisse me répondre, je meurs de douleur, lasse de mendier le baume qui guerit les plaies du coeur, qui calme les souffrances des êtres incompris, je sens que ma voix s'eteint comme un son perdu dans l'univers.

Frecuentemente siento crecer mi inteligencia, que se llena de sonidos divinos; entonces es cuando siento a mi pobre existencia demasiado débil y pequeña para contener un mundo, una inmensidad pavorosa. —Ay! Se siente prisionera y el dolor la hiere de muerte; cautiva, sus pasiones se redoblan, sus cuerdas se vuelven más vibrantes; y loca por todo lo que no puede gozar, querrá romper estos muros que la oprimen, estas cadenas que la retienen. Un vivo dolor y una eterna melancolía me invaden completamente, desconocidos, incomprendidos entre los humanos, aislados de todos los pen-

samientos que me pueden responder; muero de dolor, cansada de mendigar el bálsamo que alivia las llagas del corazón, que calma los sufrimientos de los seres incomprendidos, siento que mi voz se apaga como un sonido en el Universo.

(Los fragmentos que anteceden son suficientes para apreciar la tremenda inquietud de esta niña de diez años que al crecer aumentó sus ansias, sus ternuras y su inconformidad con todas las cosas de la vida hasta la locura.)

—¿Qué te parece? —dijo cuando acabó de leer con aquel su acento parisiense—. Mira las correcciones de mi maestra escritas con tinta roja. Mira esta otra página toda manchada: son mis lágrimas. Entusiasmada leyó todos los cuadernos y luego se echó a llorar. La cogí en mis brazos y siguió llorando hasta que el caudal de sus lágrimas se agotó bajo la violenta acción de una idea:

—Vamos a ver a mi maestra —dijo enjugándose los ojos—. Y desasiéndose de mí recogió sus preciosos cuadernos, los envolvió en el papel que los contenía y los guardó en un estante.

—Estupenda idea la de hacer una visita a madame Marie Louise. Vamos enseguida.

Eugenia corrió a su antigua alcoba y después de desnudarse se cubrió con una bata y quiso bañarse. Bajo los chorros de la regadera su cuerpo asomaba entre su cabellera como un marfil entre hilos de oro. Aquel cuerpo con ondulaciones de serpiente, provocativo y terrible, fue transformándose poco a poco ante los relámpagos de mi deseo en una criatura de diez años, vestida con un traje escolar, peinada con trenzas ceñidas con grandes moños azules. Luego me pareció que la pequeña se inclinaba sobre su pupitre y escribía. Todo en ella se había transformado, menos los ojos. Aquella chiquilla tenía los mismos ojos de la fiera apocalíptica que yo estaba contemplando en su maravillosa realidad. Cuando levantó la cabeza y los asomó entre las guedejas de oro de su pelo, tuve

un sacudimiento de terror. Algo había en ellos que venía del otro mundo —quizá de las radiaciones de algún sol lejano— quizá de las profundidades de un deseo inextinguible. Ella pareció adivinar mis pensamientos.

—Estás pensando en los cuadernos que te trajo mi maestra.

—Estoy pensando en que el regalo que ella trajo, ha hecho retroceder el tiempo: estoy junco a ti cuando tenías diez años.

—Yo no tengo edad —dijo—, la pasión no tiene edad. Ni la inteligencia. Yo soy toda inteligencia y toda amor...

Electrizado la cogí entre mis brazos y su cabellera larga nos cubrió.

Por la tarde Eugenia se visitó con la máxima elegancia, como si se dispusiere a encontrar el amante preferido. Se puso un precioso traje de seda blanco ornado de un cuello gris perla con rosas bordadas que le sentaba maravillosamente, y enredó sus guedejas sobre su pequeña cabeza, ciñéndolas con una cinta de plata. En su sencillez era la representación de todas las primaveras de la tierra iluminadas por las luces de todos los soles del Universo entre las que brillaban con fulgores terribles sus verdes ojos.

—Vamos —dijo—, tengo ansias de ver a mi maestra. ¿Cómo la encontraré? ¡Hace tantos años que no la veo, lo menos diez!

Y diez que tenías cuando la dejaste, son los veinte que ahora tienes.

—Las mujeres sólo tienen la edad de su pasión en flor. Cuando esa flor se marchita, la mujer perece —dijo con violencia.

Se arrojó sobre mí, pero yo la contuve.

—¡No, no! Vas a arrugar ese precioso vestido. Necesitas ir intacta ante tu maestra, como si fueras a hacer tu primera comunión.

Me miró, me cogió del brazo y salimos.

(Los párrafos del largo inciso que antecede no contienen ninguna noticia sobre el encuentro de la discípula y la maestra, no nos revelan si el paréntesis de calma y de dicha que

abrieron las cartas de la pequeña se prolongó durante largo tiempo, pero es posible conjeturar que el amor reinó como único soberano en la señorial morada de la calle de Capuchinas, por lo menos durante un año, mas, al cabo del cual el amante nos abre una ventana sobre su vida.)

Inciso de Pierre.— "La vida se ha vuelto imposible. Los celos nos torturan. Yo, más dueño de mí mismo, me contengo, pero ella es un vendabal. Esta mañana dos pobres muchachas, que después de abandonar mi consultorio se atrevieron a subir a la azotea para contemplar el panorama de la ciudad, provocaron una furia terrible en Eugenia, que allí estaba. Apenas las vio se les echó encima. Trató de empujarlas hacia el borde de la cornisa con la intención de arrojarlas al patio. Me interpuse. Hubo escenas violentas, injurias de Eugenia, lloriqueos de las muchachas, que bajaron las escaleras asustadas. Tuve que acompañarlas hasta el portón y suplicarles perdonaran el incidente.

"Cuando subí al gran salón, encontré a Eugenia dando vueltas como fiera enjaulada, con los ojos iluminados por relámpagos de rabia. Traté de calmarla inútilmente.

"Esa primera tempestad anunciaba el tiempo de lluvias, los truenos y las tormentas, y los rayos que habían de fulminarme.

"Ella ha vuelto a vivir en mi casa. Por las noches, en el silencio de la vasta estancia dormíamos en nuestro antiguo lecho, testigo y víctima de nuestros amores. Ella espiaba todos mis movimientos. Una de esas noches, después de una breve discusión, yo me dormí profundamente, pero en medio de mi sueño empecé a sentirme inquieto, como si fuese víctima de una pesadilla y abrí los ojos. Eugenia estaba sobre mí, desnuda, con su cabellera revuelta sobre mi cuerpo, empuñando un revólver cuyo cañón se apoyaba en mi pecho. Tuve miedo de moverme, el revólver estaba amartillado y el más leve movimiento mío hubiera provocado una conmoción ner-

viosa en ella y el gatillo hubiera funcionado. Todo esto lo pensé en un milésimo de segundo. Me la quedé mirando, como mira un muerto. Poco a poco ella fue retirando el revólver, y cuando mi cuerpo estuvo fuera de su alcance, rápidamente le cogí la mano y le doblé el brazo fuera de la cama. Cinco tiros que perforaron el piso pusieron fin a la escena. Cogí el arma descargada, la puse debajo de la almohada y me volví a dormir sin decir una palabra.

"A la mañana siguiente, durante el desayuno, le hablé del regalo de su maestra, del buen tiempo, de todo, menos de lo que había pasado la noche anterior. Ella no despegaba los labios, pero de repente dijo: dame el revólver. Se lo di y le dije: no me amenaces más, carga el arma, tira y se acabó. Ella lo metió en su bolso. Salimos cogidos del brazo y nos dirigimos a la cercana calle de Cadena, donde estoy construyendo una clínica para mis enfermos. Desde ese día, todos los días, mientras yo dirigía los trabajos, ella iba a injuriarme cara a cara o desde el piso bajo si yo andaba en los andamios. Tanto me enfureció en una ocasión, que le arrojé un bote de pintura que uno de los pintores tenía a su lado. Se lo arrojé con tanto tino que la bañé de la cabeza a los pies.

Se vengó de aquella violencia mía escribiendo una carta con gruesos caracteres, que al día siguiente pegó en la puerta de entrada de la clínica en construcción. Decía así:

XVI.— Carta abierta para Pedro de Urdimalas: miserable medicucho —asesino de mujeres— valiente con las mujeres —cobarde— explotador de los pobres enfermos que van a su consultorio —enamorado de quien nunca te ha querido— cabrito —te he puesto los cuernos con veinte enamorados de verdad —viejo loco— te crees inteligente porque explotas el talento de los demás —qué me importa tu despecho.

Te mueres de rabia porque Eugenia es la ambición de todos los jóvenes bien de México. Tengo ya mi novio, que es un cantor italiano de la Opera y no necesito de ti. Eugenia.

"Yo dejé la carta pegada en su lugar durante varios días hasta que alguien la destruyó.

"Un abismo se abrió entre nosotros, pero sus cartas continuaron llegando a mi casa. Cuando nos encontrábamos en algún lugar público, ese lugar se convertía en un escenario de carpa. Su violencia no tenía límites y la gente que nos rodeaba intervenía para calmarla. Otras veces era la policía. Nuestra vida era el escándalo máximo de la ciudad, de esta ciudad que entre las reformas de los legisladores a la sombra de Benito Juárez, y las manifestaciones reaccionarias de la sociedad hipócrita, vivía una existencia contradictoria.

La tempestad arrecia.— "Hoy ha vuelto a mi casa. La he visto subir por las anchas escaleras, ondulante, felina como una tigresa. La esperé en la entrada del gran salón, inseguro de mí mismo, vacilante. Se detuvo a pocos pasos de mí. En su faz enrojecida, sus ojos verdes centellaban y en sus labios apretados asomaba una injuria. El desenlace iba a verificarse, pero desgraciadamente en esos precisos momentos dos muchachas, hijas de un amigo mío, aparecieron detrás de Eugenia. Ésta se volvió violentamente, se arrojó sobre ellas, y a una la hizo rodar por las escaleras. No pude evitarlo. Corrí tras la caída y la llevé al consultorio. Afortunadamente no tenía más que algunas escoriaciones y un susto fenomenal. La otra se enfrentó a su atacante, que la golpeaba con una sombrilla. Intervine, sin conmiseración. Arrojé a Eugenia al suelo, la arrastre al baño y la bañé vestida. No hay nada mejor para calmar la furia de quien sea, que un cubetazo de agua. La amarré, mojada como estaba, y la encerré en un cuarto.

"Las pobres muchachas y yo bajamos a la portería, di mil explicaciones a mis amigas y las acompañé a su casa, donde conté, sin omitir detalle, todo lo que había sucedido y me entregué como un culpable —como lo que era—. Se me perdonó, pero los padres de las chicas me reprocharon mi debilidad.

"Volví a la casa después del anochecer, abrí el cuarto y me encontré a Eugenia tirada en el suelo, completamente dormida. La desamarré, se cambió de ropa y sin decir nada se puso a escribir.

"Yo me imaginé que estaba escribiendo su testamento o una denuncia a la policía. Era esto último. Yo leí su escrito y le hice algunas correcciones para que la acusación fuese enteramente formal. Ella guardó en su bolso el papel.

"Pareció sorprendida de mi actitud, quizá por sencilla, pero desde ese momento yo veía aumentar su odio hacia mí.

"En una ocasión, durante una comida a la que fuimos invitados por amigos a quienes ambos teníamos grande afecto, Eugenia se convirtió en mi acusadora. Sus acusaciones fueron tan vehementes frente a aquella mesa donde se habían congregado gentes totalmente ajenas a nuestras tragedias, que todos nos mirábamos azorados pensando que el odio había rebasado todos los límites. No hubo más remedio que levantarme y sacarla de la casa. Las disculpas salían sobrando. Mi conciencia me acusaba a mí mismo, inexorablemente. Eugenia tenía razón: yo era un cobarde, un miserable, un vil.

"Durante el camino, que no fue largo, no hablamos una sola palabra, pero tan pronto como llegamos a casa, yo me desaté en invectivas, con una furia que no me conocía. En medio de mi rabia yo comprendía la injusticia de mi actitud —actitud violenta, fuera de tiempo—. Una situación como la mía no se resuelve a gritos ni con amenazas: se resuelve con un gesto heroico, con un acto de voluntad, en silencio, sacrificando de un golpe todos los intereses, toda la vanidad del macho, todos los deseos, todo el amor. ¿Podría yo hacer ese gesto?

"¿Estaba yo sumido en el más profundo abismo de la pasión? ¿Había yo perdido definitivamente el dominio de mí mismo? ¿A dónde se había ido la voluntad indomable, la experiencia, el espíritu de libertad? ¿Estaba yo realmente bajo el dominio de aquella extraña mujer?

"Mucho de todo esto había, y había también un estúpido sentimiento de amor propio, de vanidad, un orgullo de sentirme el dominador de aquella mujer —petulancia inconcebible en un hombre civilizado.

"He pensado muchas veces si todo esto, en su complejo conjunto, no es el verdadero amor, el amor humano, el amor completo, el sentimiento que funde todos nuestros vicios y todas nuestras virtudes en un supremo capricho. Lo otro, la tolerancia, la suavidad, las buenas maneras, la eterna 'comprensión mutua', el deseo moderado y satisfecho, son las virtudes para el matrimonio, para el hogar —y el hogar es la negación del amor.

"Pero cualquiera que sea la clase, el carácter, el espíritu, las formas de mi amor, hay que acabar con él, mas no sé cómo. Esa ignorancia es precisamente la característica de los que están vencidos.

"Yo he tratado de escudar mi debilidad detrás de una frase estúpida: 'quiero vencerla en su propio terreno', decía yo a mis amigos. Ellos me contestaban: a las mujeres nunca se les vence en su propio terreno. Y la prueba de esta aserción vino muy pronto".

(Las líneas que anteceden son las últimas escritas por el amante. En los paquetes que contenían cartas de Eugenia, fechadas posteriormente, no había ya ningún escrito de Pierre. Esas cartas se volvieron furiosas, amenazantes, a veces contradictorias. Las últimas son un extraño y profundo lamento de amor y de devoción. La que sigue, al último inciso del amante, es incomprensible por su ingenuidad, por su espíritu que podría llamarse virginal, inocente. Juzgue el lector.)

XVII.— Pierre: vine a ver a mamá y he estado con ella todo el día en el jardín. Me dijo: ven, hijita, vamos a ver las flores, pero antes déjame peinarte —estás muy bonita— tanto como cuando eras peque-

ñita y yo te llevaba de la mano a la escuela. Me peinó muy suavemente y me dio una muñeca. Ésta, me dijo, es para la niña de tu hermano que Dios se llevó al cielo —no es como tú que llora y dice cosas feas. En el jardín, mi madre me dijo: mira qué flores tan preciosas; córtalas para que las lleves a la tumba de papá y de tu hermano— son las últimas flores de la vida —de la vida mía y de la vida tuya— se secarán sobre sus tumbas, pero sus perfumes llegarán hasta el cielo donde viven junto a Dios nuestro Señor. ¿Quién es Dios nuestro Señor?, le pregunté a mi mamacita. Es el que nos ha hecho, hija, al que todo le debemos.

Yo nací contra mi voluntad y nada le debo a ese señor. ¿Pero tú no le rezas? Yo no sé rezar mamacita. Reza tú por mí y déjame ver las flores que me hablan de amor. Eugenia.

XVIII.— Pierre, aún te quiero infinitamente —te quiero a pesar de haber recibido en recompensa a mi última carta groserías y desprecios, amenazas de muerte.

No quiero privarte de algo que ha sido siempre tuyo —tu libertad. ¿Para qué me pides tu libertad, para hacer cosas que tú estás seguro que a mí no me gustan? Desde que no vivimos juntos nunca interfiero en tus asuntos, ni te molesto ni te espío, pero sé ecuánime: si tú quieres la libertad para ti mismo, yo la quiero también para mí. No me reclames tus cartas porque ellas son cosas mías y aunque te adoro, las mías que tú tienes no mereces guardarlas porque son mi propia sangre, mi propia vida y no quiero que las pisotees, como has pisoteado mi cuerpo. Esas cartas deben volver a mi poder, pero las tuyas nunca volverán a tus manos.

Tú pudiste y puedes hacerme feliz —no lo has querido— no lo quieres, no sé por qué. Me imagino que alguien debe estar de por medio. Yo no encuentro obstáculo para seguirte adorando, sé bueno, sé bueno —transforma tu infancia en bondad y ámame, como antes me amabas —ten fe y seremos felices.

No pretendas matarme porque si me matases te matarías a ti mismo porque yo soy tu inspiración y tu propia existencia, porque yo soy lo que buscas —la inteligencia y el conocimiento y te doy todo porque te amo

como nadie ha podido amar y soy tuya con cuanto poseo. Vuelve a mí porque mi cuerpo te llama, porque la lujuria preside mi vida —soy tuya no únicamente en mi carne sino en mi espíritu. Eugenia es tuya para siempre.

Pero sé bueno y amoroso conmigo. No temas nunca perderme. Ven, háblame, no me tortures con tu silencio. Injuriame si quieres, pero háblame. Abreme tus brazos otra vez —bésame otra vez y mil veces más— yo seré para ti la dulzura y el fuego al mismo tiempo y seré tu esclava pero ya no me regañes. Eugenia.

XIX.— Hoy quise hablarte para decirte cosas que seguramente nos interesan a los dos, pero tu actitud paró de un golpe mi noble deseo. Aquí te las escribo.

A pesar de haberme enviado todo lo que te pedí, junto con mis cartas, mis libros y mis retratos, lo que en realidad significa que ya nada te interesa de mis cosas, yo no estoy conforme, pues Consuelito me ha dicho que tú has hecho copias de todas cuantas cosas yo he escrito y que vas a conservarlas. Eso no lo permitiré nunca. Tú no debes conservar nada, ni la sombra de mi pensamiento porque no quiero que nadie la mancille.

Puedes seguir desacreditándome contando nuestra vida a tu modo —los miserables obran siempre de esa manera— no tienen otro desahogo que hablar mal de las gentes que los quieren y a quienes les deben servicios. Me debes el servicio de haberte iluminado con mi inteligencia y el de tener todavía sobre tu espíritu la potencia de mi amor. Puedes deturparme, puedes escribir contra mí en estos inmundos periódicos liberales y puedes reirte de mis amenazas —todo lo que quieras— pero lo que no te he tolerado ni puedo tolerar ni te toleraré jamás es tu infidelidad, tu engaño, tu falta de valor para decirme: Eugenia, mi amor, no está ya contigo. Odio a los cobardes como tú porque yo soy franca, sincera, brutal como todo lo que es grande, como todo lo que es único.

Mi belleza y mi inteligencia no han podido ni podrán ser nunca comprendidas por un hombre como tú, vil y rastrero que vive de la limosna intelectual de sus amigos y de los plagios hechos en los libros. ¡Pobres de tus enfermos!

Yo vivo en el esplendor de mi propia belleza como una diosa de las fábulas griegas y tú no llegarás más a ella ni arrastrándote como un réptil.

Nunca volverás a besar mis labios —esos labios que tanto te besaron y que fueron la abertura por donde mi espíritu salía a ensalzarte y a envolverte de amor. Ya nunca volverás a mirar mis ojos verdes ni a sumirte en sus profundidades como un pez en el mar.

Tú nunca me has comprendido ni me comprenderás jamás porque mi inteligencia está más allá de lo que pueda alcanzar tu mente obtusa saturada de vulgaridades.

Tú nunca me comprendiste ni me amaste porque si me hubieras amado verdaderamente no podrías dejarme como me has dejado —y me odias ahora porque comprendes que mi talento es superior al tuyo— lo odias pero has sabido sacar provecho de él robando mis propias producciones. Nada has podido hacer para nulificarme —ni nada podrás hacer porque estoy muy lejos de ti, muy arriba de ti, como una nube está lejos de un gusano.

Tu amarás a otras mujeres y comprenderás a otras mujeres porque tu poder no llega más allá de esa misma vulgaridad. Yo soy superior a toda miseria.

Yo también tengo quien me admire y quien me comprenda y mi triunfo es completo.

Pero en medio de tus desprecios y de la adoración universal, mi inteligencia resplandece en las profundidades del infinito como un sol, como una estrella y esa estrella seguirá siempre sola y todos bajarán los ojos ante su esplendor, como tú, que ni siquiera pudiste resistir su reflejo. Soy fuerte. Hoy soy más fuerte porque he regresado del error —del error de amar a un hombre que es solamente una bestia. Y si yo quise arrojar sobre ti mi esplendor fue por mi propio placer, por el placer sobrenatural de amar infinitamente.

¡Besos! Nunca tendrás más mis besos porque tu boca ha sido mancillada y mi sexo no volverá nunca a abrirse entre mis piernas redondas y maravillosas y volverá a la tierra que perversa nos parió y traicioneramente nos devorará, intacto.

Entre los millares de mujeres que tu podrás tocar ninguna será como yo y siempre me recordarás con amargura, lo mismo cuando trabajes que cuando te emborraches con las prostitutas que son ahora el manjar de todas tus noches.

Voy a dejarte. Me siento con el terrible deseo de alejarme de ti, pero al mismo tiempo nace del fondo de todo mi ser una voluptuosidad perversa. Antes de irme quiero que vengas un día, antes de irme para siempre, que vengas por última vez a verme, después que has probado la carne putrefacta de otras mujeres —ven a mi casa, que la he arreglado para ti y cumpliré la idea perversa que me enloquece— quiero que vengas para que yo te arranque los botones de tu bragueta y mis dientes muerdan y desgarren tu miembro como un perro una piltrafa.

Dulce y sombría voluptuosidad. Ven a esa noche de amor, que será la última y al calor de mi deseo y de mi odio yo abriré mi matriz y caerás en ella para no vivir más.

No tengas miedo —sí, tendrás miedo porque eres un cobarde.— Eugenia.

(Tras esta carta Eugenia escribió contra su amante una serie de diatribas en centenares de hojas, gritó su odio, desahogó su despecho... y el tiempo pasó... el amor ennobleció los sentimientos y elevó el gran espíritu de esta extraña mujer a un plano de serenidad y de dolor digno de la más grande admiración.)

XX.— Vetusta deliciosa morada —misterioso lugar— tú guardas los secretos de mis amores. Años viví en tu silencio y en tu terraza magnífica mi juventud y mi belleza bañé de luz y de calor solar, de lluvias que mojaron mis pies al caminar sobre los pisos —chorros de lluvia trataron de apagar en vano los incendios de mi vida extraña y libidinosa— la fuerza de mi pensar se reconcentró bajo los techos de los grandes salones ricamente decorados —y te amo vetusta casa solariega como la única cosa que guarda viviente siempre mi fiera voluntad de amar.

Cómo radiaron hacia el oriente los grandes volcanes y cómo los crepúsculos los engalanaron de tintas rosadas. Todo era prodigioso desde tu magnífica terraza: las nubes blancas rodando en el aire, las estrellas misteriosas, la incomprensible profundidad del firmamento.

Hace muchos años, llena de alegría yo puse un papel, Pierre querido, en tu mesa de trabajo, que decía simplemente: "te amo". "Hoy, llena de tristeza vuelvo a poner otro papel pero sólo encuentro la misma frase: "yo te amo".

He venido furtivamente a saturarme de recuerdos pero nunca más volveré a introducirme en tu morada —aquí te dejo el papel. Bésalo con ternura —respeta mis palabras como una máxima armonía de los mundos y perdóname. Eugenia.

XXI.— Pierre, como de un criminal he huido de ti sin volver la cara porque he tenido miedo de todo lo que ha ocurrido en tantos años— te has llevado mi corazón caliente todavía en tu ayate, chorreando de sangre que salpica tus ropas y te mancha las manos y tenías la boca como la de una fiera hambrienta.

Frente al espejo miré mi rostro—

miré mis ojos —miré mi boca—

y me encontré maravillosamente bella —inyectada de vida y de luz—

y después de vestirme—

y después de calzarme y de peinarme toda mi belleza resplandeció y pensé:

esta nueva maravilla no puedes dejarla de ver: es para ti.

Esta belleza que resucita es para ti.

Pero tú no haces caso: llevas mi corazón sangrante y todavía caliente, en tu ayate hacia un rumbo desconocido—

y en el espejo me miraba, ataviada para la vida, sus juegos y sus tragedias de pasión—

y sonreí —sonreí con mi boca

y sonreí con mis ojos

y mi cuerpo sonrió a la vida que se me ofrecía como una amante rendida

y las tentaciones cubrieron de voluptuosidad mis ojos y mi cuerpo tembló

y quise darme a ti cerrando los ojos

y sentí el espasmo cuando en ti pensé

y sentí un terror agotante

porque vi mi corazón chorreando sangre envuelto en tu ayate dejar un rastro en tu camino hacia lo desconocido.

Eres un asesino que lleva en tu ayate la sangre de una inocente

pero mi inteligencia

palpitante de dolor y de amor siguió tu rastro

y en la desolación del olvido y del silencio, mi amor implacable florece y el viento del desierto no puede borrar ni tus huellas ni mis huellas de sangre, de la sangre de mi corazón.

De mi corazón que te llevaste con rumbo desconocido.

Yo amo a un asesino que me hizo pedazos el corazón pero lo perdona, y cojo mi corazón y lo meto dentro de mi cuerpo para darle nueva vida y no lo volveré a sacar.

La fuerza que me tiene clavada junto a ti es superior a todas las fuerzas —y te amo aún odiándote— porque el amor es contradicción, es absurdo.

Y te amo de lejos, de cerca, te amo con locura, con la locura de mi inteligencia y de mi deseo, con los ojos cerrados y el corazón otra vez palpitante. Eugenia.

XXII.— Pierre, cuando digo: te amo, piensa en los colores de los campos, en las luces del cielo, en las grandes montañas, en los bosques—

recuerda los bálsamos con que ungían las princesas a sus amantes en los cuentos orientales—

piensa en el mar —piensa en mí— en todo lo que soy

te llevo dentro de mis entrañas y te has extendido por todas las partículas de mi cuerpo—

y vamos juntos embelleciéndonos con el aire, con la luz del sol, con el perfume de la tierra—

haz de mí lo que quieras: yo soy tuya, no puedo negarme a tus más violentos o a tus más leves deseos—

tus deseos son un florecer de satisfacciones que alegran mi corazón

amo hasta tu crueldad—

ese es el verdadero amor.

Soy fuerte porque tengo fe en ti y el martirio entre tus manos sería una gloria—

te deseo infinitamente pero ahora no me es necesaria la realidad. Te he robado a la vida y estás conmigo, adorado tesoro.

Señor, estoy para acatar tu voluntad como una esclava: que mi belleza sirva de alfombra a tus pisadas— que mi inteligencia sea tu trono.

Eres mi Dios, el único Dios que ha existido y debo adorarte. Eugenia.

XXIII.— Señor, te he colmado de regalos —mis ojos arranqué para que los pusieras como piedras preciosas en el caleidoscopio de tu vida— mi alma en nardos te llevé una mañana que no pude extraer de ninguna cosa existente un perfume digno de ti —mis cabellos largos rubios como el oro corté para coser con sus hilos las heridas de tu vida— las lágrimas que exprimió el dolor de mi martirio te ofrecí y las gotas de sangre que manan de las heridas que me hiciste puse a tus pies.

Quise darte mis lágrimas y mi sangre para que las bebieras como una medicina maravillosa.

Mi boca inmaculada fue sólo para ti —humillé mi boca y te besé los pies y los enjugué con mis cabellos de oro con más amor que la Magdalena los pies de Jesús.

Mi cuerpo maravilloso te lo ofrecí como holocausto —mi cuerpo divinidad femenina te regalé para tu admiración y tu placer.

Y mi cuerpo te regalé para que lo desearas y extrajeras de los centros nerviosos la electricidad que el Universo ha reconcentrado en ellos.

Mis palabras, que ningún hombre o mujer pudo decirlas iguales, las deposité junto a tus oídos y mi inteligencia puse a tus pies como el más alto homenaje de mi amor.

He elevado a ti mis oraciones implorando tu piedad

oraciones de amor que se transformaron en cargas para ti hombre adorado

y para que nunca mi sabiduría pudiese parecer como una imposición, mis palabras y mis pensamientos se volvieron caricias,

caricias de niña inocente que salía de la perversidad para no hacerte daño.

He puesto a tus pies cuanto poseo dentro de mí, fuera de mí.

Mi madre, a la que he negado mi presencia... ha servido de holocausto para ensalzarte en una fiesta mística,

una fiesta mística,

una fiesta mística en la cual tú eres el único Dios.

Las cenizas de mi padre que yo conservo como el recuerdo de su grandeza,

las sacaría de su reposo para regarlas a tus pies, o ponerlas en un sahumador el día de los difuntos

mandaría cortarme la cabeza, partir mi cráneo y convertirlo en una jícara donde tú pudieses beber hasta la última molécula de mi amor

todo esto lo daría yo

Pero mi amor es ya una potencia sobrehumana

y mañana

día de muertos

será la resurrección

de todo el amor del Universo,

de los universos

para regalarte

Señor la síntesis de ese amor, que es mi carne. Eugenia.

XXIV.— Señor, después de haberte colmado de regalos el día de ayer

después de haber puesto en el incensario las cenizas de mi padre a quien adoré—

te he dado la esencia de mi carne y el perfume de todo mi ser.

Y después de haberte dado tanto, estoy convertida en una osamenta que tirita de frío en la noche sideral —tirita de frío porque no hay

labios ardientes que la revistan de nueva carne. Sólo tu boca, que adoro, es la única fuerza existente que puede revestirla de una materia nueva hecha de amor— tú me perteneces, tú me perteneces.

Tú eres la embriaguez del amor y lo creas o no te adoro con pasión irrefrenable y quisiera consumirme en el fuego de tu corazón. Eugenia.

XXV.— Señor, tengo el cuerpo cubierto de llagas, pero sólo destruyen mi materia sin consumir mi espíritu.

Y asisto a una muerte humillante con el valor de mi orgullo y estoy como un dios fabuloso con su tesoro maravilloso, sin saber dónde esconderlo para que algún día tú lo encuentres.

A ti te voy a dar, y vengo llena de amor —de dolor— muda y silenciosa a depositar a tus pies toda mi inteligencia porque yo ya me voy de este mundo donde mi alma no puede vivir martirizada por la insatisfacción—

te quiero, te quiero porque sólo tú alcanzas a comprender lo que yo soy y lo que sufro. Y si es verdad que tienes talento no puedes dejar de admirar esta prenda que con humildad te doy: mi inteligencia. Tengo prisa de irme de este mundo —pero creo que la tierra se rehusará a cubrir mis llagas. Vivo en un desierto que está lleno de bellezas falsas. Yo soy la única belleza.

Amor mío mis excesos de cariño fueron las llamas del suplicio donde se quemó mi carne—

Me consumo por dentro y me enflaquezco por fuera —me destruyo. Mi amor vive independiente de tu tiranía, sin explicaciones. ¡Tiranía!, que palabra estúpida —y tan justa al mismo tiempo. Vivimos encerrados en una cárcel, el Universo infinito, pero odioso.

Hechos de origen desconocido pesan sobre nuestra voluntad y nos doblegan. Pero mi amor fermenta y me produce una embriaguez que me consume en medio de torturas extrañas y levanto mi cabeza sobre el mar de las dificultades y de la mediocridad para amarte soberanamente como te amé ayer, como te amo hoy, como te amaré siempre, aun después de que muramos.— Eugenia.

(Esta carta extraña y misteriosa parece encerrar una decisión. Es la última de las seiscientas que Eugenia escribió a su amante. Esa postrera misiva es para nosotros el punto final de la tragedia que envolvió a dos seres en un remolino de pasiones cuyas últimas volutas se perdieron en las oscuridades del misterio.)

El misterio de los amantes

Muchas gentes extrañas habían penetrado ya al sagrado recinto de los mercedarios, pero ninguna más profana que esta mujer de los ojos verdes y de las cartas apasionadas, aparecida inesperadamente en tangibles radiaciones de amor que no pudieron ocultar ni el tiempo ni la lápida de su tumba. ¿Pero, quién era ella en realidad, y quién era él? ¿Cómo sus cenizas y sus cartas pudieron ser enterradas en la tumba de una iglesia conventual contra todas las disposiciones eclesiásticas y las costumbres de la época? ¿Y cómo y por qué las cartas, los retratos y las cenizas estaban arregladas de modo tan singular en el sepulcro?

Yo me atrevo a suponer, después de haber leído detenidamente todas las cartas de Eugenia, que en un momento dado se produjo una tragedia como punto final de esta historia de amor. En muchas de estas cartas hay un profundo deseo de venganza, un odio a la vida, una insatisfacción manifiesta, espiritual y corporal. Su última, sobre todo, revela que "tiene prisa de irse de este mundo", y dado el temperamento de esta maravillosa criatura, ¿no es lógico suponer que haya querido llevase a su lado al hombre que tanto amó?

¡Cuántas veces lo amenazó y cuántas estuvo a punto de matarlo! No parece extraño que en un paroxismo pasional o en un momento de supremo desencanto, ella haya llevado a cabo su determinación de matarlo y de matarse ella enseguida. O al contrario: él pudo asesinar a la amante y suicidarse

después de una momento de desesperación, y alguien, algún amigo —alguna persona al corriente de aquella tragedia esplendorosa que duró largos años— caritativamente incineró los cuerpos, recogió las cartas y los retratos y aprovechando el período de transiciones y de revueltas políticas allá por los sesenta y tantos, haya depositado, en un lugar que creyera seguro, lo que había quedado de un amor trepidante.

Que la persona que llevó a cabo ese entierro era un amigo o amiga de Pierre, no hay duda, puesto que sólo pudo recoger y sepultar las reliquias que Pierre poseía.

Cuando muchos años después de haber sacado de su tumba las cartas de Eugenia, yo vagaba por las noches entre las ruinas de la iglesia conventual o bajo los arcos del claustro, todas las sombras de los frailes rezanderos y asesinos desaparecían para hacer surgir en mi imaginación la espléndida figura de aquella mujer envuelta en una cabellera rubia, y muchas noches sus ojos solares iluminaron desde las profundidades de la muerte los antros del claustro y la profundidad de mi corazón.

Volvamos a los profanos vivos.

Los melones de Ameca y las muchachas de la escuela

En una escuela cercana al convento, a las alumnas, después de sus clases les era difícil hacer sus ejercicios de gimnasia en el pequeño retiro. Pedían a gritos un lugar donde jugar. La directora de la escuela supo que en el convento de la Merced había un patio, y me lo pidió.

—No le molestarán a usted mucho —me dijo— irán solamente una vez por la mañana para hacer sus ejercicios. Al día siguiente fueron por la mañana. Eran centenares. En bandadas llegaban desde ese día, y todos los días, y del claustro

desapareció el silencio legendario. Y desaparecieron también los espantos y los turistas. La vida en borbotones, despreocupada y alegre, llega en torrentes.

El patio y los corredores eran tan amplios que podían deambular por ellos verdaderas multitudes, o reunirse en grupos bajo las amplias arcadas, y por consiguiente las chicas declararon el convento el más adecuado lugar para su esparcimiento y en él se instalaron mejor que en su propia casa. Muchas faltaban constantemente a la escuela y se desentendían de la gimnasia, derramando despreocupación y alegría por todo aquel recinto, hecho para las procesiones litúrgicas, y ahora convertido en una inmensa pajarera.

Leonor y yo mirábamos desde las azoteas aquel bullicio que vivificaba el ambiente, pero siempre tuvimos la precaución de poner una barrera entre el patio y nuestras salas de trabajo del primer piso y de la azotea, barrera que, dicho sea en honor de las pequeñas estudiantes, nunca fue franqueada.

Los domingos eran los únicos días que el convento recobraba su silencio. Y fue precisamente un domingo por la mañana que al salir yo por el viejo portón de la calle, un señor de aspecto pueblerino, serio y cortés, me preguntó con mucha timidez de quién era el convento.

—Es mío —le contesté.

—¡Qué bueno! —replicó—, ¿podría Ud. darme permiso de descargar aquí unos melones que traje de Ameca, Jalisco, y que están llegando en este momento de la estación en unos camiones?

—Descargue usted todos los melones de la tierra y amontónelos donde mejor le parezca —le contesté.

Llamé al santo portero y le rogué que ayudara a descargar y colocar los melones donde más conviniera, y me dirigí al cen-

tro de la ciudad donde permanecí todo el día. Al regresar por la noche, el señor de los melones me esperaba para darme las gracias.

—No sabe usted cuánto le agradezco este servicio. Tenía los camiones detenidos en las calles cercanas, y no sabía adónde meter mi fruta. Aquí se los dejo, y si usted quiere comerse todos los melones, cómaselos.

—Diablo —contesté yo—, muchas gracias. ¿Pero por qué no los vende usted?

—Porque han llegado tantos melones de todas partes del país que ya nadie los quiere ni regalados. Y tampoco he encontrado un lugar donde meterlos.

Inquirí si los había colocado en un buen lugar y me contestó vagamente que estaban bien en cualquier parte y se fue muy agradecido.

Cuando entré al patio me quedé estupefacto. Todos los corredores, los pisos de los ocho corredores, que eran enormes, estaban llenos de montones de unos melones amarillos que aromatizaban la atmósfera. Eran millares y millares. Seguramente el hombre que los trajo, desesperado por alguna mala operación comercial, prefirió regalarlos. ¿Quién iba a comerse tanta fruta? Automáticamente me contesté a mi mismo: las muchachas de la escuela. Mañana cuando vengan, no va a ser sorpresa la que se lleven.

En efecto, al día siguiente me di el gustazo de presenciar la llegada de las escolares. No se acababan los ¡oh! y los ¡ah! de aquellas chicas frente a la enorme cantidad de fruta. Cuando estuvieron todas juntas les dije:

—Todos esos melones, son de ustedes.

—¿Todos, todos? —inquirieron asombradas.

—Hasta el último de todos.

Ese día no hubo gimnasia. Maestras y alumnas se dedicaron a comer melones hasta la saciedad. Eran exquisitos, de los que se llaman valencianos, grandes y aromáticos como no

los había visto ni olido ni en Valencia. Las chicas, que no estaban prevenidas para llevar melones a sus casas, se agenciaron la manera de cargar con el mayor número. Desde ese día, y todos los días subsiguientes, había un banquete vegetariano. La escuela entera se dedicó a comer melones. Muchas chicas se enfermaron. Al cabo de un mes había todavía muchos melones en los corredores de arriba, y en cuanto alguno se pudría lo apartábamos para que no contaminara a los otros.

La directora acabó por protestar, porque las muchachas ni hacían gimnasia ni iban a la escuela, pero como tuvo el poco tino de hacer su protesta en persona, cuando yo la conduje junto a un montón de aquella fruta deliciosa, le ofrecí una, la abrí y nos la comimos, no acababa de elogiarlas, tanto le gustó. Pedí un canasto, lo llené, y Ángel se lo llevó a la escuela.

Se acabaron las protestas, y como la directora no podía venir todos los días con las muchachas, me pareció prudente enviarle una canasta llena de melones, con cierta frecuencia.

Me había convertido en una especie de Diosa Ceres, con barbas, dispensadora de la generosidad de la tierra, es decir, de la generosidad de un hombre arruinado.

Las nuevas amigas

El maná caído sobre el convento desde los nubarrones de una mala operación comercial, no sólo satisfizo la voracidad de aquella nube de langosta que todos los días llegaba de la escuela, sino que alcanzó la virtud de crear una increíble camaradería entre las muchachas, mi incomparable secretaria Leonor y yo.

Todas tenían esa gracia especial, verdaderamente encantadora, sin artificios, que se desprende de las criaturas femeninas entre los trece y los dieciocho años, pero había algunas excepcionalmente bonitas, otras muy maliciosas y no pocas muy inteligentes.

Una chica menudita, morena, con un pelo negro rizado, veracruzana hasta la última gota de sangre, es decir, alegre, mal hablada y muy ingeniosa, a quien llamaban "la Chata", fue mi primera amiga. A pesar de su corta edad, tendría catorce años, era la líder de un grupo, no precisamente porque fuese autoritaria, sino por su generosidad y su aguda inteligencia. Nada podían hacer sin "la Chata". "Chata": ¿cómo se conjuga el verbo salir? Yéndose a la calle, contestaba. "Chata", préstame tu pluma, "Chata", dame una hoja de papel, "Chata", hazme mi tarea. "La Chata" lo daba todo y todo lo hacía mientras no se tratara de cumplir con los deberes escolares, porque detestaba la disciplina, y en ella, para sí misma, nunca estudiaba ni trabajaba.

Como se dio cuenta de la gran simpatía que había despertado en mí, se dijo: ahora éste va a trabajar para mí y me va a hacer mis tareas. Y se las hacía, no sin ciertas dificultades, porque muchas veces, los que tenemos la pretensión de haber adquirido algunos conocimientos, nos encontramos perplejos ante las cosas que se nos han olvidado.

Cada mes yo estaba obligado a realizar el trabajo que el profesor le había señalado, como lo señalaban a todas las muchachas, para comprobar de una manera global, no sólo el resultado de sus estudios, sino su manera de pensar y de escribir. Eran pequeñas monografías sobre un tema cualquiera.

—Oye, me decía mirándome con coquetería y picándome con su pequeño dedo mi pecho huesudo, ahora necesito una monografía sobre el nopal. La quiero con todos sus detalles y muy bien ilustrada, al cabo, decía con mucha malicia, a ti te gustan las tunas y eres un gran dibujante.

Había que hacer la monografía superándome a mí mismo, pero en algunas ocasiones el tema era escabroso y tenía que ponerme a estudiar.

En poco tiempo "la Chata" alcanzó el prestigio de ser la alumna más inteligente y más aprovechada de la escuela, de lo cual, naturalmente, yo estaba muy orgulloso.

Pero antes de terminar el año escolar, los profesores dieron a las alumnas un tema muy complicado: el resumen de la guerra de 14-18. Yo vi la puerta abierta para una venganza muy justificada. "La Chata" llegó y me dijo:

—Ahora sí vas a tener trabajo: mira que tema tan precioso nos han dado.

—¿Sí? —le observé—, la que va a tener trabajo eres tú, porque no voy a darte ni la más pequeña ayuda. Te tiene que salir talento y gana de trabajar. Ya me harté, agregué poniéndome serio, de que andes haciendo caravanas con sombrero ajeno.

Hizo un mohín entre enfadada y burlona y me dijo con mucha gracia:

—Talento me sobra, y llevándose a la boca la punta del lápiz que traía en la mano agregó con coquetería: ya ves que te he escogido a ti para que trabajes... y sin sueldo.

Yo reí hasta más no poder, pero la obligué a que hiciera la monografía sobre la guerra. Y la hizo admirablemente, fue el mejor trabajo de todo el año y obtuvo el primer premio. Sus compañeras y yo le dimos una fiesta en las Fuentes de Tlalpan, en donde los números principales consistieron en comer muchos tacos de frijol, quitarnos los zapatos y chapotear todo el día en un arroyo.

A Miriam le daba por el amor romántico. Tenía un cuerpo admirable y las piernas más bonitas entre todas las muchachas de la escuela.

Nagyibe era una muchacha persa que parecía una princesa arrancada de una miniatura oriental, con su tez apiñonada y unos ojos negros y profundos, pero sin expresión. Era alta, un poco seca y de un temperamento helado. Tenía muchos pretendientes y acabó mal: se casó muy joven con un mercader árabe que la metió a vender telas detrás de un mostrador.

Chepa era el tipo opuesto. Una rubia preciosa, pequeñita, con ojos azules y unas manos admirables. Vivía para derramar su espíritu generoso y su gracia. Bondadosa y dulce, a pesar de los grandes sufrimientos que tenía que soportar en su casa, nunca se le veía triste. Era la niña mimada del grupo.

Raquel era también rubia como Chepa, pero más expresiva. Tenía unos extraños ojos claros, grandes y sonrientes como un amanecer y una boca sensual. Era tan bonita que nunca se acababa de saber cuánto lo era.

Muchas más había, encantadoras. Una de tipo indígena, morena, morena, de ojos negros, siempre seria, con una seriedad de retrato, mejor dicho de escultura, llena de un encanto legendario y de una dignidad de princesa de cuento. Todas eran alegres, claro está, a los quince años, quién no es alegre, y si esta chica de la dignidad de princesa aparecía seria, era sólo cuando estaba en reposo, porque cuando jugaba o íbamos a excursión se convertía en un vendaval.

Todas estas muchachas formaban un grupo muy numeroso y se convirtieron en las propietarias del convento y en las promotoras de certámenes escolares, de fiestas campestres, de banquetes en los corredores del claustro. Una divisa parecía estar escrita en su bandera: vivir, vivir llenas de alegría, sin llegar nunca al puerto. ¡Sabio programa!

Un vuelo inesperado

Mientras las pequeñas profanas escolares, de la escuela reconcentraban sus vuelos al convento, de sus amplias azoteas el ángel escolar, que había llegado de la escuela Lerdo, desplegó sus alas, planeó un momento sobre el viejo claustro y se lanzó sobre las casas rumbo al hogar. El hogar la llamaba, y yo me quedé solo, en medio de tanta muchacha.

Leonor se marchó contra su deseo —contra todos mis deseos— en los precisos momentos en que yo emprendía una

serie de trabajos literarios. Y no podían realizarse sin ella. Todo aquel innumerable ejército de muchachas no me servían para escribir en máquina, aunque la estuvieran estudiando con grande empeño. Además, no me adivinaban el pensamiento como Leonor, ni me corregían mis faltas de ortografía, ni vendían mis dibujos. Me iba a ver precisado a una rebúsqueda enojosa y probablemente estéril.

Debía conformarme con la vieja sentencia: "todo tiene su fin en este mundo", pero ese fin llegaba para mí en el momento de principiar una labor para la cual me había preparado. La abandoné y me puse a pintar. Una pequeña exposición selló la partida de la secretaria.

La nueva secretaria

Llegaron las grandes vacaciones después de unos exámenes llenos de angustia, y el grupo de las compañeras se disgregó. Algunas no abandonaron el convento y en él vacacionaron. Una de ellas, de aspecto serio para su edad, pero revestida de una extraña suavidad, era entre las más asiduas. Todas sus compañeras la admiraban y le tenían un cierto respeto, quizá por su actitud independiente. Iba con nosotros a todos los paseos, a nuestras fiestas, y con todo el mundo era amable y solícita, pero pocas veces yo le dirigía la palabra y nunca la tuteaba.

Iba con frecuencia al salón que me servía de oficina y se ponía a escribir en máquina. Un día me acerqué a ver lo que estaba escribiendo y observando su habilidad, le dije:

—Señorita, muestra usted mucha destreza para escribir a máquina.

—Estoy entrenándome para ser secretaria —dijo ante mi asombro.

—No necesita usted más entrenamiento: ya está usted en su puesto desde este momento.

—¿Desde este momento? Espero su dictado.

Era una orden y la obedecí. Saqué de un pequeño estante unas notas y le dije:

—Aquí está listo el material para hacer un volumen de cuentos. Voy a dictarle el primero.

Cogió papel de un cajón del escritorio, lo colocó sobre la máquina y esperó llena de seriedad. Yo me distraje un poco porque me sedujo su extraña belleza, que nunca había contemplado con detenimiento. Y como por ensalmo empezaron a salir del fondo del misterio sus encantos y una suavidad indefinible. Ella notó mi aguda atención, volvió un poco la cabeza y me dijo sonriendo maliciosamente:

—¿Ya?

Su mirada me despertó bruscamente, y asumiendo mi papel de jefe, un poco atolondradamente, le dicté el primer cuento de la colección que yo estaba preparando para ser editada. Cuando hube terminado, comenté: la secretaria hábil y magnífica, el autor... no está mal, pero faltan todavía como diez mil cuentos.

—Son pocos —dijo—, yo creía que eran más. Y se rió y al sonreír abrió ligeramente su boca maravillosa, y sus grandes ojos verdes se entrecerraron.

Carmen era realmente una extraña criatura, de cuerpo grácil, con una formidable cabellera negra y sedosa que le caía sobre las espaldas en guedejas ligeramente rizadas en sus puntas, sonreía siempre con alegría no exenta de cierta malicia, y sus ojos verdes resaltaban extrañamente en su faz morena como dos esmeraldas en un estuche de terciopelo. Su perfil tenía delicadeza de esas doncellas que los artistas del Renacimiento pintaron en los muros de las iglesias florentinas: era fino y expresivo, de una expresión inocente que contrastaba con su faz vista de frente. Su voz acariciadora y sus manos elegantes le daban un encanto especial. Ya eran muchos los ángeles profanos que habían entrado al convento, pero nin-

guno había plegado sus alas bajo las arcadas de los corredores con la majestad de esta águila caudal, que se posó de repente frente a una máquina de escribir.

En pocas semanas la nueva secretaria había escrito treinta o cuarenta cuentos, pero les faltaba un editor. Me pareció que el más accesible era Gabriel Botas. Lo fui a ver y le propuse editar una serie de setenta u ochenta cuentos, aceptó y una noche vino al convento para que yo se los leyese.

Un nuevo profano, uno, entre los más discutidos, entraba al claustro. Oyó los cuentos y me dijo: los edito. No hubo regateo. Al cabo de una año Gabriel Botas había editado los tres volúmenes y hoy, mientras escribo estas líneas, se prepara a imprimir el cuarto tomo de la serie.

Se le critica a Botas el sistema de pagar poco a los autores. En principio, la crítica podría justificarse, pero si tomamos en consideración el misérrimo ambiente lectoril en México, la justicia de la crítica disminuye y desaparece totalmente cuando consideremos que bien o mal pagados, en nuestro país no hubieran salido a luz cerca de mil quinientos escritores si Botas no los hubiera lanzado al mercado. Entre ellos iba a estar yo.

Cuentos de todos colores

Ese fue el título que escogí para los que había escrito. No me toca a mí, en esta ocasión, autojuzgarme y prefiero poner ante los ojos del lector algunos para que él juzgue.

I.- El hombre y la perla

Aquel muchacho corpulento y alegre, tan popular en la ciudad de la Paz y en las costas del Golfo de Cortés, a quien las gentes llamaban Paco el pescador, era el hombre más feliz de la tierra y vivía de pescar perlas en los bajos fondos de ese brazo de mar prisionero entre Sonora y la Baja California.

Era un placer verlo nadar entre aquellas aguas verdes y transparentes, y salir a la superficie gozoso como un tritón, cargando en una pequeña red las conchas que sus hábiles manos habían cogido. Su buena fortuna le daba después de cada temporada de pesca, abundante cosecha. Algunas veces extraía de las ostras, perlas que alcanzaban un precio elevado, las que vendía fácilmente entre sus clientes americanos.

Ganaba mucho dinero, pero su juventud y su buen humor lo empujaban al despilfarro entre sus amigos y con las mujeres, pero jamás su corazón había detenido sus palpitaciones delante de ninguna, hasta que un día topó de manos a boca con una chica de Ensenada, sensual y coqueta, de la que se enamoró perdidamente. No había duda de ello. La prueba más evidente era que ya no gastaba el dinero en parrandas, se había vuelto, como él decía, economista. Tenía un vivo deseo de economizar dinero para la boda.

Gran conocedor de los criaderos de ostras perlíferas, decidió ir a pescar al más rico, pero al más peligroso, el de la pequeña isla de Cerralvo, situada a larga distancia del puerto. Pocas horas después de haberlo abandonado, una furiosa tempestad se desencadenó con esa rapidez característica en las costas del Pacífico, y al anochecer, la barca, juguete de las olas y del viento, fue a estrellarse entre las rocas de la isla. El náufrago corrió a refugiarse en una pequeña gruta, y ahí esperó, tiritando de frío, el fin de aquel furioso temporal, como no había visto otro igual en toda su vida.

Las aguas del Golfo de Cortés salieron de su cauce y barrieron las playas. Del fondo rocoso del océano desentrañaron las medréporas y las conchas, los peces y las algas.

Algunos poblados fueron arrasados y las arenas de la costa parecían cubiertas de extraños moluscos.

Cuando el pescador pudo salir de su refugio corrió a buscar almejas, las encontró en abundancia, las abría con precipitación y devoraba los gelatinosos moluscos con fruición. De

repente tropezó con una gran concha, la examinó con ojos de conocedor, y la abrió cuidadosamente. Sus ojos se dilataron ante la aparición de una perla enorme de un oriente maravilloso. Lleno de satisfacción juzgó que aquel hallazgo extraordinario aseguraba su matrimonio y todo su futuro. En su imaginación, ataviada como nunca la había soñado, apareció la novia lejana...

En su pequeña barca destrozada, volvió al puerto, y exhibió su tesoro entre sus amigos, pero todos dudaron que fuese una perla verdadera. Los marrulleros comerciantes se pusieron de acuerdo para clasificarla como una perla artificial hecha en California.

—Tú nos engañas, le decían. ¿Cómo es posible que hayas encontrado en el fondo del mar semejante maravilla?

Todos, sin embargo, trataban de obtenerla por unos cuantos pesos. El pobre pescador no podía venderla y en pocas semanas, las gentes, sus amigos, y hasta su misma novia que lo vio derrotado, lo repudiaron. Ella le dijo con un gesto despreciativo que no se casaría con un estafador.

La desgracia crecía alrededor de su tesoro, llegó al colmo cuando se supo que el pescador pedía ochenta mil dólares por su perla. Los valía, pero nadie aceptaba que aquel muchacho pudiera embolsárselos, en primer lugar por un natural espíritu de desconfianza, y enseguida por una cierta envidia, también muy natural entre las gentes de una población incapaces de admitir que uno de sus coterráneos se volviese rico de la noche a la mañana por una verdadera casualidad.

—Está loco de remate —decía un comerciante—. ¡Una perla de ochenta mil dólares! ¡Ni que la hubiera traído del tesoro de un *rajá* de la India!

—Pero es que los vale, replicaba el muchacho. Es verdadera. Yo la he sacado de la concha. ¿Cómo ha de ser falsa la perla extraída de una ostra?

Herido constantemente por las burlas de los mercaderes y por los sarcasmos de los marineros que le indilgaban letanía de chistes al rojo vivo, y abatido por el desprecio de su prometida, el pescador a quien se le había apagado la alegría y acabado el dinero, llegó a ofrecer su hallazgo por la insignificante suma de cinco mil dólares. Pero nadie le hacía caso. El más fiel de sus amigos, compadecido de su situación, le ofreció veinte pesos por aquella imitación tan perfecta.

Paco el pescador, doblegado por las oleadas de incredulidad, sepultado bajo la mala fe de los comerciantes, se abatió hasta el aniquilamiento.

Una mañana, perseguido por un grupo de chicuelos, corrió a refugiarse ante las rocas de la punta. Los chicos brincaban alrededor del hombre de la perla y lo befaban. Pronto el tumulto se hizo enorme, y cuando la muchedumbre llegó hasta las rocas, el pescador se detuvo espantado. En sus ojos se reflejaban los relámpagos de la desesperación acumulados en su alma durante muchos días. Quiso gritar, injuriar a las gentes, escupirles en la cara, demostrarles que él nunca mentía y que su perla era verdadera. De repente, un brusco sacudimiento lo agitó, trepó por los peñascos, levantó una de sus manos y arrojó la perla al mar y tras ella, de cabeza se echó al océano.

Cuando el gentío, pasado el primer momento de estupor trepó por las rocas para buscar el cuerpo del suicida, sólo pudo contemplar el verde ritmo del mar que al chocar contra los peñascos levantaba blancos penachos de espuma. Alguien comentó: ¡pobre muchacho, matarse por una perla falsa!

Pero la perla, desde el fondo del océano, irradiaba entre las aguas su prodigioso oriente.

II.- El orador mixteco

Me había adelantado a la caravana presidencial que andaba por Oaxaca desfaciendo agravios y enderezando entuertos.

Yo quería mirar, a ojo desnudo, sin el vidrio de convencionalismos oficiales, la verdadera situación de los millares de indígenas que se habían congregado en el pueblo de Nochistongo en espera de que el Señor de México llegase para exponerle sus miserias y obtener el remedio.

Y los vi, cubiertos de harapos, silenciosos y hambrientos. No había necesidad de hacer averiguaciones. Su sola presencia era una dramática exposición de un mal que difícilmente podría remediarse. No bastarían los discursos oficiales, ni las promesas envueltas en una palabrería apostólica, ni la buena voluntad por grande que fuese. Pero muchos se me acercaron, o a través de un intérprete me dijeron que no querían más que una sola cosa: trabajar.

Así es —dijo un muchacho de aspecto muy humilde—. Ya no creemos en nada ni en nadie, pero puesto que se nos llama, vamos a explicar lo que queremos y agregó en un tono brusco: tú no podrás explicar al Presidente lo que necesitamos, porque no has vivido entre nosotros, y porque no eres de nuestra raza. Déjame, que cuando llegue mañana, yo lo reciba en nombre de estos hermanos míos. Yo sí podré decirle lo que necesitan.

No me extrañó aquel lenguaje. Era justo, y además yo sabía por experiencia adquirida durante los largos días de nuestra gira, que el indio de Oaxaca, lo mismo el de raza mixteca que el de estirpe zapoteca, sabe decir lo que quiere, en privado y en público. En público, sobre todo. Estos indios son de una inteligencia muy clara. Su espíritu de observación los lleva constantemente al análisis, y cuando hablan en público su elocuencia es sorprendente.

El indio zapoteca es mucho más refinado, más espiritual que cualquier otro indio de las razas aborígenes de México y posee una lengua tan sutil y tan elegante como la china o la francesa, y la maneja con extraordinaria facilidad.

Aunque el muchacho que me habló no era zapoteco, yo supuse que tendría cualidades semejantes y que podría interpretar elocuentemente lo que sus hermanos de raza necesitaban. Y no me equivoqué.

Al día siguiente la inmensa caravana oficial llegó al pueblo de Nochistongo en medio de aclamaciones delirantes. Difícilmente el Señor de México se habría paso entre la tupida multitud, y sólo después de dos horas de una marcha sofocante pudo llegar a la puerta del palacio municipal, donde la comisión de políticos pueblerinos lo recibió con frases adulatorias, falsas y vulgares.

Al aparecer en el balcón del palacio para recibir el homenaje del pueblo, me acerqué y le dije que un representante de los indígenas iba a hablarle en nombre de todos ellos. Ya estaba enfrente, sobre un gran tablado erigido ante el balcón. Cubierto de harapos, insignificante, el orador con las manos metidas entre las cuerdas que le servían para cargar los bultos, destacaba su mísera figura sobre las galas de los militares y los trajes burgueses de los invitados que llenaban el tablado.

El Presidente esperaba. Yo hice una seña al orador. Era un muchacho de unos veinte años, macizo, de pura cepa indígena, con su cara bronceada y sus ojos de abismo. Avanzó. Pausadamente levantó los brazos, los abrió, extendió sus manos y dijo con una voz que parecía salir del alma de toda la mixteca:

—Presidente: tú no conoces nuestra lengua, ni nuestras costumbres, y seguramente tampoco te das cuenta de nuestros anhelos ni de nuestras necesidades. No pueden llegar a tus ojos porque estás demasiado alto, como Dios en los cielos. Voy a hablarte, primero en mi idioma, para poder decir bien lo que yo siento y para que todos los hermanos de mi raza me entiendan, y luego te diré en tu lengua todo lo que he dicho en la mía. (Su voz era clara, poderosa, cálida: salía del fondo de su dolor, desesperada. El breve exordio causó sensación).

Y el orador habló en su lengua ante la multitud de indios mixtecos. Habló durante dos horas sin que ninguno de los miembros de la caravana presidencial hubiera comprendido las sílabas de aquel idioma, pero al alma de todos llegó el calor, la angustia de los acentos de aquel hombre que acompañaba sus palabras con gestos llenos de nobleza.

A intervalos recorría el frente del tablado con los brazos extendidos y la cabeza en alto sin pronunciar una palabra. Aquellas largas pausas tenían en suspenso al auditorio.

Yo contemplaba al orador, y en mi mente se desarrollaba como una cinta cinematográfica, el recuerdo de los grandes tribunos que había admirado en Francia y en Italia, y la imagen que me había forjado de los oradores de otros tiempos. Así como aquel que tenía delante fueron seguramente los que hablaron en el Areópago de Atenas. Así, con esa potencia en los gestos, con esa solemnidad trágica en sus actitudes, con esos acentos múltiples. Así nos los figuramos. Yo tenía delante una de esas visiones históricas sobre gente de otros tiempos. Pero si no eran así los oradores de Atenas, así deberían haber sido.

Cuando empezó su traducción a la lengua española la atención pública creció, juntamente con mi admiración. Era una traducción literal, vigorosa, de una elocuencia cortante, y la empujaban sobre la atención de los oyentes aquellos ademanes engendrados por una nobleza que venía de muy lejos.

Su discurso fue una filípica sin misericordia, aplastante. Cuando se hizo el silencio nadie osó moverse, ni aplaudir. No había lugar al aplauso de aquel dolor expresado con una tremenda sinceridad. El silencio del convencimiento paralizó al auditorio, y los que venían a remediar las necesidades de una raza oprimida por la civilización, se sentían anonadados. Sus actitudes lo demostraban.

El pobre cargador de Nochistongo, recubierto de miseria parecía un torrente, uno de aquellos tumultuosos torrentes que bajan de las montañas después de una tempestad.

Ante la multitud doblegada, el orador mixteco levantó la mano, hizo un saludo altivo como el de un rey que se despide a su corte, bajó del tablado y se perdió entre la multitud.

Tres días después, cuando la caravana oficial se alejaba del pueblo y yo me precipitaba para alcanzarla, vi en el atrio de la iglesia parroquial al hombre de la elocuencia, revestido con su misma miseria, silencioso, insignificante, recargado en el tronco de un árbol. Me acerqué y con la más profunda convicción pero envuelta en frases rebuscadas, le dije:

—Hermano, no tengo palabras con que expresar mi admiración. Jamás he oído hablar con mayor calor ni supuse que hubiese hombres que poseyeran esa extraña potencia que tú tienes. Y lo abracé —lo abracé realmente emocionado—. Aquella inteligencia próvida herida como un pájaro maravilloso en el repliegue de una sierra oaxaqueña, apocaba al hombre que llegaba de la civilización.

El orador mixteco me miró sin verme. Estaba seguramente en otra parte —su pensamiento estaba ausente—. Y como si su voz viniera de muy lejos, me dijo con suavidad, llevándose las manos a las cuerdas que le servían para cargar los bultos:

—Mi elocuencia no es más que un grito, es sólo un grito sin eco en la noche eterna en que vivimos los indios.

* * *

Y aquel Demóstenes indígena se alejó entre los árboles del atrio de la iglesia parroquial llevando en su alma la amargura de su estirpe, aumentada por el desprecio oficial. Después de su discurso no hubo un hombre decente, un hombre justo que le rindiese homenaje o le diese un pedazo de pan.

III.- La muchacha del abrigo

Sobre la pantalla aparecieron las palabras bilingües liberadoras: fin-*end*, y enseguida, sobre una placa rota un "intermedio"

dibujado con tinta roja en estilo de monograma de cojín escolar —luego, rápido encenderse de focos— iluminación violenta de una sala destartalada llena de gente que se levantaba de sus asientos con lentitud...

Aire mefítico, pesado, aliento a pañales de niños y a tortas compuestas —un ambiente de cine de barrio.

En la fila de sillas opuesta a la que yo ocupaba, había una mujer joven y una chica vestida de azul. Ambas charlaban animadamente.

De repente, como un torbellino, se echó sobre ellas una muchacha envuelta en un abrigo de cuadritos blancos y negros, muy arrugado —de esos abrigos que venden los aboneros turcos a $ 21.50 en plazos hiperbólicos, y que apenas puestos aparentan tener diez años de uso.

La chica del abrigo se sentó en una de las sillas delanteras a las otras dos jóvenes y entre las tres entablaron una conversación rápida acompañada de gestos descompasados. Yo no veía más que la cabellera negra de una muchacha moverse sobre el abrigo informe, y de vez en cuando las manos finas y morenas asomar entre sus pliegues, pero un movimiento brusco hizo resbalar el abrigo hasta el suelo, y una figura ondulante, vestida de negro, surgió como una serpiente entre la hojarasca —tuve la vívida sensación de que era una serpiente— y un calosfrío recorrió mi cuerpo...

Pero no: era una chiquilla, una extraña chiquilla, extremadamente flexible, que al volver su cara hacia mí me hizo temblar. Su faz asimétrica, indescriptible, sus ojos extraños, de mirar profundo, su cuerpo onduloso ceñido por el traje muy estrecho dibujaba las ancas de una mujer apenas púber y modelaba los senos erectos.

Había no sé qué de terriblemente sensual, de fascinante, de violentamente atractivo en sus movimientos, en su mirar, en todo. Yo la miraba con esa atención tenaz y estúpida con que se contempla a los animales raros de un parque zoológico.

Ella encontró mi mirada que le penetraba, se volvió bruscamente hacia sus compañeras y les dijo algo.

Súbitamente la luz se apagó y apareció en la pantalla un título banal: "Llévame a casa".

A pesar de la oscuridad yo volvía la cabeza con insistencia para mirar a la muchacha. Ésta se levantó violentamente y dando vuelta por detrás de la sillería se dirigió al sitio donde estaban los músicos. La seguí con la vista en la penumbra y la vi llamar a uno que tocaba el banjo. ¿Qué lío se traerá esta criatura? —pensé.

Al volver la chica a su asiento, advertí que un joven pretendió detenerla y decirle alguna cosa, pero ella se alejó haciendo un gesto despreciativo y volvió a reunirse con sus amigas. El joven, muy nervioso, quiso alcanzarla, pero se contuvo a los primeros pasos.

Las tres muchachas se engolfaron en una discusión interminable —y la película que me había parecido estúpida al comenzar, se volvió insoportable, eterna—, ¿cuándo iba a terminar? Al cabo de un tiempo medido a cada instante, terminó, y en la pantalla volvieron a aparecer las palabras salvadoras fin-*end*.

Y la luz se hizo con mayor facilidad y rapidez que el primer día de la creación.

Salí precipitadamente al vestíbulo. Ella debía seguramente pasar por allí.

Ya la esperaban el músico y el joven despreciado. En la fila los tres aguardábamos la misma cosa. La chica no tardó en salir cubierta con un abrigo de cuadritos.

El músico fue el más afortunado, la cogió del brazo y salió con ella por delante de las otras jóvenes.

Era realmente de una belleza extraña, arrebatadora —uno de esos tipos que no se sabe nunca jamás como son— pero cuyos movimientos engendra en nuestro ser violentos deseos, una ansia aguda que seca la boca y la amarga.

La muchacha, al salir a la calle, notó que yo la seguía y frecuentemente volvía la cabeza. Dejé que se alejara un poco y esto bastó para que el joven despreciado dentro del cine se me adelantara. Apresuré el paso y seguí al joven.

Al llegar a la calle de Correo Mayor, la joven pareció darse cuenta de que dos hombres la seguían con el mismo interés, y demostraba en sus movimientos una gran nerviosidad. Al querer atravesar la calle una línea de Hospital la detuvo y nos detuvo al joven despreciado y a mí, yo detrás. Bruscamente, el joven se llevó la mano a la bolsa trasera del pantalón y extrajo un revólver. Instintivamente le cogí la mano y le torcí el brazo. El joven se volvió a mí obligado por el dolor. Yo le dije en voz baja:

—¿Qué va usted a hacer?

Y forcejeando me contestó:

—¡Voy a matarla!

—¡Qué barbaridad! Yo no lo suelto. Reflexioné un instante, y si después usted quiere matarla, ¡mátela!

El joven se sentía perplejo. Yo esperé sin soltarle la mano.

La muchacha atravesó la calle, se detuvo un momento enfrente de nosotros. En la expresión de su rostro, que iluminaba vivamente un foco eléctrico, comprendí que ella se había imaginado una disputa por ella entre el joven y yo. Parecía indecisa pero luego, con paso rápido se adelantó a su acompañante y echó a andar, sola, por la acera desierta.

Solté la mano de mi víctima y le dije:

—Permítame que lo acompañe hasta la esquina. Si al llegar ahí usted persiste en matarla, mátela, pero yo me figuro que esta chica no se lo merece. (Yo decía esto, en parte, porque me dejara libre el campo).

La muchacha caminaba de prisa, de prisa, y a las luces de los focos mostraba su excitación. Ya cerca de El Volador, dije al joven:

—Dispénseme. Mi intervención ha sido involuntaria, pero creo que usted me la agradecerá. Lo mejor es que usted se vaya a casa.

—Sí, contestó, inclinando la cabeza, se lo agradezco. Estoy como loco, ¡me ha hecho sufrir tanto! Me voy a mi casa.

Y tomó un camión de la línea de Peralvillo, yo esperé a que el camión se alejase un largo trecho, en la plaza, y convencido de que mi protegido accidental no se había bajado, corrí hacia aquella fuerza que me atraía y que a menudos pasos se encaminaba hacia el Portal del Ayuntamiento.

De prisa seguimos por las calles de 16 de Septiembre, luego por las de Isabel la Católica, hasta dar vuelta a la plaza de San Jerónimo. Allí nos detuvimos, y pude ver a la muchacha del abrigo. Era casi una niña —tendría dieciséis años— pero su magnífico desarrollo y su fiereza sexual agarraban como garfios mis sentidos exaltados. Había en ella la radiación de un dinamismo sexual irresistible.

Al verme solo ante ella pareció gozarse de mi triunfo sobre el otro y sonrió —una sonrisa que me nubló la vista—. Atravesó el jardín y entró en su casa; poco después entraron sus acompañantes. Esperé. A los pocos instantes salió. Yo estaba seguro de que saldría.

Era ya muy noche y el pobre jardín rodeado de casas bajas y pintadas de rojo y de la vieja iglesia, estaba sumido en el silencio, en un silencio triste iluminado por la violenta luz de un foco voltaico. Temblando de emoción me acerqué y apenas pude decirle con palabras cortadas:

—Dispénseme usted, pero no he podido resistir... Aquí estoy... Quiero mirarla de cerca...

La muchacha, en su faz asimétrica, tenía la boca contraída y los ojos con un incendio oscuro. De su traje negro salían los brazos desnudos y asomaban, bajo sus faldas cortas, las piernas admirables, largas, flexibles. La blusa negra ceñía sus senos

erectos. Me sentí fuera de mí. Le cogí bruscamente una mano, pero no pude decirle nada.

Ella con mucha naturalidad me dijo con voz suave:

—Vamos hasta la esquina —y andando— despacio caminamos en silencio hasta la esquina.

—¿Por qué me ha seguido usted con tanta insistencia? ¿Qué ha pasado con el joven con quien usted se disgustó? La verdad es que me ha puesto usted nerviosa. Pero dígame, ¿quién es usted?

Un poco sosegado pude sonreír, pero mi boca estaba seca. Trate de responder, cuando la muchacha dio un grito, se llevó las manos a la cabeza y echó a correr hacia su casa.

Por la esquina opuesta apareció repentinamente el joven que quería matarla. Corrió tras ella. La alcanzó al llegar a la puerta, la cogió por los brazos, la arrojó al suelo con furia, y ya caída disparó sobre ella cinco balazos. Sentí flaquear mis piernas. Mis ojos se nublaron. Me recargue contra la pared, desfallecido... Como en sueños veía gentes que corrían y oía voces que pedían auxilio.

Cerré los ojos, la vi, la vi junto a mí, fascinante, terrible, sentí su mirada oscura penetrar mi vida entera y pensé vagamente: si no la mata él, ¡yo la hubiera matado algún día!

IV.- El cuadro mejor vendido

Paisaje vigoroso y trágico sumergido en esa extraña luz del Valle de México que todo lo define y todo lo ensombrece —lomas pedregosas sembradas de pirules, conos volcánicos ergidos sobre la planicie, ondulaciones de montañas azules como oleajes del mar...

El artista trasladaba a la superficie de la tela aquella belleza áspera con una lentitud que revelaba el grande amor que ponía en su trabajo, o la evidente dificultad para hacer visibles las sensaciones recibidas.

El artista trabajaba de pie en un pequeño espacio que se extendía delante de una casita de adobes, la última en el extremo del pueblo de Santa María Aztahuacán, viejo poblado de los antiguos aztecas, próspero hacía muchos siglos con su fabuloso comercio de plumas de garza, hoy pobre, silencioso, adormecido en el abandono sin remedio.

El lago que se extendía en la maravillosa cuenca del Valle de México, se alejó del pueblo de Aztahuacán al llamado de la civilización que necesitaba tierras y más tierras para sembrar en ellas ilusiones y más ilusiones. Sobre ellas —sobre las tierras y sobre las ilusiones— viven ahora una vida miserable los antiguos comerciantes de las albas y elegantes aves que dieron renombre y bienestar a todos los pueblos de la margen oriental de las lagunas de Anáhuac.

Algunos de los habitantes de Aztahuacán conservan muy puro su tipo azteca, las costumbres y el lenguaje de aquella raza, especialmente las mujeres. Las dos que vivían en la pequeña casita de adobes grises junto a la cual el pintor trabajaba en su paisaje, era de este tipo. Serias, casi adustas, revestidas de una dignidad un poco religiosa, suaves en sus maneras, muy cuidadosas de sus palabras y de una cortesía espontánea, pero sobria, se deleitaban mirando, desde lejos, el desarrollo de la obra del artista, al que no se atrevían a interrumpir. Cuando el cuadro estuvo ya bastante adelantado, una de las mujeres, precisamente la dueña de la casa, se acercó despacito y le preguntó si podía mirar el cuadro más a su gusto.

—Seguro, me complacerá mucho que usted lo vea con detenimiento.

Y colocando la tela junto a una cerca de piedra, puso ante los ojos de aquella admiradora indígena lo que sus pinceles de artista enamorado de la naturaleza había podido fijar en una insuficiente superficie plana. La mujer contempló la pintura detenidamente, con un interés profundo. La comparaba

con el paisaje real, y esta comparación engendraba ciertos movimientos admirativos de sus manos. El examen fue largo. Cuando hubo terminado se volvió hacia el pintor y dijo esta frase profunda:

—No es el mismo, pero está más bonito aquí en la pintura que allá donde lo hizo Dios nuestro Señor. Será, agregó en un tono de duda, que en estas cosas ponemos la inteligencia que Dios nos dio.

Al pintor no le sorprendió aquel lenguaje porque conocía el sentir de esta gente india, su profundo espíritu de observación, su amor por las cosas de arte, virtudes heredadas por generaciones y generaciones que no ha podido destruir la bárbara educación contemporánea.

* * *

La amistad que nació de la admiración de aquella mujer por la obra del pintor fue creciendo a medida que la pintura avanzaba. Cuando estuvo terminada se colocó en el interior de la casita. La mujer se atrevió a preguntar si aquel paisaje pintado era muy caro. Su autor comprendió que la mujer tenía interés en poseerlo y abrió las puertas de su deseo.

—No —contestó, yo los vendo bastante baratos.

—Ojalá así sea, porque yo se lo quiero comprar a usted, dijo con voz baja, con cierta timidez, como presintiendo que jamás podría obtenerlo.

—Como usted ha sido tan amable, y le gusta tanto mi pintura se lo voy a vender por cinco pesos.

La compradora sonrió con suave sonrisa, juntó las manos en actitud devota y dijo emocionada:

—Tengo los cinco pesos, pero la verdad es que no es justo que usted me dé ese cuadro por tan poco dinero. Tanto trabajo que le ha costado, tanta pintura que ha gastado. Y luego, figúrese, nomás en puros camiones se le han ido a usted más

de los cinco pesos. Mejor hagamos un trato: yo le doy a usted los cinco pesos y me lo deja usted aquí algunos días prestado, para estarlo viendo.

Esta serie de razonamientos ingenuos, pero que revelaban un interés profundo, conmovieron al pintor, que replicó con firmeza:

—No señora, se lo vendo a usted por ese dinero y con todo y marco.

La mujer, obedeciendo al deseo de que aquella obra no fuese ya tocada, objetó con mucha cortesía:

—Yo quiero el cuadro sin marco. Así está muy bien. Ya no necesita nada más.

—Bueno el cuadro es suyo.

La admiradora indígena cogió la tela con un respeto religioso y la colgó en un lugar que ya había escogido de antemano. Luego se dirigió a un pequeño baúl de madera, y entre los objetos que contenía sacó una ollita de monedas —monedas de níquel, de plata y de cobre—. Apenas se ajustaron los cinco pesos.

Y como quien pone una ofrenda en un altar, la admiradora puso en las manos del pintor aquella suma que seguramente había costados muchos sacrificios reunir.

—Aquí está señor, dijo profundamente conmovida, y dirigiendo los ojos al cuadro agregó: ¡nunca me cansaré de verlo!

Y el cuadro se quedó dentro de aquella pequeña casita de adobes grises, colgado de la pared, más honrado y más lleno de gloria que en el más famoso museo del Universo.

* * *

Comentarios

Botas ha hecho varias ediciones de estos cuentos y muchos se han publicado en revistas francesas e italianas. El arqui-

tecto Spratling hizo una magnífica traducción de cuarenta y cinco cuentos al inglés, en un vigoroso *slang* estadounidense, pero ignoro si se habrán editado.

El General Juan Azcárate, director de Ema, está a punto de llevar a la pantalla, y en una forma muy original, cincuenta de estos cuentos, los más mexicanos, es decir, los más bárbaros.

Nuevos libros, *La actividad del Popocatépetl*

El éxito de *Cuentos de todos colores* me animó a seguir escribiendo. Reanudé mi colaboración en *El Universal* y me pareció que estaba obligado a congraciarme con el gran señor al que tanto denigré en las "Sinfonías". Recogí toda la bibliografía que existe sobre el Popocatépetl, que es poca y bastante mediocre, ordené mis observaciones hechas sobre el volcán durante largos años, y fui a sus propias entrañas a escribir el desagravio: una obra ilustrada que intitulé: *La actividad del Popocatépetl* —historia suscinta de los posibles comienzos de este gran señor de los valles de México y Puebla, de su desarrollo geológico e histórico hasta la grande erupción que empezó en 1519 y duró hasta 1547 o 48. Esta monografía necesita una reedición corregida para llevarla a un grado mayor de perfección y dejarla, así, como el único documento en que pueden encontrarse las características de un volcán tan importante como el Popocatépetl.

* * *

El padre eterno

Penetrar por el ancho camino de la novela era tentador, y en él di el primer paso con *El padre eterno, satanás y Juanito García*.

Cuando acabé de escribirla y la leí de corrido, me di cuenta de que tenía un no sé qué de Anatole France, en el espíritu sarcástico, y aunque está muy lejos de alcanzar la magnificencia literaria de las obras del gran autor francés, sin parecérsele, lo recuerda.

Mi opinión fue corroborada, tan pronto como la novela salió a luz, por críticos y amigos.

Y lo más curioso del caso es que yo apenas había leído uno de dos cuentos de France. La influencia, por consiguiente, no se explicaba claramente, y menos se entiende estableciendo una comparación entre el lenguaje empleado por los dos autores. Mientras el lenguaje de France es una síntesis prodigiosa de las bellezas de la lengua francesa, el lenguaje empleado en *El padre eterno, satanás y Juanito García* es un *slang* lleno de arbitrariedades. Esto por una parte. Por otra, el tema de mi obra es esencialmente antirreligioso, y esa antirreligiosidad sobrepasa los límites del sarcasmo para entrar en el campo de la más completa irreverencia hacia las cosas sagradas.

En fin, era halagador que los lectores de la obra, y l mismo autor, encontraran afinidad entre las dos producciones. Pero ahora que he leído y releído al autor francés, me parece que todos nos hemos equivocado. No hay tal semejanza.

* * *

Optimismo

Los estudiantes de la preparatoria, capitaneados por Chano Urueta, un chico muy inteligente, lleno de ardimiento, audaz y pendenciero, me pidieron que les escribiese algunas hojas para llevar en el bolsillo como "libro de horas". Escribí una especie de canto lírico, ultraoptimista y desorbitado, que acogieron con entusiasmo, al que Chano puso por título "Arriba, arriba". Se componía de veinte capítulos, algunos de los cua-

les reproduzco a continuación como una muestra del lirismo agudo.

"LUCHAR ES VIVIR".
¡EL HOMBRE, CREYENDO QUE EL UNIVERSO
ES UNA PERPENDICULAR, DICE SIEMPRE ARRIBA!
CANTEMOS LA ASCENSIÓN.
¡ARRIBA! ¡ARRIBA!

I

¡VIVE! NO TENGAS MIEDO DE VIVIR.
Abre todos tus sentidos a las sensaciones de la existencia.

Abre tu conciencia a las manifestaciones del Cosmos y conviértete en un receptáculo de todas las cosas.

Conviértete en una antena que recibe de todas partes las vibraciones eléctricas de la vida y acumúlalas en tu receptor para traducirlas a los hombres.

La vida es un empuje.

Vive y has que vivan los demás —el goce de los otros es una de las más grandes satisfacciones de la conciencia.

Cuando tú te desprendes de una parte de tu ser o de todo tu ser para dársela a otros, tú has vivido.

La vida es una emanación —un movimiento hacia fuera, una rotación, una saturación de felicidad tuya y de los demás.

La vida es un arcoiris producido por un sol ilusorio obre movibles nubes. Brilla como un arcoiris, con todos sus colores, y alegra la tierra con obras.

Cuando tengas un dolor quémalo sobre el ara de tu voluntad para que su llamarada ilumine tu camino.

Transforma las contrariedades en una vibración eléctrica que destruya las tinieblas de tu conciencia.

Cuando tengas un dolor coge el camino más áspero de la más alta montaña y sube, sube por entre los pinos, por entre

las piedras, por sobre las nieves... Cuando llegues a la cima estarás libre de tu pena.

II
VIVE

¿Qué te importa de dónde vienes y a dónde vas?
¡Vive! No te tortures nunca pensando que hay un más allá.

Los hombres creen que la presencia de las criaturas es una emanación divina, un especial capricho de la suprema voluntad.

La vida de la especie es un accidente fortuito de la dinámica cósmica.

El hombre es una emanación del mar, un eco del ritmo de las olas, simple ondulación luminosa del Cosmos, molécula de un rayo de sol transformada químicamente en las aguas del océano, vaga repercusión de lejanas energías, imperceptible movimiento de la trepidación universal, débil choque de fuerzas que nos ignoran, accidente de mecanismos que no tienen razón de ser, consecuencia de una dinámica que no tiene finalidades.

¡Vive! ¿Qué te importa de donde vienes y a dónde vas?

No te tortures nunca pensando que hay un más allá.

No te tortures nunca pensando que existe un ser omnipotente del cual dependes. Dios es una interpretación bárbara de la dinámica universal.

Aprovecha el haber nacido y agárrate a las cosas de la vida, absórbelas todas, y ámalas.

III

CUANDO REPOSES, REPOSA BAJO LAS ESTRELLAS —irradia en las profundidades del abismo— y la luz de tu

pensamiento ilumine a cada instante los lejanos y desconocidos abismos de lo desconocido.

Duerme bajo el pino, satura tus pulmones con la esencia de los bosques.

Baña tu cuerpo en la lluvia, báñalo de energía eléctrica entre las terribles tempestades.

Arda tu cuerpo, como brasa, extendido sobre una roca, quemado por los rayos del sol.

Bebe el agua de las fuentes que brotan de la tierra.

Bebe el agua de los manantiales que salen de las rocas.

Bebe el agua de los frescos arroyos que descienden de la cima nívea entre redondos peñascos...

Coge con tus labios, de los pistilos de las flores y de las hojas de los árboles, las gotitas de agua que la lluvia ha dejado como diamantes sobre los árboles y sobre las plantas...

La noche estrellada, la luz del sol y el agua de los manantiales convertirán tu cuerpo en una fuerza de la naturaleza.

IV
AMA

Pero no ames a LA MUJER, AMA A LAS MUJERES.

No hagas del sexo un símbolo.

Cuando tú conviertes las cosas en un símbolo, ese símbolo te absorbe, así el símbolo divino ha absorbido la inteligencia humana —así la mujer ha absorbido la energía de los hombres.

No es posible la vida sin amor.

Pero es absurdo vivir sólo para el amor.

Tú puedes absorber toda el agua de los mares, tú puedes engullir todas las montañas del planeta y todos los sistemas del Universo, y tu esencia no cambiará.

Pero si tú pretendes absorber totalmente el amor, morirás, porque el amor destruye invariablemente la envoltura que trata de contenerlo.

Todo tu organismo está impregnado de amor y a cualquier esfera de la actividad que tú lleves tu inteligencia y tu voluntad, llevarás ineludiblemente un mundo de voluptuosidad.

V
NO CREAS EN LA FAMILIA

La familia es el primer enemigo del ser que nace, en ella están condensados todos los prejuicios y las ambiciones del mundo, y de ellos serás víctima desde el instante de tu nacimiento.

Todas las gentes de tu familia te impondrán su voluntad, querrán que seas como ellos, que los obedezcas, que los honres.

Tu padre será tu primer tirano, te abandonará y hasta te repudiará cuando tú no quieras escucharlo.

Tus hermanos te enviarán a la cárcel y hasta te darán la muerte por entrar en posesión de tus bienes... Tu familia entera se volverá contra ti cuando tú sientas nacer en ti mismo tu propia personalidad, y en medio de la indignación social tú serás señalado como un réprobo.

Tu corazón mismo flaqueará y te reprochará tus errores, dudarás de ti mismo, y también flaqueará tu esperanza en un consuelo divino.

VI
ARMA TU BARCA Y EMPÚJALA AL OCÉANO

Armate de todas tus armas y baja a la palestra.
No permanezcas inerte en las luchas de la vida.
Arma tu brazo y mézclate en la contienda.
La vida es un empuje.

Si el corazón de una mujer ha destruido tu voluntad, coge ese corazón y conviértelo en un arma, pónlo en la punta del asta rota de tu lanza y con él aniquilarás la falange de todas las dificultades.

VII
NO TEMAS A LA MUERTE

Temer a la muerte es temer a la vida.
¿Qué te importa morir?
¿Qor qué te preocupa la idea de la muerte, si fatalmente tienes que morir?

¿Hay algo que pueda evitarlo, hay algo en la naturaleza que sea indestructible, imperecedero, eterno?

Todo está sujeto al cambio, y la muerte no es más que un accidente de la vida universal.

La inmoralidad la han inventado los hombres para consolarse a sí mismos de lo efímero de la vida.

Éxitos y fracasos de los libros

Los éxitos libreros de las obras que siguieron a *Cuentos de todos colores* fueron modestísimos. *El padre eterno, satanás y Juanito García* me valió la excomunión, y el libro se quedó, no en los anaqueles, sino en las bodegas del librero.

La actividad del Popocatépetl tuvo mejor suerte: en dos años se vendieron veinte ejemplares. En cuanto al famoso *Canto a la vida*, circuló profusamente, pero los estudiantes siguieron metidos en un café de chinos, o jugando al billar en un antro inmundo de las calles de Argentina, o bañando a los transeúntes por puro *sport* cultural.

El fracaso de mis dos libros se debió, en gran parte, a la falta de propaganda. Los editores en México se conforman con imprimir el libro, mal distribuirlo entre los libreros, y se satisfacen con las vacuas reseñas que semanariamente publican en las ediciones dominicales de los diarios, algunos improvisados y pretenciosos críticos, las que nadie lee.

En cuanto a mi pobre grito a la vida, considero que su fracaso se debió a la inconsistencia moral de los estudiantes, a la pereza, que los obliga a seguir la rutina familiar marcada por un tradicionalismo de comodidades y por desconocimiento total de la energía que la naturaleza puede transmitirnos cuando nos acogemos a su seno magnánimo. El estudiante odia la naturaleza.

Hube de convencerme a mí mismo, de que yo había hecho tres obras de una cierta importancia. ¡Estúpido consuelo!

La familia innumerable

Entretanto, había llegado a tocar a las puertas del convento una mujer joven y graciosa cargando un niño. Quería trabajo —un trabajo cualquiera— y le di la chamba de cocinera.

Se instaló, adoptando un estilo muy popular, es decir, muy pobre, en un ángulo de los corredores bajos, y en dos días arregló lo necesario para cocinar. La primera comida que me ofreció era suculenta y abundante. Enseguida llamó a varios cargadores de los que tanto molestan en las afueras del convento, los puso a juntar palos y piedras, de lo que había mucho entre las ruinas, con lo que se construyó un cuarto.

Esta mujer era muy activa, sencilla, agradable, y precioso su niño. Cuando aquel nuevo hogar estuvo completamente terminado, me dijo que si le permitía traer a vivir con ella a su hermana y a su marido con otros niños. Claro que no había inconveniente.

Llegaron los nuevos huéspedes y me pareció conveniente que aquel núcleo familiar se instalase cómodamente. El marido de la recién llegada se llamaba Lucio. Era un muchacho grande y fuerte, que desde el primer momento daba la impresión de serenidad, y de una bonhomía sorprendente. Le encargué hiciese un jacalón para habitación de su familia. En una semana Lucio hizo tres cuartos bastante cómodos, los tapizó con papel de periódico y les puso un piso con la madera vieja que había tirada por todas partes del convento.

Cuando la nueva habitación familiar estuvo terminada, las dos mujeres me preguntaron "si no había inconveniente en admitir a su madre con otros niños". Que vengan —dije— mientras más profanos, mejor. Tras de la madre —doña Crescencia— y los nueve niños, llegaron primas, tías y comadres de las muchachas en número de siete, pero a doña Crescencia, que era la protectora de toda aquella gente, no le pareció justo que otras mujeres, a quienes ella amparaba, se quedasen abandonadas en el lugar donde las había dejado, y después del consabido permiso, las trajo a vivir con ella. Eran dos mujeres en el último grado de la miseria, llenas de paz espiritual y de una habilidad sorprendente para hacer cuanto trabajo se les encomendaba.

Esta doña Crescencia era una mujer de pequeña estatura, enjuta de carnes, de cara arrugada, empenachada de un greñero blanco y rebelde, de carácter firme y de una extraordinaria inteligencia servida siempre por un raro sentido común. Toda aquella familia heterógenea compuesta de diecisiete personas, la obedecía sin parpadear, y doña Crescencia dirigía todos los asuntos domésticos, menos aquellos que se relacionaban con el amor: sus hijas, sus sobrinas y sus protegidas, eran totalmente autónomas en sus sentimientos sexuales: podían tener todos los amantes que les diera la gana. Así, en pocos meses, el pueblo infantil aumentó, con gran complacimiento mío.

Banquetes

Como la prosperidad —nueva profana— había entrado en el convento, no había nada mejor que ofrecer a las amigas y a los amigos que pantagruelescos banquetes cotidianos en el patio o en los corredores, para lo cual todo aquel gentío, hábil en el cocinar, expedito en el servir, incansable, me fue el más preciso auxiliar.

Hubo comidas íntimas de cinco o seis personas, con vino de Chipre, y pipián estilo Jalisco, matrimonio al parecer absurdo, pero que en realidad se llevaba muy bien. Hubo pequeños banquetes de quince o veinte personas en que mis conocimientos culinarios se combinaban con los de doña Crescencia y sus hijas, obteniendo la aprobación unánime de los comensales, gentes muy conocedoras en asuntos culinarios.

Pero hubo, sobre todo, grandes banquetes de cincuenta, setenta y cien personas, en que todo el menú era completamente mexicano.

El gran número de cocineras y galopinas permitía preparar los manjares con gran cuidado y servirlos mejor que en cualquier restaurante del mundo.

Muchos amigos contribuían a la magnificiencia de estas fiestas del paladar. El escultor Ponzanelli enviaba por barriles un delicioso vino de su *tenuta* de Toscana. Mi amigo Quirós, viejo español radicado en Querétaro, mandaba los más exquisitos quesos de sus rancherías; mi compadre Gumersindo, famoso pulquero de Apan, no se conformaba con mandar el suave licor, sino que lo traía personalmente, en parte por galantería y en parte por gozar de la compañía de aquel mundo de gente que venía a comer al convento llena de buen humor y con ganas de emborracharse. A mi compadre Gumersindo había que curarle la cruda después de cada fiesta; la señora Pearson, una dama inglesa de mucho postín, nos enviaba unas deliciosas mermeladas de naranja como no es posible encontrarlas

en ninguna parte, de buenas que eran. En una ocasión, Agapito Croce, propietario del restaurante "Toma", recibió una gran partida de barriles de vino procedentes de Frascati y Castel Gandolfo, y llevó tres al convento. El regalo merecía un banquete especial. Se preparó un estupendo menú a base de platillos italianos y vinieron a comerlos más de doscientas personas. La fiesta duró tres días. Las gentes que podían, regresaban a sus casas, pero al día siguiente estaban de vuelta para continuar el jolgorio; otras preferían quedarse para no perder ni el aroma de los vinos que quedaba flotando bajo las arcadas de los corredores. Íbamos del refinamiento de una comida francesa servida por un gran *chef* de París, a la abundancia de las Bodas de Camacho y a la barbarie de nuestros antepasados de las cavernas.

Los concurrentes eran periodistas, poetas, pintores, escritores y en algunos casos se admitían hasta políticos —toda gente de buen humor, llena de *sprit* y con estómagos de avestruz—. Claro está que el ornamento maravilloso de estos festivales lo formaba la mujer: chicas de las escuelas, alegres y malcriadas, jóvenes señoras recién casadas, todavía sin hijos, que entraban a la vida llenas de esperanza y revestidas de belleza, otras muchachas, más formales que las primeras, artistas, recitadoras, pianistas, muchas de las cuales son ahora célebres; viejas señoras elegantes, cuajadas de joyas, ansiosas de expansión —un mundo femenino sin preocupaciones y sin más finalidades que gozar plenamente.

El patio y los corredores se habían convertido en una feria perenne de la alegría, del buen comer y del mejor beber.

La familia innumerable que se había congregado en cuartos de madera bajo un corredor del claustro contribuía a realzar el milagro de la creación de otra familia más numerosa, la más sólida, la única digna de respeto: la familia de los amigos.

Los grandes negocios

La planificación de la Ciudad de México.— Entre banquete y banquete hubo tiempo de planear grandes empresas —"barriga llena corazón contento"— y mente activa, debería agregarse.

Fernando Galván, fundador de revistas ilustradas que alcanzaron un gran éxito, y ducho comerciante en antigüedades, era entre los más asiduos a los festivales. En uno de ellos me dijo, llamándome aparte:

—Ya basta de banquetes. Vamos a emprender un negocio en grande.

—Emprendamos el negocio —le contesté— y si lo realizamos, aumentaremos el esplendor de nuestras fiestas y agregué con el interés que el caso exigía para crear confianza en el ánimo de mi amigo: —¿qué negocio me propones?

—Desde hace mucho tiempo —me contestó—, tengo la idea de proponer la erección de dos estaciones de ferrocarriles, una para pasajeros y otra de carga.

—Tu proyecto es muy oportuno. La capital de la República carece de ambas cosas. Las estaciones actuales son insuficientes para satisfacer las necesidades del público y del comercio, y además, son horribles. Tu idea es magnífica. Vamos a plantearla.

Desde el día siguiente nos pusimos a trabajar. Instalamos unas oficinas en la calle de Madero número 28 y empezamos a desarrollar la idea de Galván. Pero a medida que nuestros trabajos avanzaban, fuimos llevados, por el carácter mismo del proyecto y por las condiciones especiales de la Ciudad de México, a establecer un programa completo para la planificación de la capital y sobre él se organizaron definitivamente los proyectos, empezando por el primitivo de erigir las dos estaciones centrales de pasajeros y de carga.

Llamamos a colaborar a jóvenes arquitectos de gran empuje y amplios conocimientos en planificación: Carlos Contreras

y Mendiolea, entre otros; el ingeniero León Salinas, director de los ferrocarriles, nos proporcionó los ingenieros técnicos para la transformación de las terminales, y ayudó a la empresa con dinero; obtuvimos en opción, dentro de la Ciudad de México y sus alrededores, cincuenta y ocho millones de metros cuadrados para la erección de las estaciones, colonias para los ferrocarrileros y otras colonias populares y se ultimaron los proyectos generales para la planificación de la ciudad.

El proyecto global fue presentado al señor ingeniero Pani, Ministro de Hacienda, y por él aprobado.

Nuestro plan fue expuesto al señor Elischa Walker, Presidente de la firma Blair and Co., de Nueva York, quien lo aprobó también y envió al señor Wisse a la Ciudad de México para formalizar la empresa. La casa Blair and Co. la financiaba con sesenta millones de dólares. Recuperaba el capital invertido mediante el aumento del valor de los terrenos que nosotros ofrecíamos y de las construcciones que en ellos se levantaran, obteniendo una ganancia del 10 al 20%. El señor ingeniero Pani pasó la proposición al señor licenciado Fernando de la Fuente, entonces Jefe de crédito de la Secretaría de Hacienda, quien dio un informe favorable.

Galván volvió a Nueva York con el señor Wisse y se ultimaron los arreglos de la empresa, ofreciendo al señor Elischa Walker depositar inmediatamente diez millones de dólares en el banco que el gobierno de México designase, para garantizar el contrato.

Entre tanto Galván y yo habíamos traído a los más prestigiados peritos norteamericanos en la construcción de estaciones ferrocarrileras, en la planificación de ciudades, en la organización del drenaje y en la construcción de caminos.

Cuando todo estaba listo, una inexplicable cortina de silencio cayó sobre la empresa, y no la pudimos romper ni el señor Walker con sus millones ni nosotros con nuestra influencia en México, y como el silencio se prolongó, las opciones sobre

terrenos fueron perdiéndose, la dirección de los ferrocarriles abandonó nuestras proposiciones y elaboró otros proyectos por su cuenta, y perdimos el apoyo de la fuerte casa neoyorquina.

Todas nuestras gestiones cerca del gobierno fracasaron y la Ciudad de México perdió la única ocasión que se le presentaba para transformarse en una urbe verdaderamente moderna.

Oro más oro

El misterioso fracaso de la Compañía planificadora no me aplastó. Nuevas posibilidades de plantear grandes negocios se presentaban.

Durante mis expediciones a través de la República yo había adquirido un cierto conocimiento de la riqueza aurífera del país y esta noción hizo nacer en mí la idea de una posible explotación, en grande escala, de las zonas que ofreciesen mayores ventajas. Después de varias exploraciones hechas en Chihuahua, Sonora, Jalisco, Nayarit y Oaxaca, de estudiar la historia de la minería en México, y asesorándome de la experiencia de viejos mineros, me decidí a prospectar ampliamente las zonas de Peras y Cerro Colorado en Oaxaca.

Con ingenieros y gambusinos oaxaqueños, mineros por tradición, con el ingeniero De la Cerda y dos ingenieros americanos, formé un grupo y estudiamos Peras y Cerro Colorado, donde hice vastos denuncios y se llevaron a cabo trabajos completos de exploración que dieron óptimos resultados. Se pudo establecer un programa de explotación en dos vastas zonas auríferas, que tenía como finalidad dotar al gobierno de México de un *stock* de oro en la Tesorería de la federación.

La Secretaría de Hacienda comisionó a un grupo de técnicos presididos por el ingeniero Zebada para rendir un informe sobre mi proyecto y sobre su coste, informe que fue comple-

tamente favorable. Firmé un contrato con la misma Secretaría de Hacienda, y los trabajos se empezaron bajo la dirección del ingeniero Ignacio L. Bonillas, siguiendo los lineamientos de mi proyecto.

El gobierno financió la empresa con un millón de pesos, y al cabo de un año se habían obtenido los siguientes resultados en Cerro Colorado:

I.— Un socavón abierto en una veta de veintiséis metros de potencia con leyes medias de cinco gramos de oro y cuatro kilos de plata;

II.— Un tiro al terminar el socavón para cortar las vetas ricas que daban leyes de 11 gramos Au y veinte kilos Ag;

III.— Una serie de exploraciones de vetas laterales, algunas superficiales, que dieron leyes iguales a las anteriores;

IV.— Mil cuatrocientas toneladas con ley de 11 gramos Au por 24 kilos Ag depositadas en el patio.

V.— El señor ingeniero Bonillas hizo la cubicación del mineral a la vista en el socavón y en el tiro y llegó a la conclusión de que su valor total ascendía a nueve millones de dólares.

Nuestra empresa abrió un camino desde Mitla hasta la boca de la mina; se costruyeron casas para el personal y los obreros, se estableció una línea de camiones públicos que hacían cuatro o cinco viajes al día de Oaxaca a la mina, movimiento que provocó el nacimiento de un pequeño pueblo sobre Cerro Colorado.

El ingeniero Bonillas y sus colaboradores técnicos rindieron un informe afirmando que "los trabajos habían alcanzado las vetas ricas de la región" y que "su potencia prometía resultados excepcionales".

En resumen: el gobierno había gastado un millón de pesos, y yo le presenté una mina con mineral a la vista con valor de nueve millones de dólares y en el momento de encontrar tres grandes vetas, más ricas que las explotadas.

Pero el gobierno consideró que nuestra empresa no tenía carácter comunista, y después de que el ingeniero Sr. Marte R. Gómez, Secretario de Hacienda, la sostuvo contra viento y marea en vista de los importantes resultados obtenidos, su sucesor, el licenciado Suárez, tuvo a bien cancelar el contrato que yo había firmado y se me dio una indemnización por los daños que me causaban.

En realidad, los daños los sufrió el país, porque el gobierno tiró el dinero, y destruyó la posibilidad de acumular en la Tesorería de la nación un *stock* de oro —finalidad de mi proyecto.

Los esfuerzos hechos posteriormente para renovar la explotación en Cerro Colorado fracasaron en Estados Unidos y en Inglaterra, porque ninguna compañía tuvo confianza en el gobierno que acababa de aniquilar una empresa floreciente patrocinada por el gobierno mismo.

* * *

Las gestiones encaminadas a obtener el fuerte capital que se necesitaba para volver a trabajar Cerro Colorado fracasaron también en México. Escribí un libro: *Oro más oro*, para demostrar la importancia de nuestra empresa, la defendí en *El Universal* y en otros periódicos, inútilmente.

Ante un fracaso tan rotundo, determinado por la política, abandoné las pertenencias que amparaban nuestras vetas, las casas, la pequeña escuela y el camino. Hoy Cerro Colorado ha vuelto a ser lo que fue siempre: un desierto.

Todo lo que he apuntado en este capítulo de "Oro más oro" y en anterior intitulado "La planificación de la Ciudad de México", dicho así, a la ligera, sólo alcanza a poner vagamente ante los ojos del lector la importancia de estos fracasos, pero su verdadero carácter y su historia completa son una vergüenza para los gobiernos de México.

Ante esta vergüenza, y ante mi formidable desastre financiero, era necesario demostrarme a mí mismo, y demostrar al gobierno que no sólo de oro vive el hombre, sino también de arte y de belleza.

Mercedes

Después de las nueve de la noche, todo el barrio de la Merced permanece sumido en un profundo silencio. El tremendo ajetreo cotidiano termina poco después del oscurecer y todo queda en una calma oscura y pestilente.

Las barracas de madera que se levantan sobre las aceras forman callejones estrechos, oscuros y llenos de cajones vacíos abandonados. La luz escasea y la policía nunca aparece por estos lugares, donde los asaltos y los escasos transeúntes se verifican una noche sí, y otra también.

Por uno de esos callejones sombríos avanzaba a pasos rápidos una mujer, no, una jovencita: pude verla cuando al atravesar el claro entre dos barracas, la luz de un foco la iluminó plenamente.

Me pareció muy extraño que a hora tan avanzada, y en aquel lugar tan peligroso, anduviese sola una muchacha tan joven, e instintivamente me detuve. Ella se escondió en el espacio vacío de un puesto, y enseguida corrió al extremo opuesto de la calle, a ocultarse detrás de otra barraca, y allí permaneció quieta, tal vez tenía miedo. Yo suponía donde estaba, pero ella me veía claramente porque la luz de un gran foco me iluminaba.

—Señorita —le dije en voz alta—, es imprudente que usted ande a estas horas por estos lugares. Voy a acompañarla hasta que salga de estos callejones.

—No se moleste —contestó una voz infantil, de tono profundo y armonioso—. Voy a mi casa. Vengo del convento, a donde fui a buscar al doctor.

—Pues el doctor del convento soy yo —le dije—, ¿en qué puedo servirla?

Salió corriendo del escondite y vino hacia mí.

—Sí, usted es el doctor, lo reconozco porque lo he visto en los periódicos. Vine a que me regalara unos libros.

—¿A estas horas? —eran más de las diez de la noche.— Vamos por ellos.

Caminamos en silencio hasta el portón, lo abrí y la invité a pasar.

Los corredores del convento estaban siempre iluminados por grandes focos colgados de los techos, y a su luz pude ver a mi pequeña admiradora. Era una preciosa criatura. De cuerpo grácil y flexible, y caminaba con mucha gracia. Cuando en el gran refectorio mercedario que me servía de oficina yo le entregué los libros que me pidió, le vi las manos. Me parecieron maravillosas, manos largas y flexibles, de una prodigiosa armonía lineal. No pude menos que decírselo. Ella se vio la mano que tenía libre, la observó por todos lados y mirándome, entre inocente y coqueta, me dijo:

—Nunca se me había ocurrido que yo tuviera manos bonitas, ni nadie me lo había dicho. Y con el manifiesto deseo de evitar nuevos elogios, se puso a examinar los dibujos y los cuadros que había colgados en las paredes. Miraba despacio, pasando de un cuadro a otro, y volviendo hacia los que ya había visto, para hacer comparaciones. Yo la dejaba hacer.

—¡Cuántos, cuántos son! ¡Y qué raros! Yo nunca he ido a los cerros, pero así los he soñado —y luego agregó, obedeciendo a un pensamiento muy espontáneo: ¿es muy difícil dibujar?

—No —contesté—, es tan fácil o tal difícil como cualquier otra cosa. Depende de nuestro modo de ser, del interés que tengamos, de nuestra íntima disposición.

—Yo creo que podría hacer unos dibujos tan bonitos como éstos, con un poco de empeño.

—Con esas manos que usted tiene, puede hacerlos mucho mejores.

Ella rió y con la mayor sencillez me dijo:

—¿Me quiere usted regalar uno?

Ante el deseo de aquella muchacha tan bonita, mi vicio de regalar mis dibujos se intensificó hasta el paroxismo y quise regalarle cuanto había en el salón y ponerlo a sus pies —que seguramente eran tan bonitos como sus manos— pero me conformé con decirle: —escoja usted los que quiera.

Yo pensé que iba a descolgar uno cualquiera y decirme: éste me gusta, pero después de una larga inspección, empezó a descolgar dibujos, y los iba colocando en el suelo contra los muebles, y cuando ya tuvo una gran cantidad seleccionada, empezó a escoger los que le gustaron, los fue poniendo aparte, y siguió repitiendo la operación hasta que seleccionó dos, que eran entre los mejores, y entonces sí me dijo: estos dos me gustan más. Yo alabé la selección que había hecho, y finalmente se me ocurrió ofrecerle un asiento. No nos habíamos sentado en cuatro horas. Se sentó y me dijo que quería que yo la llevase a los montes todos los domingos, y quiero, también, que me lleve usted al Popocatépetl.

—Iremos a todos los montes del mundo, desde el cerro de la Estrella al Himalaya, pero mucho me temo que desde este momento estamos preparando mal el terreno para que a usted la dejen salir de su casa a un paseo conmigo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque va usted a regresar muy tarde y la van a reprender.

—¿Qué hora es?

—Las dos de la mañana.

Abrió los ojos desmesuradamente, hizo una aspiración, se llevó la mano a la boca y repitió:

—¿Las dos de la mañana?... Me van a dar una regañada terrible, y seguramente me pegarán. No me gusta que me re-

gañen y mucho menos que me peguen. Si me pegan, me vengo a vivir aquí.

—De cualquier manera, concluí yo, vámonos, la voy a acompañar a su casa.

Salimos, ella muy alegre con sus dibujos y sus libros y yo, francamente, muy mortificado porque me consideraba responsable del daño que yo iba a causar a aquella pequeña tan bonita, tan entusiasta, y tan extraña.

Por las calles desiertas y silenciosas me iba contando las cosas de su familia, cómo vivía y cuán grande era su pobreza. De repente se detuvo y me dijo: se me había olvidado decirle cómo me llamo: soy Mercedes, y tengo una abuelita muy buena pero muy regañona.

—Y ¿no tiene usted papá? —le pregunté.

—Sí señor, cómo no he de tener, nomás que es muy malo y a mí y a mis dos hermanas, que somos hijos de la primera señora, nos tiene abandonados y vive con otra señora y otra familia.

—Pero, ¿por qué no va usted a verlo, sea o no un hombre de recursos y le cuenta usted su situación?

—Él debía venir a verme a mí, dijo con fiereza. Yo soy una mujer y él es un hombre muy rico, es dueño de la tienda "El río Duero", aquí, por las calles de Uruguay, y tiene muchas casas y automóviles.

—¿"El río Duero"? Entonces su padre de usted es el señor don Fernando Fernández...?

—El mismo.

—¡Pero criatura —dije en un tono de reproche multiforme—, su padre de usted es uno de los gachupines más ricos de México!

—¡Y a mí qué me importa! Mi abuelita y yo trabajamos, mis hermanos nos ayudan y comemos muy a gusto, nada más que no me dejan la libertad que yo quisiera, y por la menor cosa me regañan.

—Pues ahora le van a echar a usted un chorro de regañadas.

En estas pláticas llegamos a su casa y yo le dije: si la regañan a usted o la corren de su casa, allí está el convento a su disposición.

Una profana excepcional

Al día siguiente, es decir, ese mismo día porque yo me separé de Mercedes a las tres de la mañana, una de las muchachas de la colonia patieril subió a mi celda de la azotea cerca de las once y me dijo:

—Señor, ahí abajo está una señorita con un veliz que dice que se viene a vivir con usted.

—¿Conmigo...? —dije yo sorprendido y sin recordar nada de lo que había acontecido algunas horas antes—. Instintivamente me asomé sobre la cornisa y vi a la señorita. Era Mercedes. Estaba sonriente en medio del patio. Me vio y me dijo de la manera más natural del mundo: me corrieron de mi casa, y aquí estoy.

Yo bajé de prisa a recibirla. La acogí con entusiasmo, la tomé de las manos y la llevé frente al grupo de las mujeres que formaban la colonia, a las que dije:

—Muchachas, aquí tienen ustedes esta criatura para que la atiendan como si fuera la hija de todas.

La vieja doña Clemencia, despacio, y muy ceremoniosamente, se acercó a la niña, la abrazó suavemente y le dijo: pase usted, mi alma, aquí vivirá con nosotros. Mercedes estaba encantada.

Otro ángel emanado de las sombras de la noche se había posado entre las ruinas del convento, pero éste no venía de visita: llegaba a vivir en él.

Ya entrada la noche, yo me paseaba por las azoteas, pensando que en cualquier momento alguien podría venir a llevarse a la nueva profana: la abuelita regañona o el padre

desconsiderado, o algún hermano, y, francamente, me entró un gran desasosiego. Yo no la dejaría salir por ningún motivo. Pero me distrajo de mis pensamientos un continuo chapotear en la gran fuente que estaba en medio del patio. Me asomé a ver. Era Mercedes, que se bañaba a jicarazos. Esta niña, me dije, es de mi propia estirpe, bárbara, alegre y acuática.

Esa noche Mercedes durmió con aquel enjambre de mujeres que habían hecho una colonia en el patio, pero al día siguiente, entre Lucio, unos carpinteros y yo, le construimos un cuartito de tablas, techado con cartón y forrado con papel de periódicos, porque no lo quiso diferente de los que ya existían, lo amueblamos con unas cuantas sillas, un ropero y una cama y lo pusimos a disposición de la recién llegada. Ella le agregó un tocador, menjurjes para la cara, jabones de diez o doce clases y un montón de toallas.

Desde el día siguiente de su instalación en su pequeña vivienda, Mercedes se dio en cuerpo y alma a arreglar, así decía ella, los cuadros, los dibujos, los libros, los muebles, y cuando llegó Carmen, la secretaria, se declaró su ayudante.

Ángel, el santo portero, que abrió las puertas a mi felicidad, se había ido del convento con su mujer y sus niños, en medio de un duelo general, y Lucio lo sustituyó.

En una semana, la nueva y extraña profana había transformado el convento. Llenó el patio de plantas, haciendo agujeros en todas partes; puso macetas en las cornisas de las azoteas; revolvió todos los dibujos; colocó al revés todos los libros. Carmen y yo la dejábamos hacer. Nos había seducido a todos por su belleza, su inteligencia aguda y su gracia extraordinaria.

Bombas volcánicas

—Yo quiero ayudarte en todo. Ya arreglé el convento, ahora me voy a arreglar yo para ser tu secretaria callejera. Te voy a acompañar a todas partes. Cómprame vestidos, porque estos

que traigo, tapan pero no adornan, y cómprame todo lo que debe tener una muchacha como yo.

—Una muchacha como tú —le dije— debería estar en un trono dirigiendo los destinos del mundo.

(Yo exageraba un poco, pero en realidad Mercedes estaba dando pruebas de un espíritu dictatorial, capaz de dirigir, o de desorganizar los destinos del Universo.)

Le compré todo lo que quiso, entre otras cosas, un equipo de deportista, porque su grande ilusión era excursionar. Nunca había salido al campo y tenía ansias de libertad, de grande aire, de respirar en la cima de los montes, de andar, andar.

Yo no quise persuadirla de que para excursionar no se necesita más que un traje cualquiera, una cobija, unos zapatos viejos y unas piernas de cabra.

Las visitas a las oficinas públicas donde yo tenía algunos negocios, o a las redacciones de los periódicos o a las librerías, no parecieron interesarle muy seriamente, y, sin embargo, en pocos días se posesionó de toda la red de mis asuntos y los manejaba con la habilidad del gerente de una negociación importante.

Pero desde el primer día que fuimos de excursión a las faldas del Ajusco, yo vi a Mercedes saturada de satisfacción. El descubrimiento de la naturaleza la hizo adquirir una vida nueva, llena de sorpresas.

Todo le parecía maravilloso. No podíamos dar dos pasos sin que se detuviese delante de una piedra, o del tronco de un árbol o de una flor para hacer un elogio, o una pregunta.

Las nubes que rodaban en el cielo la llenaban de asombro y los bosques le parecían cosas de ensueño.

Después de la primera excursión a las faldas del Ajusco, nos dedicamos a explorar toda la montaña. Durante semanas y meses recorrimos las serranías del Valle de México. Mercedes era afectísima a llevarse un recuerdo de este monte, de aquel bosque, de cualquier pedregal... Este asunto de los re-

cuerdos a mí me pesaba bastante, porque era yo quien los cargaba.

Una vez, caminando por las vertientes del pequeño volcán apagado de San Pablo, se encontró una piedra partida que le llamó la atención, y me preguntó:

—¿Por qué tiene esta piedra un corazón como de esponja?

Me incliné y vi la piedra. Era un bomba volcánica partida en dos pedazos, que contenía, en forma muy visible, su antiguo núcleo esponjoso.

Le expliqué con todos sus detalles lo que era la bomba, cómo había salido del cráter, a cuya vera estábamos, se la mostré por el exterior, con su aspecto de corteza de pan, y le hice notar cómo parecía algo hecho a mano, especialmente su parte inferior, que mostraba una verdadera espoleta tan perfecta como si hubiese sido fundida en un molde.

—Ésta, dijo Mercedes, después de escuchar con mucha atención, la vamos a poner encima de tu escritorio.

La colocamos en el ayate, pero como desgraciadamente mi lección había fructificado, Mercedes, durante toda la excursión no hizo más que buscar bombas, y quería que yo cargara con todas las que encontró. Tres escogimos como muy hermosas, las acomodamos en el ayate y me lo eché a la espalda, estilo indio, pero cuando llegué a la estación del ferrocarril yo tenía el lomo matado como el de un burro pobre y trabajador.

En otra ocasión la llevé al Pico de Orizaba, arriba de la Cueva del Muerto, donde puede admirarse una exposición lateral, muy reciente, que arrojó una inmensa cantidad de bombas. Estaba seguro que la pequeña amante de estos curiosos proyectiles haría grande acopio, y en previsión me llevé dos mulas con canastos para que la niña no me convirtiese, como de costumbre, en una acémila.

Mercedes llenó los canastos de bellos ejemplares, casi todos del tipo que los geólogos llaman de *croutte de rain*, pero no me escapé de seguir ejerciendo las funciones que yo había

creído delegar completamente a otros animales más fuertes que yo, y me cargó con una bomba que pesaba diez kilos, y que en realidad era un ejemplar admirable.

La oficina y la celda conventuales se habían convertido en un museo vulcanológico, pero por un extraño fenómeno de la dinámica geológica, las bombas explotaron de nuevo en mi corazón.

Una exposición y una monografía

De las excursiones no acarreábamos solamente bombas, ramas de pino o extraños animales; traíamos también dibujos y pinturas, y con ellas, juntamente con el material del convento, hicimos la segunda gran exposición en el patio y en los corredores, que fue magnífica. Una monografía, *el paisaje*, la acompañó.

Los cerros y las montañas del Valle, los cráteres del Ajusco, sus bosques de pinos, las arideces de la sierra de Pachuca, el lago de Texcoco, aparecieron reproducidos en pinturas y dibujos cobijados en los corredores o exhibidos en el mismo patio a la luz del sol.

Mercedes lo arregló todo. Colocó los cuadros más grandes sobre los montones de tierra que se levantaban en distintos lugares, inventó unos marcos muy raros, especie de caballetes, para que las pinturas pudiesen lucir mejor, y discurrió que "los dibujos no debían llevar vidrios, porque parecían espejos".

Una amiga mía, muchacha inteligente y muy hábil, convirtió una manifestación de arte, en un negocio. Dicen que así debe ser y así fue porque produjo mucho dinero.

Pero los visitantes, más que en la primera exposición, fueron lo que más me interesó.

Colocado el convento en el centro del mercado más importante de la ciudad, pasan forzosamente frente a sus muros las

decenas de millares de gentes que van a surtirse de toda clase de comestibles, y cuando aquel inmenso gentío vio abierto el gran portón, en cuyo centro había un gran rótulo que decía: "Exposición: entrada libre", se derramó como un torrente por los corredores y el patio. Cinco o seis mil personas diarias, durante un mes, posaron sus ojos sobre mis obras.

El noventa por ciento de esos visitantes eran gente del pueblo o de la clase media que no sabían una palabra de pintura ni de dibujo, pero en su mayoría poseedoras de un grande espíritu de observación y de un sólido sentido común. Las mujeres parecieron siempre más interesadas que los hombres. Miraban más despacio, con más atención discutían delante de los cuadros, y daban opiniones sorprendentes, sorprendentes a veces de ingenuidad y aveces reveladoras de una extraña intuición o se interesaban por comprar.

Una mañana, una mujer que entró con un canasto lleno de verduras, recorrió varias veces un corredor donde había más de cien dibujos, y estuvo paseando delante de ellos durante largo tiempo y observándolos con mucha atención. Yo lo noté y me acerqué para atenderla. Era una mujer del pueblo, muy ruda pero sonriente. Le dije que yo era el autor de los dibujos y que me complacía mucho que le gustaran.

—Están muy bonitos, no me canso de mirarlos. ¿Y se venden? —agregó con mucho interés.

—Claro, repuse yo, para eso están allí, para venderse.

—¿A cómo da usted la docena? —me preguntó como si se tratara de comprar jitomates o naranjas.

—Pues mire usted, dije asumiendo un aire de verdadero vendedor: si usted se lleva una docena de dibujos, se los pongo más baratos, pero cada uno tiene distinto precio.

—Bueno, dijo la mujer, uno con otro, ¿a cómo sale la docena?

—Mire usted —y cogí un lápiz y un papel y simulé que hacía cuentas—, uno con otro, le pongo la docena a ciento veinte pesos.

Yo dije esto muy formalmente, y la mujer se quedó meditando largo rato, luego declaró:

—No tengo tanto dinero, ¿pero si me llevo uno me lo pone a precio de docena?

—Claro está.

La mujer dejó el canasto en el suelo y se puso a mirar de nuevo muy atentamente dibujo por dibujo, y yo esperé. Al cabo de un rato volvió a donde yo estaba y me dijo:

—Señor, la verdá, no sé cual escoger. Todos me gustan, pero yo no me voy sin un dibujo. Al precio de docena, ¿cuánto sale uno?

—Oiga usted señora, para que usted se vaya contenta, le voy a dejar el que usted escoja, en diez pesos.

La mujer se quitó un pañuelo de la cintura, desamarró el nudo que traía en una de sus puntas y extrajo el dinero que dentro había. Contó con mucha dificultad seis pesos cincuenta centavos.

—No me ajusta, pero le voy a pedir prestado a mi comadre doña Petrita, que está aquí nomás junto a la puerta, orita vengo.

Me dejó los seis pesos cincuenta centavos en la mano, y salió en busca del faltante. Al poco rato volvió y me lo entregó. Descolgué el dibujo elegido, se lo di y la mujer se fue diciendo: ¡lástima que están tan caros, si no me llevaba la docena!

Nunca hice una exposición que me produjese mayores satisfacciones que ésta, y no ciertamente por los beneficios pecuniarios que me dejó o por las críticas atrabiliarias publicadas en diarios y revistas, sino porque fue iluminada por la admiración inconsciente de millares y millares de gentes ingenuas que gozaron plenamente ante las obras que yo había hecho, también ingenuamente, frente a los montes y los llanos.

El éxito pecuniario y las críticas de la prensa me dejaron indiferente, pero lo que me llenó de amargura fue la actitud

de la señorita que se había convertido en la administradora de la exposición, y la de Mercedes, cuando supieron que yo había vendido un dibujo a la mujer del pueblo en diez pesos. Se pusieron furiosas y renunciaron a seguir patrocinando lo que ellas llamaban "un negocio". Afortunadamente, a las pocas horas reconsideraron la renuncia, y volvieron a sus puestos temerosas de que yo vendiese toda la exposición por un vaso de café con leche.

Panegírico de las Iglesias

Alberto J. Pani, Secretario de Hacienda, cultor de las artes, y mi viejo amigo, tuvo la idea de que alguien calificase, contase y pusiese en valor, literaria y gráficamente, las iglesias de México, y le pareció acertado nombrarme para ese trabajo. Hasta la víspera de realizarlo, nadie sabía ni el número de los templos grandes y pequeños que habían en el territorio de la República, ni a nadie se le había ocurrido determinar el carácter de cada uno de ellos dentro de definiciones adecuadas.

Se habían adoptado clasificaciones europeas para pegarlas como etiquetas, arbitrariamente por supuesto, a las obras arquitectónicas de la Colonia. Los críticos no alcanzaban a comprender que existían modalidades típicamente mexicanas, verdaderos estilos regionales que constituyen otras tantas expresiones diferentes de las manifestaciones arquitectónicas europeas, aunque de ellas se deriven.

Definir los estilos de la Colonia y establecer su valor artístico e histórico, constituyó la base de la obra que el ingeniero Pani me encomendó, pero comprendí que mi cultura y mi temperamento no alcanzaban a llenar todos los postulados del programa, puesto que yo no soy un historiador, y hube de recurrir a la ayuda de dos estudiosos muy competentes: el Sr. Manuel Toussaint y el Sr. ingeniero J. R. Benítez, y así, la obra *Iglesias de México*, en seis volúmenes, apareció bastante completa.

Primer volumen de iglesias de México.— Está dedicado exclusivamente a la cúpula.

La cúpula es en las iglesias de México el ornamento supremo y el más típico. Ningún país posee la variedad de tipos de cúpulas ni puede presentar un número tan grande. Me quedo corto diciendo que sobre las grandes y pequeñas iglesias del país se levantan más de mil cúpulas. Ellas forman en el grandioso paisaje mexicano floraciones que armonizan con las arboledas y los montes.

El campanario es una cristalización ascendente.

Él representa en las iglesias cristianas, colocado junto a las fachadas o sobre los pórticos floridos, un espíritu de elevación.

La cúpula es una síntesis espacial.

Ella representa sobre las naves de los templos la expansión espiritual del sentimiento religioso.

Nacida en tierra iraní y trasplantada a Occidente, la cúpula floreció, sobre todo en Italia, y tuvo su máxima expresión sobre los muros polícromos de Santa María dei Fiori.

Transportada a México, esta admirable concepción arquitectónica se desarrolló en la vieja tierra de Anáhuac —que no había conocido la curva— prodigiosamente.

Y la cúpula fue el ornamento de las soberbias iglesias metropolitanas, de los pintorescos templos de los pueblos, de las pobres capillas de los campos, y en ellas se explicó con mayor elocuencia y con extraordinaria abundancia el sentimiento artístico popular.

En este primer volumen se definieron los principales tipos de cúpulas de México y se señalaron sus características, ilustrándolo con magníficas reproducciones fotográficas de Kahlo y otros con dibujos acuarelados a mano.

El segundo volumen.— Totalmente escrito por Manuel Toussaint. Constituye la primera monografía histórico-crítica

de la catedral metropolitana, la que le ha servido de ejemplo a las obras posteriores que se ocupan del mismo asunto.

Manuel Toussaint realizó en este volumen la más justa valorización que se haya hecho de la máxima iglesia metropolitana, y el fotógrafo Kahlo colaboró con sus fotografías.

El tercer volumen.— Está dedicado a los tipos que pueden considerarse como mexicanos y que se levantan en el Valle de México, a los que di la denominación de "tipos ultrabarrocos".

Al hacer el estudio comparativo entre el barroco italiano, el español y el mexicano, encontré que este último, absurdamente definido como "churrigueresco", tenía características muy especiales que lo diferencian de los tipos europeos y lo presentan con modalidades exageradas, más audaces, y no sabría yo decir precisamente si es un producto decadente o algo nuevo.

El grupo que comprende las innumerables iglesias pueblerinas y las grandes iglesias citadinas, ornadas de prodigiosos altares dorados y policromados, no cabe dentro de ninguna denominación de las que se habían adoptado antes de que apareciese este volumen.

Evidentemente que la parte puramente arquitectónica, al mismo tiempo que el ornamental, provienen, a veces del barroco español, y en muchas ocasiones directamente del italiano, pero albañiles, canteros y ornamentistas mexicanos hicieron con los elementos importados un estilo nuevo, arbitrario, polícromo, y en el caso de los altares de una fantasía y de una riqueza verdaderamente prodigiosas. La mayor parte de las ilustraciones de este volumen se deben al fotógrafo Kahlo.

El cuarto volumen.— Está dedicado a definir y poner en valor el tipo de la arquitectura poblana religiosa, dentro de la que caben templos magníficos como La Merced y San Francisco, centenares de pequeñas iglesias hechas como maquetas de escultor, con fachadas, campanarios y cúpulas

policromadas, interiores verdaderamente magníficos como la capilla del Rosario y preciosos templos erguidos sobre las colinas de los valles de San Francisco Acatepec y Santa María Tonanzintla.

En ninguna región de México el policromismo alcanzó un desarrollo tan importante y una correlación tan completa con el ambiente como en Puebla, y tampoco en ninguna ciudad de la República la cúpula alcanzó un desarrollo tan ampliamente como en estos valles y montes del estado de Puebla.

Este volumen está ilustrado con las fotografías de Kahlo, siempre excelentes y gran número de dibujos del autor.

Volumen quinto.— Está dedicado a los altares. En él se hace una clasificación de todos los tipos de ornamentaciones interiores de las iglesias y se definen con precisión las características de la exornación ultrabarroca, a cuyas modalidades pertenecen la mayor parte y los más bellos altares de los templos mexicanos.

Volumen sexto.— El volumen sexto es una recopilación de tipos religiosos arquitectónicos de 1525 a 1925 y está redactado e ilustrado por los señores Manuel Toussaint, el ingeniero I. R. Benítez y el que esto escribe.

Toussaint hace una síntesis muy clara del carácter de las iglesias y conventos que se erigieron durante la segunda mitad del siglo XVI, y su trabajo constituye, junto con el del ingeniero Benítez la parte más importante de este último volumen. El ingeniero Benítez expone un cuadro estadístico sobre el desarrollo de las construcciones religiosas en el virreinato, que pone ante nuestros ojos el desarrollo de las construcciones eclesiásticas en México durante 1700. De principios de 1700 a fines de 1750 se construyeron cinco iglesias por mes, o sea tres mil en cincuenta años. Esta furia religiosa explica por qué México se empobreció desde esa época, no sólo por la inversión casi total de los capitales y de la mano de obra en trabajos que no aportaban utilidad pública, sino

porque se descuidó totalmente el cultivo de los campos, el fomento de las industrias y la política fue, fundamentalmente, una política al servicio de la iglesia.

Epílogo de Iglesias de México.— Estas monografías editadas por la Secretaría de Hacienda, empezadas por iniciativa del señor ingeniero A. J. Pani, durante el desempeño de su cargo como Secretario, y terminadas por el señor don Luis Montes de Oca al hacerse cargo de la jefatura de la misma Secretaría de Hacienda, están hechas como las iglesias que describen —sin un plan fijo— pero con vigor y con el espíritu nuevo —tiene un carácter fundamental crítico— una finalidad bien clara: determinar con precisión, y lógicamente, el valor de los componentes plásticos de los diversos tipos que forman la arquitectura levantada durante el virreinato.

—Encierran errores y contradicciones— que los críticos venideros corregirán.

—Les falta exposición gráfica y crítica de diversos monumentos importantes.

—Pero es el único trabajo en el cual puede encontrarse una clasificación racional de la arquitectura post-azteca.

En los seis volúmenes que componen esta serie, están definidos y clasificados los tipos que forman nuestro estilo nacional —el ultra barroco.

La importancia histórica, literaria, crítica y artística de la obra que se elaboró dentro del convento, fue encerrada en una magnífica edición dirigida por el ingeniero Rafael Loera Chávez, la que le valió cálidos elogios del Instituto d'Arti Grafiche di Bergamo y de la prensa de México.

Diatribas contra la Iglesia

Si los seis volúmenes de *Iglesias de México* constituyeron, en su parte fundamental, un elogio a la actividad educadora y artística de la Iglesia católica, la obra en que yo iba a tomar parte

inmediatamente después, fue, desde su carátula hasta la última palabra de sus conclusiones, un ataque cerrado contra la Iglesia católica.

A mi convento llegó, recomendado por mis amigos de Italia, un muchacho de fuerte complexión, de firmes rasgos faciales y con toda la apariencia de un hombre combativo. Guillermo Dellhora traía consigo una abundantísima documentación concerniente a la prostitución de la Iglesia católica desde fines de la Edad Media, y venía con la intención de hacer un libro suficientemente extenso y ampliamente ilustrado para reconcentrar esa documentación.

Me comunicó su proyecto, organizamos los textos y las ilustraciones, e hicimos un plan. Antes de empezar se necesitaba saber si existía un editor, o un patrono que tuviera el dinero y el valor para publicar una obra de esa especie.

Con el plan en la mano, fui a ver al licenciado Emilio Portes Gil, ex Presidente de la República y Secretario de Gobernación. El plan fue aprobado y contamos con el dinero necesario para editar la obra, muy costosa por la cantidad de ilustraciones y el papel que habíamos escogido para imprimirla.

Se trataba, en resumen, de escoger y ordenar las opiniones de los más importantes escritores, filósofos, poetas, hombres de ciencia, desde el año de 1100 hasta 1930 aproximadamente, y adjuntar las tremendas críticas de santas, santos y pontífices que habían tronado contra la Iglesia. El texto sería ilustrado, en su mayor parte por dibujos y pinturas de Ratalanga y de Podrecca, que habían realizado una violenta campaña contra el Vaticano allá por el 1900, en aquel célebre semanario que se llamó *l'Asino*, el órgano más anticlerical de Europa y el más leído.

Yo había conocido en Roma a los dibujantes de este semanario y a sus redactores y en muchas ocasiones tomé parte muy activa en la campaña anticlerical, especialmente en los ataques a la Iglesia que se derivaron del descubrimiento he-

cho por los redactores de *l'Asino* en el Baldachino de la Basílica de San Pedro, en donde Bernini y sus discípulos contaron, en relieves de mármol, la bellaquería de la familia del Pontífice y del Pontífice mismo. Este descubrimiento causó sensación en el mundo, y los que en él tomamos parte y lo expusimos a la consideración de los pueblo, nos cubrimos de gloria, de la cual formaba parte una solemne excomunión del Vaticano.

Así pues, el joven italiano que llegaba recomendado por mis amigos, cayó en un terreno propicio; iba a contar con la colaboración de un hombre que ya había hecho en Italia una labor semejante a la que el recién llegado pretendía realizar en México, que se había convertido oficialmente en un país anticlerical. El licenciado Portes Gil, dado su alto puesto, estaba en condiciones de patrocinar la obra propuesta por Guillermo Dellhora.

Traduje al español las palabras candentes de santas y santos, de pensadores del Renacimiento, de filósofos franceses, de políticos italianos del Resurgimiento, y agregué las mías.

Se organizaron las ilustraciones, que si no eran vigorosas expresiones plásticas sí alcanzaban a despertar los sentimientos de la mayoría de las gentes. Se hizo un volumen de cuatrocientas páginas, que Rafael Loera Chávez editó magníficamente, y del seno del convento mercedario salió una de las obras más elocuentes y populares contra la Iglesia de Jesucristo. Los diez mil ejemplares que formaron la edición se agotaron rápidamente, y hoy la obra de Dellhora se cotiza en el mercado librero, diez o doce veces más alto que su valor primitivo, es decir, hoy vale cuatrocientos o quinientos pesos.

Un profano suicida.— Guillermo Dellhora, una vez terminada su obra, que llevó por título: *La Iglesia católica ante la crítica —en el pensamiento y en el arte—* entró en una especie de receso mental y en un estado de depresión nerviosa que, si era fácil de explicar después de un triunfo en un hombre débil, no era explicable en un hombre joven lleno de vigor, de una vasta

cultura y, al parecer, de sentimientos firmes. Yo traté de averiguar lo que pasaba a mi amigo, con quien había colaborado con tanto entusiasmo, y un día, paseando por los corredores del claustro, Dellhora, espontáneamente, tal vez confiando en nuestra amistad o seducido por la ayuda que yo le había prestado para llevar a cabo su trabajo, me abrió todo su corazón.

Había abandonado Italia por asuntos políticos. Su odio al régimen de Mussolini le había proporcionado duras persecuciones, y en vísperas de ser sujetado a un proceso se exilió en Francia. Le fue necesario abandonar a su mujer, con quien se acababa de casar, y al venir a México perdió toda esperanza de volver a Italia.

Al terminar su obra contra la Iglesia, recibió una serie de cartas de diversos amigos, donde le comunicaron que su mujer se había convertido en la amante de uno de los fascistas que más lo persiguieron en Roma.

Dellhora tenía dinero para volver a Italia, pero el régimen de Mussolini le impedía la entrada. Yo le di el único consejo que un hombre puede darle a otro en circunstancias semejantes:

—Regrese usted a Italia, a riesgo de su propia vida, y mate a la infiel o a su amante, o a los dos, según se presenten las circunstancias.

—No puedo, me objetó. Amo demasiado a mi mujer, siempre he estado loco por ella y me considero impotente para hacerle el menor daño. Intentaré persuadirla, dijo con una voz suave, para que venga a reunirse conmigo.

—No vendrá nunca, aunque tuviera todas las facilidades. Es posible que su mujer lo quiera todavía, pero en ella, como en cualquier otra mujer en las mismas condiciones, se impone más un capricho que el amor.

—Entonces —dijo Dellhora, interrumpiéndome—, me mataré.

—Esa solución debe ser exclusiva del sujeto desilusionado.

Mi amigo me miró con sus ojos claros y potentes y poniéndome sus manos sobre los hombros, me dijo con lágrimas en los ojos:

—No sé qué hacer.

Durante varios días estuvo yendo al convento y a cada momento me parecía más deprimido. ¿Qué podía yo decir a mi pobre amigo? ¿Cómo podía yo consolarlo si yo no disponía de un lenguaje suficientemente persuasivo para llevar a su ánimo un consuelo cualquiera?

Una noche, mientras cenábamos en silencio, Dellhora, disimuladamente, extrajo de su bolsillo una pequeña caja, y de ella unas pastillas que dejó caer en un vaso de vino, creyendo que yo no había visto su maniobra. Cuando consideró que las pastillas estaban disueltas, cogió el vaso y trató de llevárselo a la boca. Yo se lo impedí bruscamente.

—Guillermo, querido amigo, en este mundo todo ser consciente, hombre o mujer, no tiene más que una sola propiedad verdadera: su propia vida, y cada cual puede disponer de ella como mejor le plazca. Suicidarse es un derecho natural. Usted puede hacerlo, aquí, delante de mí, pero ¿ya lo ha reflexionado usted suficientemente? Y poniéndole la copa con las pastillas que él había echado dentro junto a su mano, agregué: estoy dispuesto a hacer el papel del verdugo de Sócrates dándole el vaso con la cicuta, pero éste que pongo al alcance de su mano no es la sentencia de muerte impuesta por un tribunal, sino la que usted mismo se impone.

Dellhora estaba pálido, con la boca contraída. Lentamente bajo la cabeza y la apoyó en los brazos que tenía recogidos sobre la mesa y lloró largamente. Yo tiré el vino y el vaso.

Tres días después el mozo de la casa de asistencia donde vivía Dellhora llegó muy emocionado al convento y me dijo con voz entrecortada: ¡señor, señor, don Guillermo se ha matado!

La misma noche en que mi desgraciado amigo trató de suicidarse en mi presencia, se metió en un baúl, cerró fuertemente la tapa por dentro y se pegó un tiro en la sien. Durante tres días el cadáver estuvo encerrado en el baúl, y al cuarto, la peste lo denunció. Cuando lo destaparon, Dellhora se había convertido en una gusanera.

Muchas gentes me dijeron que aquella muerte era un castigo de Dios. No me extrañó la afirmación: Jehová ha matado tanta gente a través de los milenios, que no puede sorprender a nadie otra muerte más por escribir un libro contra sus representantes en la tierra.

Una excursión al Popocatépetl

Mercedes, que había colaborado en nuestro libro, estaba horrorizada con la muerte de Dellhora y no podía comprender cómo un hombre sea capaz de suicidarse.

Mucho tiempo hacía que se dedicaba a dibujar y ya tenía una gran colección de paisajes hechos durante nuestras excursiones a la Sierra de Guadalupe y a las Calderas, pero le atraía irresistiblemente el Popocatépetl, del cual me oía hablar constantemente, y se empeñó en que había que subir por la parte más peligrosa, porque el flanco norte, por el cual se hacen siempre las excursiones, no presenta ninguna dificultad, ni mucho menos peligro.

Un domingo, el pequeño ferrocarril de San Rafel-Atlixco nos condujo a Amecameca, y como todos los domingos las gentes del pueblo andan comprando cosas en el mercado, que en esos días está pletórico de los productos de tierra caliente, nos fue fácil encontrar a los mozos que debían acompañarnos en esta nueva excursión, y que me habían acompañado a mí por años y años a vivir en las faldas del gran monte.

A mediodía nos reunimos Felipe, el más viejo de todos mis compañeros, Irineo, un indio de raza pura, y Leonardo, el más letrado.

—Ahora —les dije—, no vamos a llevar a un grupo de amigos por las veredas conocidas: queremos ir por el lado poniente sur, ascender al pico de Teopixcalco y atacar la montaña por sus glaciares.

—Para nosotros es un paseo —dijo Leonardo—, pero para la señorita es demasiado fuerte. Son cinco horas de peligro continuo.

—¡Qué importa! —dijo Mercedes con firmeza y agregó—: si ustedes suben, ¿por qué no he de subir yo que soy más joven?

—Lo de joven, no se discute, refunfuñó Leonardo, pero usted no sabe de estas cosas. No es lo mismo subir por donde usted quiere que por donde suben los excursionistas domingueros.

—Pero la señorita —comenté yo—, está muy entrenada y, además, nosotros la conduciremos.

Al día siguiente salimos, ya bastante entrada la mañana, seguidos de dos mulas que llevaban los bastimentos y los trastos para cocinar. Por si fuese necesario llevamos un caballo para que Mercedes lo montase en las cuestas muy pronunciadas, pero el animal, que era el mejor caballo de Amecameca, sólo sirvió al regreso, para cargar los famosos "recuerdos" de Mercedes, que seguía entusiasmada con las piedras volcánicas.

El camino que sale de Amecameca hacia la parte poniente sur del volcán es un verdadero río de arena floja, muy molesto para recorrerse y al llegar al pueblo de San Pedro Nexapa se transforma en otro río de piedras que avanzan por los flancos de grandes lomas cubiertas de oyameles. Dentro de estos bosques el camino es angosto, suave y cómodo, todavía no muy empinado y se detiene a la entrada de una hermosa cañada. En ella pasamos el resto de la tarde y la noche. Antes del

amanecer emprendimos la marcha que había de terminar en los arenales de Cuahuatzla, donde acamparíamos. Antes de alcanzar ese punto, y al abandonar los grandes bosques de pinos, la naturaleza se vuelve áspera y aparecen los primeros derrames de arena que bajan de los altos declives del volcán, sembrados aquí y allá los pinos retorcidos por el viento. Cerca del mediodía llegamos a Cuahuatzala, segunda etapa de nuestra excursión, bajo un sol que, en esta altura —cuatro mil doscientos metros sobre el nivel del mar— y en este día claro, quema más que el sol del desierto de Sahara.

Cuahuatzala es, como lo dice su nombre náhuatl, "lugar donde abundan los troncos secos de los árboles", y está formado por grandes declives arenosos y sembrado de enormes esqueletos de pinos inclinados sobre la tierra —un paisaje gris, cubierto por un cielo azul extrañamente profundo—; el volcán se oculta detrás del alto lomerío.

A pesar del calor se encendió una gran hoguera y se calentó el almuerzo. Los indios de estos montes, salvo casos muy excepcionales, nunca comen sus alimento fríos: siempre encienden su hoguera para calentarlos.

Almorzamos, y Mercedes se durmió. Poco antes del atardecer la desperté y la conduje por el filo de una loma arenosa a uno de los repliegues superiores de la barranca de Nexpayantla. Durante el camino no veíamos más que las lomas de arenas y el cielo azul, pero al descender por un repliegue sembrado de pequeñas lajas, Mercedes se quedó estupefacta.

Ante ella se abrió un abismo de arena rodeado de rocas que subían hasta los grandes acantilados del volcán, y, sobre ellos, la gran cúpula de hielo se levantaba como una inmensa joya, llena de luz y de silencio. Junto a nosotros dos rocas rojizas encuadraban el paisaje, paisaje terrible como el dolor.

Bajamos un poco hasta colocarnos al borde del abismo. El paisaje se amplió. Hacia abajo se extendían las grandes faldas del volcán cubiertas de bosques de pinos, y más abajo exten-

sas llanuras dilatadas hasta los horizontes dibujados sobre un cielo luminoso. Mercedes tenía las lágrimas en los ojos y no podía hablar. La sensibilidad de esta criatura ante los espectáculos de la naturaleza era extraña, dada su edad. Es que toda ella era sentimiento inmaculado y optimismo. Yo me emocioné más con la emoción de la criatura que por la contemplación del paisaje prodigioso, tal vez porque lo había admirado ya centenares de veces.

Cuando el sol traspuso las lejanas cordilleras, toda la tierra quedó envuelta en una penumbra azul de la que emergía como un faro la cima rojiza del Popocatépetl. Mercedes estaba más fatigada de la contemplación de este prodigioso panorama que de las siete horas de ascención que habíamos hecho para llegar a Cuahuatzala.

La conduje al campamento y se sentó junto al fuego. La temperatura había descendido 45 grados en pocos minutos.

La ascención.— Durante el tiempo que duró nuestro paseo, mis compañeros habían construido dos chozas con grandes astillas de pino recubiertas de manojos de zacate, cortado en el bosque que teníamos a nuestros pies. La más grande se destinó a los guías y en la más pequeña nos acomodamos Mercedes y yo. Frente a la hoguera, cenamos.

Cuando los guías y yo hacíamos esta misma excursión para escalar el volcán, no nos dábamos a tantos preparativos, pero como se trataba de conducir a una muchacha que nunca había realizado una empresa semejante, era necesario proporcionarle todas las facilidades.

Al día siguiente los muchachos y yo establecimos un segundo campamento en el cuello de Teopixcalco, 400 metros más arriba. El objeto de este segundo campamento era proporcionar a Mercedes un descanso lo más largo posible antes de emprender la última ascención, y un lugar de reposo al descender.

El cuello que liga el Pico de Tteopixcalco con la parte superior del cono del volcán, está formado por espinazos muy erosionados que terminan en diques cubiertos de piedras muy agudas. Más arriba, entre los diques, hay siempre ligeras capas de hielo. Por esta zona atravesamos en plena noche fulgurante de estrellas y azotados por un viento sutil y helado.

Después de una hora de marcha lenta encontramos el primer declive de hielo, cortado a pico sobre los pedregales, y hubo necesidad de rodearlo hacia el norte para encontrar un paso. Ascendimos, ligados con cuerdas. Yo guiaba y Leonardo e Irineo seguían a Mercedes. Pronto alcanzamos una grande crevasse, en cuyo extremo superior se abría una hermosa gruta de hielo llena de estalactitas y estalacmitas, que en la suave oscuridad nocturna brillaba extrañamente.

Desde esta cueva hacia arriba, las capas de hielo se van volviendo más y más lisas y su inclinación obliga a cortar escalones para poder subir. Después de cuatro horas de marcha habíamos alcanzado el borde del cráter. Cuando Mercedes se asomó al enorme abismo tuvo una contracción involuntaria. En la noche profunda el cráter oscuro parecía no tener fondo. Seguimos por el borde superior y cerca de las cuatro de la mañana llegamos a la punta más elevada del volcán (5,600 metros), cuando las estrellas empezaban a palidecer y el cielo se cubría de una suave luminosidad aperlada.

En las sinuosidades de las rocas que forman esta punta nos colocamos, al borde del abismo, mientras el cielo fue volviéndose más claro y las estrellas apagándose bajo capas de luz venidas del oriente. Soplaba un viento helado y el frío había descendido ocho grados bajo cero. (A cinco kilómetros y medio de altura, en una noche despejada y con viento, ocho grados molestan más que 50 en Finlandia).

Lentamente fueron ascendiendo del Oriente largas fajas de luz rojas y amarillas y la tierra inundándose de luz. De las profundidades de los valles surgían los lomos azulosos de las

cordilleras y la cima del Iztaccíhuatl parecía retorcerse en el espacio. Mercedes era una contracción. La emoción la tenía contraída como si su cuerpo hubiese estado sometido a una corriente eléctrica. Acercándome, la cogí suavemente de un brazo y le dije: mira hacia el Poniente. A los pocos instantes la sombra cónica del Popocatépetl se proyectó en la atmósfera sobre un cielo rojo y amarillo, y se movía como un fantasma.

Mercedes estaba muda. Su imaginación se paralizó ante una realidad superior a todas las fantasías, y en silencio siguió mirando la sombra del volcán que descendía lentamente del aire y se aplastaba sobre la tierra hasta formar una península oscura y fluida, a cuyo alrededor el sol iluminaba campos y montes con una luz nacarada.

El sol ascendía rápidamente y su luz desentrañaba cordilleras y serranías, valles y bosques, iluminándolo todo con una luz dorada, pero hacia el Oriente las ondulaciones de la tierra se destacaban unas tras de otras en masas azulosas hasta tocar las costas del Golfo de México a trescientos kilómetros de distancia y cuando el sol estuvo ya muy alto Mercedes se llevó las manos a la cara y se tapó los ojos. Luego dijo:

—Me voy a volver loca. No puedo más. Creí que después de haber visto lo que vi ayer, nada podía sorprenderme. El calor del sol la había reanimado y quiso seguir mirando y diciendo lo que sentía, pero el viejo Irineo la interrumpió.

—Mire usted aquellas nubecitas que están sobre la sierra: son las que anuncian las primeras lluvias y aquí arriba se formará una tempestad en un momento. Sería mejor que bajáramos.

Las primeras nevadas.— Irineo tenía razón: en pocos instantes aquellas nubecillas crecieron y se convirtieron en grandes cúmulos que rodaban hacia el volcán. Era necesario descender.

Nos atamos con cuerdas en diversa forma de como lo habíamos hecho al ascender y enfilamos por el largo declive en

medio de una nublazón cerrada. Esta vez Irineo guiaba y Leonardo y yo íbamos detrás, sosteniendo a Mercedes con dos distintas cuerdas. En los declives muy pronunciados que forman las gruesas capas de hielo, el descenso es más peligroso que el ascenso y hubimos de aumentar nuestras precauciones, sobre todo porque la niebla era muy espesa y sólo alcanzábamos a ver hasta diez o doce pasos adelante. Afortunadamente el rastro de nuestras pisadas y los escalones que habíamos hecho, facilitaban la bajada. Sin embargo, había pendientes muy pronunciadas en que era necesario que Mercedes se colgase de las cuerdas que nosotros sosteníamos.

El descenso fue lento. No era posible precipitar la marcha sobre el hielo resbaladizo, cortado por pequeñas crevasses y enmedio de una semioscuridad peligrosa.

De repente empezó a nevar y las dificultades aumentaron. Comprendíamos que Mercedes estaba muy fatigada y necesitaba un reposo que no podíamos darle en aquellas circunstancias. Finalmente llegamos al campamento de Teopixcalco cerca del mediodía y envueltos en rachas de nieve, acompañadas de grandes relámpagos.

Reavivamos el fuego que habíamos dejado cubierto y Leonardo preparó el café. Lo bebimos con delicia, saturado de coñac y arrojamos a la hoguera cuanto quedaba por quemar hasta que Mercedes tuvo la ilusión de que se calentaba. Cerca de las cuatro de la tarde volvimos al primer campamento, donde una comida espléndida nos esperaba.

Con el descenso Mercedes se había reanimado, y como la tempestad había cesado, pudo calentarse efectivamente; se quitó los guantes empapados, se descalzó y se cubrió con gruesos calcetines de lana secos, lo que le dio un gran consuelo. Habíamos hecho muchas excursiones por los montes, pero ninguna tan interesante y peligrosa como la que acabábamos de realizar.

Comió en silencio, lentamente, como siempre lo hacía, y cuando hubo terminado se retiró bajo la entrada de la pequeña choza y nosotros reanimamos el fuego para que su calor la alcanzase.

De su figura deformada por los gruesos sarapes que la envolvían, no se veía íntegramente más que sus ojos negros, donde se reflejaban las llamaradas de la hoguera, pero yo creí adivinar detrás de los fuego oscilantes el tremendo asombro de aquella criatura. Me acerqué y le pregunté:

—¿Volverías a hacer esta misma excursión?

—Mil veces la volvería a hacer, me contestó, pero no creo que sea posible, porque ahora hay muchas nubes y francamente, es muy peligrosa y agregó: pero la volvería a hacer de todos modos, con peligros y con nubes. Te voy a pedir un favor, concluyó, quedémonos aquí algunos días más.

—Todos los que quieras. Verás otras cosas, diferentes, pero siempre maravillosas, las grandes tempestades en algunas alturas son magníficas y te gustará contemplarlas, y hasta sufrirlas.

—No se apuren por las tempestades, dijo Irineo, que nos había escuchado, no faltarán.

Y así fue. Desde el día siguiente, después de una noche de calma en que Mercedes durmió tan profundamente que no se movió hasta el amanecer, la madre naturaleza se complació en cumplir los pronósticos de Irineo.

Toda la mañana siguiente al día de la excursión la empleamos en pasear por los arenales humedecidos con la lluvia, que aparecían negruzcos, y desde sus lomos le mostré las grandes zonas devastadas por los vendavales y los torrentes de piedras y de arena que bajaban desde los hielos hasta tocar los bosques destruidos.

Los muchachos habían reforzado las pequeñas chozas con manojos de zacate y acarreado grandes ramazones secas de pinos que el viento, las lluvias y el sol habían destruido hacía

muchos centenares de años, con las que formaron una hoguera que parecía un incendio capaz de resistir las más furiosas tormentas.

Toda la mañana, sobre la cima del volcán, se habían acumulado las nubes y el cielo a su alrededor permaneció despejado, pero poco después de mediodía grandes masas vaporosas empezaron a subir por entre las cañadas y mientras almorzábamos cubrieron los lomeríos. De repente un relámpago iluminó la niebla y un trueno profundo y prolongado sacudió el aire. Instantes después empezó a granizar y en breves momentos las arenas se cubrieron de una capa blanquecina. Las nubes estaban tan bajas y eran tan espesas que podían tocarse. Mercedes hizo el intento de meter las manos en una nube oscura y apretada que rodaba lentamente junto a las chozas y yo le grité:

—No hagas eso: puedes provocar una descarga. Bajó los brazos y yo le conté cómo en una ocasión semejante, uno de mis mozos metió las manos en una de esas nubes y la descarga que provocó lo dejó muerto, retorcido sobre la arena.

Al granizo sucedió una nevada muy molesta, a la que los indígenas dan el nombre de plumilla, y está compuesta de cristales planos, muy deleznables, que se presentan siempre en estas zonas antes de que los copos de nieve desciendan de las nubes.

Así sucedió en esta ocasión. Una silenciosa y abundante nevada empezó a descender sobre las lomas y extendió rápidamente una capa suave y blanquísima a nuestro alrededor.

De repente en la atmósfera grisácea, en silencio, estalló un globo de color verde intensísimo, y luego otro, y después muchos, aquí y allá, sobre las lomas, entre los esqueletos de los pinos, sobre nuestras cabezas. Eran del tamaño de los grandes focos eléctricos de las ciudades y estallaban sin ruido, dejando un fuerte olor a ozono.

Mercedes estaba azorada.

—¿No matan esos rayos? —preguntó.

—No son rayos —le contesté—, no son chispas producidas por un choque, sino acumulaciones de ozono electrizado que explotan en el mismo lugar donde nacieron, siempre a muy poca altura del suelo.

—¡Cuántas cosas extrañas se ven en este volcán! —dijo juntando las manos y agregó—: voy a salir para ver si puedo tocar uno.

No fue necesario. Un globo verdoso estalló en la puerta de la cabaña sin causar el menor daño, pero por rápido que fue el movimiento de la mano de Mercedes, no pudo alcanzarlo.

Las tempestades en esta altura y en este tiempo duran poco. Un viento poderoso del sur se arrojó sobre las nubes que los cubrían, las empujó sobre las lomas de arena, las levantó contra el cono del volcán, las rasgó contra los acantilados llenos de nieve y con furia mítica fue despejando el cielo hasta dejarlo limpio. El sol volvió a iluminar la montaña transformada en una tumba cubierta con un blanco sudario.

Los días siguientes, Mercedes los dedicó a dibujar. Cubrió papeles y más papeles de ingenuos pero elocuentes trazos infantiles que la llenaban de satisfacción. En todo era una mujer, menos en su voz y en su manera de dibujar: en ambas cosas fue siempre una niña.

* * *

Cambio de fortuna

Los meses habían pasado y formaron años llenos de felicidad, de trabajo, de esperanzas. Mi vida intensa y despreocupada no era el mejor sistema para llevarme a la plena seguridad de vivir —a esa seguridad de que todos los hombres ambicionan como la única medida para no caer en el abismo de la miseria. A mí, en realidad poco me importaba la

seguridad y mucho menos la miseria. Pero en medio de mi despreocupación, esta vieja mujer que acecha siempre no desde las sombras, sino desde el esplendor de la vida misma, extendió sus garras sobre el convento. Ya era tiempo.

Fracasos, despilfarros, fiestas... me condujeron fatalmente a la pobreza. Los cuadros no se vendían, ni los libros.

Las deudas se acumularon de un golpe.

No teníamos reservas ni en los bancos ni en la despensa.

Una hermosa mañana no hubo dinero para comprar la leche y el pan para los niños. Y otra faltaron las tortillas para los grandes.

Era evidente que no podíamos quedarnos sin comer los habitantes del claustro mercedario, y Mercedes recurrió a un crédito que yo creía inexistente.

Las vecinas de los puestos de fruta de los alrededores del convento y los españoles de las tiendas abiertas junto a esos puestos cedieron a nuestras solicitudes y hubo en abundancia latas de sardinas, café de garbanzo, frutas y legumbres. Durante dos meses vivimos del crédito, que bien visto, merecíamos porque en los lugares donde lo solicitábamos habíamos derramado el dinero poco tiempo antes.

Estábamos acostumbrados a comer con abundancia y las cuentas en las tiendas de comestibles subían fantásticamente, ante nuestro temor de que los creditores nos cerrasen las puertas, lo que un día sucedió en un lugar, otro día en otro, hasta que no hubo dónde llamar. Nosotros habíamos perdido totalmente nuestro prestigio, los fiadores temían por su dinero.

Las cuentas de las tiendas empezaron a llegar en número abrumador y pudimos seguir viviendo gracias a que Mercedes y las muchachas de la Colonia patieril habían acumulado algunas mercancías, casi podría decirse que habían establecido una tienda particular bajo los arcos del convento.

Pero las reservas también se agotaron, y en vista de la imposibilidad en que yo me encontré de obtener dinero como

en otras épocas, Mercedes tuvo un golpe genial: puso un puesto con mis cuadros, un puesto igual y en medio de los fierros viejos o de jabón.

En la esquina del convento más transitada por los compradores había una barraca donde vendían zapatos, propiedad de una comadre de doña Crescencia. Mercedes le propuso adjuntarlo. Se quitarían los zapatos y se colgarían en su lugar dibujos y pinturas. La mujer aceptó mediante la ganancia de un 15% neto sobre las ventas.

El puesto estaba exactamente en la esquina de Jesús María y Uruguay y Mercedes se puso al frente, amparada por su belleza y su gracia extraordinaria y por un rótulo que decía: "Los mejores dibujos del mundo a precios de plaza", claro que todo el mundo entendía que estos precios eran los de la plaza de la Merced, es decir, en relación con el valor de un kilo de jabón o de una docena de naranjas.

El primer día se vendieron tres dibujos a cinco pesos cada uno y una pequeña pintura en diez. El segundo día la venta aumentó al doble y a los mismos precios, y al tercero se hubiera vendido toda la mercancía, pero la vendedora comprendió que la valorización de los cuadros no era justa y que podían alcanzar precios muy superiores. Puso un anuncio en un periódico, hizo unos pequeños volantes para llevarlos a los amigos y cerró el puesto.

—Verás cuánta gente vendrá —dijo.

A mí, francamente me satisfizo completamente el resultado de la venta de los dos primeros días. Finalmente yo sabía a ciencia cierta cuánto valían mis cuadros ante el criterio y las posibilidades pecuniarias del público, sin inflarlo y sin la *mise-en-scene* de una exposición rastacuera ni a la *réclame* de los periódicos.

En el puesto clausurado Mercedes puso un anuncio: "cerrado por balance. Reapertura el jueves..." El jueves se abrió, pero contra lo previsto, la gente no quiso pagar más de diez

pesos por un dibujo ni más de veinte por una pintura pero los cuadros subieron enormemente de valor. Algunos dibujos se vendieron a cincuenta y cien. Como había muchos dibujos y muchas pinturas, en un mes vendimos cerca de 2,000 pesos, que se me fueron como agua entre los dedos.

Esta venta fue nuestro último recurso. Después las gentes ya no querían dibujos ni regalados y sufrimos otro colapso económico, que terminó en un desastre cuando se acabaron los dos mil pesos. La miseria, hija de la despreocupación, entró sin misericordia y definitivamente en el claustro mercedario.

Lucio

La imprevisión —la imprevisión total frente a todos los problemas de la vida, cualquiera que sea su carácter y su importancia— es una de las modalidades más visibles del modo de ser de la gente de México, pero entre esas gentes hay un gran número que ha convertido esa virtud nacional en un alegre sistema de vivir, y entre ese grupo de elegidos, yo me he considerado como su máximo representante.

Pero en el desastre que sufríamos existían circunstancias especiales que me lo hicieron sentir muy agudamente: mi excelente amigo Lucio cayó gravemente enfermo y no había posibilidad de atenderlo.

Este Lucio era para mí y para el pueblo innumerable que vivía al amparo de las arcadas del convento, un ser indispensable. En él descansaban nuestros trabajos materiales, y él era el consejero, lo mismo para encontrar la forma de evitar los pagos a la compañía de luz, que para preparar un banquete o para servirlo, o si era conveniente o no hacer un negocio con cualquier gente. Tenía una extraordinaria habilidad de manos, un claro sentido común y un sólido espíritu de justicia. No sabía leer ni escribir —tal vez por eso juzgaba y hacía tan bien las cosas—.

Él gobernaba con mano suave y justa aquel mundo de mujeres y de niños que se habían acogido a la misericordia del claustro, y desde que él llegó nunca hubo discusiones ni pleitos familiares, y los amantes de las chicas le obedecían mansamente.

No tenía, en realidad, nada de extraordinario en su apariencia: era un tipo vulgar, de pómulos salientes, ojos pequeños, frente estrecha y una gran cabellera negra, de fuerte complexión, pero de movimientos suaves, y lo que podía considerarse como un defecto singular, su boca, era precisamente de donde emanaba una extraña fuerza. Doña Crescencia, abuela de toda aquella tribu, decía con mucha justicia: "Lucio trae el alma en la boca, por eso la tiene tan grande".

Lucio tenía realmente un alma grande y, además, una poderosa inteligencia, incultivada, y precisamente por eso, pura.

Su enfermedad, un padecimiento del hígado, se complicó y sus padecimientos lo iban llevando fatalmente a la muerte. Le prodigamos los escasísimos recursos de que disponíamos, pero todo fue en vano.

La muerte de Lucio

¡Qué terrible desconsuelo —oscuro desconsuelo—, agonía arrinconada en un antro de dolor; el espíritu colgado como telaraña desgarrada en un ángulo de un muro; amargor en la boca...!

Dando traspiés había caminado todo el día por las calles de la gran urbe, tratando de conseguir dinero para comprar medicinas y llevarle algo de comer a mi amigo, que se moría bajo los arcos del viejo convento, aplastado en un sucio camastro.

¡Nada había podido obtener! Todas las puertas del mundo se habían ido cerrando delante de mí con fría parsimonia. Me había quedado solo en un desierto con los girones del alma

flotando como nubarrones en una atmósfera pesada y triste. A veces me sentía como un gusano en un tubo de ensaye, moviéndome inútilmente dentro de infranqueables paredes de vidrio. Por todas partes, dentro y fuera de mi conciencia, una sola cosa visible: la impotencia.

Ya muy noche, vacilante, idiotizado, borracho de amargura, llegué hasta el viejo portón del convento. Volvía sin dinero, sin medicinas y sin pan. Sabía con profundo dolor que mi amigo se moría entre mujeres que lloraban y niños que chillaban de hambre.

Mi amigo era Lucio, un muchacho que me servía de mozo, de ayudante y de compañero, siempre risueño, de voz suave, robusto, inteligente, de un optimismo radiante, siempre dispuesto a comprender todas las cosas que pasaban delante de su atención alerta.

Un silencio de camposanto abandonado circundaba los carcomidos muros del claustro, un silencio alumbrado a trechos por la fría claridad de un arco voltaico y roto, a ratos, por los pasos acelerados de algún transeúnte.

Cuando introduje la llave para abrir la apolillada puerta un calosfrío me sobrecogió. El golpe seco de un pasador dio sobre mis nervios como un hachazo sobre mi cabeza. Abrí. Mi cuerpo se quedó clavado en el dintel. Lucio estaba delante de mí, tendido sobre el suelo sobre un petate, cubierto con un pedazo de trapo blanco. Sus pies desnudos, iluminados por la llama agonizante de una vela, parecían enormes. Allí estaba mi amigo, muerto de miseria. Dos mujeres sentadas en el suelo y arrebujadas en sus rebozos, aniquiladas por el dolor, dormían profundamente.

En torno del muerto danzaban las sombras movidas por la llama vacilante de la vela y corrían a ocultarse en el fondo de las grandes arcadas del patio.

Yo miraba al hombre que me esperó largas horas para salvarse, tendido sobre el suelo, abatido por la mano implacable

de su destino, inmóvil y yerto, en medio del silencio de las piedras labradas, rodeado de cansancio, circundado de mujeres que dormían aplastadas por el dolor y de niños que habían llorado todo el día pidiendo de comer.

Cerré la puerta, me acerqué al muerto, le destapé la cara. Su faz serena parecía perdonarme. Un instante pasó, un siglo, un tiempo sin medida... Bruscamente la luz de la vela se apagó y la muerte salió del cadáver y se extendió bajo las bóvedas del claustro.

Sobre las manos unidas y yertas del difunto puse las mías y lloré largamente.

De repente un niño gritó. Su lamento me volvió a la vida; el grande vacío oscuro se iluminó como la noche tenebrosa con la luz de un relámpago.

Amanecía. La vida parecía renacer, pero cuando quise retirar mis manos de las del difunto, el frío de la resignación las había paralizado.

La bella dama de enfrente

Los fantasmas del convento se habían ausentado desde hacía mucho tiempo, pero después de la muerte de Lucio me parecía ver vagar por los ámbitos del claustro la sombra benefactora de mi amigo. Su ausencia había creado un recuerdo perenne, y en medio de nuestra tristeza nos sentíamos confortados por las enseñanzas que nos había dejado, una sobre todas: la de conservar siempre la esperanza.

Pero, ¿en qué podíamos tener esperanza si ya habíamos llegado al fondo de la más negra desgracia? Mercedes decía que precisamente porque ya no podíamos ir más abajo, tendríamos que hacer un esfuerzo para ir hacia arriba. Nada hicimos, pero el destino velaba. Y esta vez apareció en la forma de una viuda.

Frente al gran portón del convento existía una vecindad típicamente popular, formada por dos hileras de viviendas pequeñas, incómodas y sucias, ligadas eternamente por largos tendederos de ropa bajo los que pululaban chiquillos, mujeres, gritones y malcriados. Sobre esas viviendas del patio se extendían dos corredores que daban acceso a viviendas más amplias y de mejor aspecto, ocupadas en su mayor parte por dueñas de puestos de frutas que habían alcanzado un cierto estado de prosperidad. Entre estas mujeres, generalmente madres de una numerosísima familia, había una dama de aspecto provinciano, muy digna, siempre bien vestida, un poco gruesa pero muy bonita. La leve sordera que padecía aumentaba la viveza de su rostro y disminuía el tono de su voz. Era madre de dos preciosas niñas y de dos muchachos que trabajaban de dependientes en una tienda. Muchas veces fui a visitarla, y otras, aunque siempre llena de timidez, asistió a nuestros banquetes. Era amable sin exageración y extremadamente servicial.

Una mañana se presentó en el patio de mi morada conventual y suplicó a las muchachas que me hablasen. Fui a su encuentro. La bella dama me dijo a media voz: quisiera hablarle a solas. Subimos a mi oficina, y cuando la dama comprendió que nadie nos escuchaba, me dijo:

—Señor, le extrañarán a usted mis palabras, vengo a comunicarle que aquí, en uno de estos corredores, hay dinero enterrado, o por mejor decir, emparedado.

—Señora, le contesté, todos los muros del convento han sido picados por los albañiles para recibir un nuevo aplanado. No hay una sola pulgada que no haya sido removida. ¿Dónde cree usted que pueda estar emparedado ese dinero?

La dama me miró con esa mirada aguda de los sordos y comentó:

—Lo sé, lo sé que todos los muros han sido picados, pero el lugar en donde está el dinero lo han dejado intacto. ¿Usted

cree que yo, sabiendo lo que hay aquí, no he estado pendiente de todos los trabajos que se han hecho? Le aseguro que el lugar donde está el dinero no ha sido tocado.

—¿Cuál es ese lugar? —pregunté, por preguntar algo.

—Alrededor de un nicho que está en el fondo del corredor enfrente de nosotros. Voy a contarle como está el negocio.

—En 1913 los soldados que tenían su cuartel aquí en el convento lo abandonaron y se quedó custodiado por un portero y su familia. Este portero tenía amistad con un pagador del Ejército federal, que lo visitaba con frecuencia. Una noche, ya muy tarde, llegó un carro cargado con varias cajas y entre el portero, el pagador y otras personas las bajaron y las metieron a la portería. Todo esto yo lo vi desde el balcón de mi casa y me quedé muy intrigada. Poco tiempo después, el portero, que se llamaba Juan, se metió a la Revolución y lo mataron.

Un día su viuda vino a verme y me contó que las cajas eran seis, las habían emparedado en un corredor, junto al nicho.

No queríamos decir nada a nadie por temor de que nos comieran el mandado, pero yo me propuse averiguar el sitio donde las cajas fueron escondidas y con mucha frecuencia venía por las noches a platicar con la mujer del nuevo portero, que era muy afecta al espiritismo. Yo le daba por su lado y hacíamos sesiones con cualquier pretexto. Yo procuraba que fueran siempre junto al nicho, con el objeto de inspeccionar, sin levantar sospechas, sus alrededores, pero nunca llegué a convencerme de que allí habían sido escondidas las cajas.

Mi interés en torno del nicho provenía de que en una ocasión, a la mujer del antiguo portero se le escapó decirme que ella había visto a su marido reparar el muro, precisamente abajo de ese nicho. El dato era de interés, concluyó la dama.

—Señora, dije a la dama después de su relato, el nicho está ahí y no ha sido tocado por los albañiles que repararon el muro. Realmente vale la pena hacer una exploración. ¿Quiere

usted que la hagamos el domingo próximo? Si encontramos dinero, vamos a medias.

La dama asintió con una sonrisa y un "gracias" lleno de seguridad.

El misterio del nicho

El día convenido, con cualquier pretexto limpié el convento de habitantes y por la noche Mercedes fue a buscar a la dama y la trajo para llevar a cabo la exploración.

Traté de hacer un agujero precisamente abajo del nicho de nuestros ensueños, pero el muro presentó gran resistencia porque estaba hecho de cal y canto. Exploré hacia la derecha y luego hacia la izquierda y encontré el viejo muro del convento hecho de pedacería y por uno de los huecos abiertos empecé a destruir una pared que parecía nueva. Tras el muro derribado vimos otro de ladrillos, de muy reciente construcción. Rápidamente hice un boquete y apareció una caja de madera. Tiré todo el muro y encontramos las seis cajas. Nos miramos con asombro.

La dama y Mercedes despejaron el agujero con unas palas, poseídas de un entusiasmo muy fácil de comprender. Luego sacamos una caja, la abrimos con el zapapico y aparecieron cuatro talegas de lona que acusaban la redondez de los pesos que contenían. Las rompimos: eran pesos efectivamente. Las otras cajas contenían también cada una de ellas otras cuatro talegas. En total: 24,000 pesos.

Estábamos emocionados y sorprendidos. Había que colocar inmediatamente ese dinero en algún sitio seguro. No era posible llevar la mitad que correspondía a la dama a su casa, en plena noche, ni colocarlo en mi celda de la azotea porque a ella acudía mucha gente. Discurrimos esconderlo detrás de un montón de tierra, en un rincón de la iglesia, y taparlo con paladas de escombro. Así lo hicimos, pero antes era justo que

llenáramos nuestras bolsas, extrayendo de las que habíamos encontrado, con un dinero que harto necesitábamos.

En pocos días, y con mucha prudencia redesenterramos el tesoro encontrado y lo dividimos por partes iguales entre la dama y yo. Ella lo empleó en las cosas de su casa y a mí me sirvió de gradería para subir nuevamente hacia la prosperidad.

¡Pobre Lucio! ¡Morir de miseria justamente al pie de aquel tesoro enterrado por el pagador!

La Liga de Escritores de América

Nuevas reparaciones en el claustro me obligaron a trasladar mis oficinas y mis talleres a las calles de Guatemala, donde un grupo de amigos fundamos la "Liga de Escritores de América", que tenía este lema: "Defensa y expansión de la cultura en el continente".

Siguiendo nuestra tradición, inauguramos los trabajos con un gran banquete, al que asistió todo lo que en aquel momento había en México de más saliente en las ciencias, en las artes y en las letras, y abrimos nuestros salones para recibir a los intelectuales extranjeros que llegaban a México, cualquiera que fuese su tendencia: grupos de periodistas cubanos, novelistas franceses e italianos, escritores neoyorquinos, celebridades de la comedia francesa, etcétera.

Paralelamente al desenvolvimiento de nuestras actividades gastronómicas, nos dedicamos a pensar, a dar conferencias y a propagar nuestros principios en la prensa, pero como en los periódicos no podíamos expresarnos libremente, fundamos una revista —*América*—, que a los dos números alcanzó una gran circulación. Se fundaron comités en México y en las capitales de los estados, en Washington, en La Habana, en Honduras, etcétera.

El comité de México, D. F., lo componían Luis Castillo Ledón, ingeniero Valentín Gama, Santiago R. de La Vega, el

profesor Alfonso Cornejo, licenciado Eduardo Pallares, José Joaquín Gallo, licenciado J. Jesús Zavala, Francisco González Guerrero, Manuel Toussaint, licenciados Luis Sánchez Pontón y la señora Dolores Bolio.

El Comité Nacional de Washington se inició con el doctor Leo S. Rowe como Presidente y el doctor Guillermo Sherwell.

Habana. Doctor Emilio Role Leushehring, director de *Social* y *Carteles*. Enrique Gay Galvó, Max Henríquez Ureña, Jorge Mañach, Alejo Carpentier, Juan Antiga, Carlos Loviera, Alberto Lamar, doctor Emilio Méndez, doctor Juan Marinelo.

Honduras lo formaron el doctor Paulino Balladares como Presidente y los Señores Froilán Tursios, Esteban Guardiola y Ángel R. Fortín como vocales y como secretario Arturo Martínez Galindo.

Costa Rica. Profesor J. García Monje, Presidente, Salvador Umañan, secretario. Licenciado Alejandro Alvarado Quiroz, licenciado Asdrubal Villa Lobos y licenciado Rogelio Sotelo, vocales.

La Liga de Escritores de América tenía su órgano: *América*, semanario un poco presuntuoso por sus tendencias, impreso en muy buen papel y con algunas colaboraciones importantes de jóvenes escritores que inician su carrera brillantemente, como María Luisa Ocampo, Amalia Castillo y Adela Formoso, y la de escritores eminentes como Torres Bodet, Alfonso Reyes, licenciado Pallares; los dramaturgos Lozano, etc., etc., pero fuera de estas colaboraciones y de algunas iniciativas revolucionarias, como la de formar un diccionario americano, la revista tenía poco interés y estaba muy mal organizada tipográficamente, a pesar de lo cual tuvo una gran circulación.

Llegamos al número dieciocho o veinte y la Liga se desinfló. No fue, en resumen, más que uno de tantos grupos literarios llenos de entusiasmo, pero poco coherentes y aunque el dinero abundaba, no sirvió, en este caso, para infundirle vida.

Grupos de esta naturaleza están destinados al fracaso porque ni responden a un movimiento revolucionario profundo, ni están sostenidos por una institución oficial. Nuestro espíritu revolucionario era, a fin de cuentas, puramente literario.

Una de las causas del fracaso de la Liga se debió a que cuando quisimos hacer frente a la expansión comunista patrocinada por el gobierno, muchos de nuestros miembros se separaron para pescar una chamba y los que quedamos tuvimos que recurrir a explicarnos en los diarios.

De cualquier manera, nuestro fracaso fue un caso típico de esa clase de grupos que se lanzan a los campos de las letras para conquistar la gloria, con el corazón ardiente, pero sin reservas de combustible.

Otra vez las artes populares

La publicación de la segunda edición de *Las artes populares,* hecha por el ingeniero Pani en vista del éxito que alcanzó la primera, creó un interés positivamente extraordinario en México y en el extranjero y el licenciado Emilio Portes Gil, Presidente de la República, se consideró obligado, muy justificadamente, a llevar la acción oficial del campo del elogio al de la práctica, y me encomendó la formación de un programa apegado a las necesidades de los productores de artes vernáculas.

El señor licenciado Portes Gil tuvo una visión muy amplia de esta empresa destinada a solucionar los problemas económicos de los que forman la industria más mexicana, y me sugirió la idea de formar cooperativas entre los grupos de manufactureros indígenas.

El terreno estaba bien preparado. Yo había establecido ya agrupaciones de indígenas en diversos lugares del país y solicitado la ayuda del Secretario de Industria y Comercio, Luis N. Morones, para impulsar esos grupos y tomar participación

en una gran exposición, que se celebraría en Praga en 1927, pero el señor Secretario de Industria consideró que México no estaba en condiciones de hacer gastos superfluos, y perdimos una brillante oportunidad para poner en valor nuestras industrias vernáculas en un centro europeo de primer orden.

El señor licenciado Portes Gil reparó el error, y aceptó mi programa, que consistía en organizar, por lo pronto, cooperativas en Puebla, Oaxaca, Jalisco, Guerrero y Tlaxcala, en establecer un Mercado Central de Artes Populares en el ex convento de la Merced, y en participar, en muy larga escala, en las exposiciones internacionales.

En síntesis: fomentar nuestras industrias vernáculas, ponerlas en valor y abrirles un amplio mercado en el extranjero.

El señor licenciado Portes Gil subvencionó a nuestro comité con trescientos diez mil pesos, pero desgraciadamente, por razones de orden administrativo, y político, naturalmente, las secretarías de Industria y Comunicaciones reclamaron esas sumas con el pretexto de administrarlas, para seguir mi programa y, doscientos mil pesos fueron puestos a disposición del Comité de Artes Populares y ciento diez mil pesos se destinaron a las reparaciones del convento.

El convento fue reparado en parte, pero el Comité tuvo dificultades desde el primer momento en que pretendió disponer de un dinero que le pertenecía.

Se habían establecido las bases para financiar veinte cooperativas de fabricantes de loza en Oaxaca y en Jalisco y otras tantas de tejedores en Tlaxcala y Guerrero, y contraído compromisos para hacer grandes exposiciones en Estocolmo, París, San Antonio y Los Ángeles, compromisos que tenían un carácter oficial. Los indígenas se quedaron esperando el dinero y los organizadores de Europa y de Estados Unidos nos reclamaron inútilmente nuestra participación. La Secretaría de Industria, después de que el señor licenciado Portes Gil abandonó la Presidencia, ordenó que el Comité fuese una de sus

dependencias, y en esas condiciones se encontró totalmente maniatado.

Hubo más: la Secretaría de Industria afirmó que había otras cooperativas más importantes al desarrollo de la economía nacional que las de artes populares, y se les dio el dinero que a las nuestras correspondía.

Los cooperativistas indígenas se creyeron engañados por el Comité y volvieron a sus antiguas prácticas de venderse por un plato de lentejas a los eternos acaparadores.

El capítulo de las exposiciones encierra párrafos muy amargos.

La señora Rabbe organizó en San Antonio, de acuerdo con la Cámara de Comercio, una gran exposición basada exclusivamente en nuestros productos. Se trataba de una empresa en gran escala, en la cual estaban interesados muchos elementos del estado de Texas, pero la Secretaría de Industria desaprobó mis trabajos y la exposición no se llevó a cabo. Era la primera que iba a realizarse en el extranjero, con los más importantes productos de nuestras artes populares.

La exposición de California

El señor Richard S. Requa, arquitecto de mucha nota en los Estados Unidos, vino a México para estudiar nuestra arquitectura, pero al visitar el convento de la Merced y enseñarle yo las colecciones de cerámica, tejidos, muebles, juguetes, etc., que había recogido a través de todo el país, se entusiasmó a tal grado que propuso a las Cámaras de Comercio del estado de California que patrocinaran una exposición de artes populares mexicanas en la ciudad de Santa Bárbara, con motivo del aniversario de su fundación.

El señor Requa fue a Los Ángeles, habló con los directores de esas Cámaras de Comercio y con algunos miembros del gobierno del estado, y en mayo de 1930 me anunció oficialmente que no sólo las Cámaras de Comercio, sino los artistas

de California y la ciudad de Santa Bárbara patrocinaban la exposición, la que se instalaría en el nuevo palacio municipal que iba a inaugurarse en la próspera ciudad californiana.

Se acordó el programa de las fiestas, los arquitectos de California acondicionaron los salones del palacio municipal y la ciudad ofreció una fiesta especial al abrir la exposición.

Se empacaron los objetos, se escribió una monografía y se contrataron los carros de los ferrocarriles para llevar la mercancía. Pero el gobierno de México se opuso porque dijo que el dinero de las cooperativas de artes populares se había destinado a otros usos y, además, "que no se creía digno que México fuese representado por cacharros y sarapes".

Había tal interés en California por esta exposición, que intervinieron cerca de nuestro gobierno, el Alcalde de San Diego, las autoridades de Santa Bárbara, los representantes de las Cámaras de Comercio unidas, todo inútilmente.

Pocas semanas antes de la fecha en que la exposición debía abrirse, el señor General José María Tapia, gobernador de la Baja California, hizo gestiones para que la exposición no fracasara, tanto por su importancia intríseca, cuanto porque se le había dado un carácter oficial y, claro está, también en vista de los grandes gastos hechos por los organizadores de la fiesta en California.

La Secretaría de Relaciones se interesó por el asunto, y el teléfono funcionó por varios días entre San Diego y México por llevar a cabo la exposición. Nada pudo romper el silencio de la Secretaría de Industria.

Finalmente, el señor Requa, en nombre del estado de California, y las aduanas norteamericanas, proporcionaban todas las facilidades para que las mercancías que iban a exhibirse pasaran libremente por la frontera.

Los ferrocarriles mexicanos pusieron a disposición del Comité un tren especial para su transporte, todo en vano.

Esta clase de enredos y de trastornos político-económicos son posibles solamente en México y totalmente inadmisibles, incomprensibles para cualquiera que no los haya visto con sus propios ojos.

Resumen: no solamente hicimos un papel ridículo ante el pueblo de California, sino que se nos cerraron las puertas para darles salida a nuestros productos vernáculos, pues el señor Requa había establecido una serie de oficinas en California y en otros estados para lanzar al mercado, en gran escala, los productos de las artes populares de México.

Este fracaso, no por ser oficial, me consuela. Y no solamente no me consuela, sino que me indigna.

Golpe de muerte.— La absurda actuación de la Secretaría de Industria y el fracaso de la exposición de Santa Bárbara, trajeron como consecuencia la ruptura de nuestros compromisos para abrir exposiciones en Estocolmo y en París, la disolución de la Cooperativa, y la pérdida de todos los objetos que se habían coleccionado destinados a esas exposiciones.

Pero hay algo más grave que todo lo anterior: el colapso de las industrias populares.

En muchos de los centros productores, grandes y pequeños, los indígenas habían sido refaccionados por nuestra Cooperativa y se habían organizado para producir objetos de mejor clase y en abundancia. Muchos trajeron sus productos al convento, que ya había sido convertido en mercado, y cuando toda esa gente conoció el fracaso que habíamos sufrido, al volver a sus pueblos tuvo que caer en manos de los industriales extranjeros y nacionales, que transformaron una de las cosas más bellas de México en una mercancía para turistas. De estos tristes acontecimientos data la decadencia de las Artes Populares en México.

Profanos desilusionados

Los indígenas que formaban parte de las Cooperativas de Artes Populares en distintas regiones del país, habían mandado a sus representantes para que arreglasen en el patio del convento, los puestos en que habían de vender sus mercancías. Eran alfareros de Oaxaca, Tonalá, en Jalisco, Puebla y Guerrero; tejedores de Santa Ana Chateupan y de Teotitlán; talabarteros, carpinteros, bordadores de diversas regiones, felices de traer sus productos para venderlos directamente al público de la Ciudad de México. Largos días esperaron bajo las arquerías del convento, que se había convertido en una posada popular.

La disolución de la Cooperativa central entristeció a toda aquella gente estoica, acostumbrada a los contratiempos, pero que nunca había tenido la ilusión de convertirse en un mercader citadino.

Hubo dificultades para repatriarlos, y mientras el momento de la partida llegaba, se pusieron a trabajar, improvisando cada cual, rápida y hábilmente, lo que a su trabajo correspondía.

Los alfareros construyeron dos pequeños hornos en el centro del patio y se pusieron a hacer vasijas con un barro arenoso que no les gustaba, pero las decoraron primorosamente y las vendieron en la puerta del claustro.

Los tejedores improvisaron un "telar de cintura", una de cuyas puntas está amarrada al cuerpo del trabajador y la otra atada a cualquier cosa, al tronco de un árbol, una columna, una piedra, y fabricaron ceñidores y pequeños sarapes. Y así cada uno de los demás, lo que dio por resultado que el patio del convento se transformara en un verdadero taller colectivo, vago reflejo de lo que nosotros queríamos instituir.

Por las noches comentábamos el desastre en que se sumieron nuestros esfuerzos, y por primera vez yo pude observar en un indio de esta clase, una verdadera amargura.

Ellos habían permanecido sepultados en sus pequeños pueblos sin pensar que hubiese un más allá glorioso, y yo cometí el crimen de despertarlos para venir en busca de esa gloria que la Secretaría de Industria asesinó al nacer.

Estudiando las artes populares de México pueden valorarse ciertas cualidades propias de quienes las producen: gran sentimiento artístico, especialmente un fuerte sentimiento decorativo, gran resistencia física, espíritu metódico y de asimilación, fuerte personalidad que transforma y organiza, dándole un sello muy individual a todo lo que asimila y admirable habilidad manual.

Trabajan siempre en la forma más primitiva y nunca se detienen ante las dificultades que surgen en su trabajo porque todas las resuelven con su espíritu improvisador y la habilidad de sus manos.

Así los volvía yo a ver, después de haber convivido con ellos en sus pueblos, trabajar con cualquier cosa, y produciendo siempre una obra de arte con un carácter personal muy acusado.

Pero aquel taller, también improvisado, tenía que desintegrarse fatalmente, y los profanos que habían venido para tomar posesión de un hermoso patio que iba a ser de su propiedad, se volvieron a sus pueblos con la convicción de que no hay que confiar más que en sus propias manos.

La muerte de Obregón

Hubo una época en que los corredores del convento se transformaron en un taller de pintura, no porque yo me hubiese constituido en un profesor, sino porque un grupo de muchachas comprendió que la amplitud del claustro podía albergarlas, y en él trabajaron largos meses. Muchas demostraron gran talento y dedicación, especialmente, en el arte del retrato, la güerita Urueta y Laura Garza Galindo sobre todas.

La güerita Urueta era una chica preciosa, chispeante en su conversación, muy observadora, con un verdadero temperamento de artista, pero sus pocos años y su extremada ambición le impedían llegar de un salto a ese descanso que está al final de una larga escalera y al cual sólo es posible ascender subiendo escalón por escalón. Lo comprendió a tiempo, se disciplinó y después de múltiples rebúsquedas ha logrado ser una de las mejores pintoras de México y una de las más originales.

Laura Garza Galindo era una chica delgada y elegante, siempre muy bien vestida, muy reconcentrada y una gran retratista.

Estas dos chicas guiaban al pequeño grupo, en el cual había otras muchachas que no sabían hacer otra cosa más que lucir sus belleza y llenar de alegría los ámbitos del convento. Dos de entre ellas eran admirables: Elvia y María Luisa.

Elvia era una chica de pura raza zapoteca que hubiera podido servir de modelo a las más rientes máscaras de la escultura de su estirpe. Pero su acometividad la transformaba en una fiera de las selvas tropicales, y nadie podía resistir su orgullo de acción. Gran nadadora, acabó por ser la mejor profesora de natación de México, lo que no le impedía que su inquietud se manifestase constantemente en las letras, y en el dibujo, en el cual se expresó con elocuencia.

María Luisa era una gacela, ágil y nerviosa, alegre y retozona, siempre llena de optimismo, realmente muy bonita, y su gracia y su talento la llevaron al estrellato del cine nacional.

Con frecuencia nos reuníamos a comer en el antiguo refectorio de los mercedarios, y honraban nuestra mesa algunas grandes señoras de mucho postín, que ponían alrededor de nuestros ágapes una atmósfera de seriedad aristocrática.

En una ocasión, mientras discutíamos delante de un extraño plato de hongos que a Laura no le gustaban, sonó el teléfono y la güerita tuvo un sobresalto. ¡Una desgracia! ¡ay! una des-

gracia, algo ha sucedido, dijo muy azorada. Me levanté y descolgué el audífono. Una voz angustiosa se escuchó:

—¡Doctor, doctor, mataron a Álvaro!

—¿Pero, cómo, cuándo?

—Ahora, hace un momento (eran las dos y media de la tarde), en la Bombilla.

Era la voz de una vieja criada del General Obregón que me comunicaba la noticia.

Colgué la vocina y le dije a la güerita: tu presentimiento era exacto, acaban de matar al General Obregón. Conmoción general y comentarios que nos impidieron seguir comiendo.

El General Álvaro Obregón, que de un modesto taller en su pueblo natal se lanzó a la Revolución contra el gobierno del General Huerta y se abrió paso desde el norte del país hasta la capital, tras una serie de victorias contra las tropas federales, era un hombre de fuerte complexión, bien plantado, cabeza más bien grande con una nariz elegante, ojos muy penetrantes, boca autoritaria, pero fácil a la sonrisa —aspecto de hombre pleno de voluntad, de firmeza—. Su inteligencia era clara y su memoria verdaderamente prodigiosa. En ella conservaba con la mayor facilidad largos documentos, telegramas recibidos o enviados años antes y era capaz de retener, íntegra, una composición poética después de haberla oído la primera vez. Como Napoleón se sabía no sólo los nombres de sus oficiales, sino de muchísimos entre sus soldados.

Las anécdotas que se cuentan en torno de la memoria de Obregón son innumerables, y es a todas luces evidente que fue un auxiliar de primer orden en el desarrollo de sus campañas militares.

Ellas lo elevaron a la más grande altura entre los caudillos del continente. Sus campañas contra la División del Norte, comandada por el General Villa asesorado de un Estado Mayor compuesto de famosos militares del ejército federal, no han sido todavía analizadas técnicamente, ni apreciadas en

su verdadero mérito. A mí me pareció que alguien debía juzgarlas, alguien verdaderamente competente y envié sus descripciones y algunos planos al General francés Mangín, quien me comunicó su opinión en una extensa carta, en la que una sola frase sintetiza su juicio: "la marcha del General Obregón en el territorio mexicano, hacia Trinidad, León y el norte del país, tiene todas las características de las marchas de Julio César en las Galias".

Durante todas esas campañas, y en otras varias, pude acompañarlo como observador y nuestra amistad se estrechó día tras día. Pero cuando Obregón se levantó contra Carranza, entonces Presidente de la República, yo consideré que cometía un grave error y en un mitin público, en Hermosillo, lo dije. Tuve que escapar de las zonas dominadas por sus fuerzas, y nuestra amistad se convirtió en un odio que parecía inextinguible. Sin embargo, ciertos afectos familiares y la intervención del ingeniero Pani hicieron presión en el ánimo de Obregón, y en el mío, y nos reconciliamos bajo las arcadas del claustro mercedario. Me invitó a tomar parte en la campaña que iniciaba para alcanzar la Presidencia de la República y formar parte del gobierno después del triunfo. Me rehusé. La amistad, toda entera, de política nada.

Sin esa reconciliación, tal vez el anuncio de su muerte no me hubiera causado ninguna pena, como no la causó al pueblo de México, que odiaba al General Obregón después de haberlo exaltado como un gran soldado.

Profanas ilustres

Buen número de muchachas desfilaron bajo las arcadas del convento, iluminando sus penumbras seculares con los chispazos de su ingenio y los reflejos de su belleza, pero entre ellas un pequeño grupo se destacó por su inteligencia, su gracia o su hermosura. Algunas eran declamadoras en ciernes,

otras se iniciaban en el campo de las letras o de la música, pero todas, con el andar con los años, adquirieron un sólido prestigio en el arte teatral, en el cine o en la diplomacia.

Amalia.— Rubia, esbelta, elegante en el vestir y en el hablar, recitadora por vocación, en todas las veladas deleitaba a los amigos que nos reuníamos para escucharla y admirarla en calidad de críticos o de simples mortales embelesados con su gracia.

Se casó muy joven con un hombre de *sprit*, historiador y galante que vivió siempre opacado por el talento de su mujer. Ella, discreta, se abstuvo siempre de hacerle sentir su superioridad. Desde muy joven se distinguió en el arte de recitar, y recitando los versos de los grandes poetas de habla española, alcanzó gran prestigio en círculos privados, pero sus triunfos tenían más bien el carácter de un *succes d' estime*.

Amalia no podía conformarse con halagos circunscritos al grupo de sus amigos, y se lanzó a escribir para el teatro. El éxito fue completo desde el momento de la aparición de su primera comedia en el teatro Ideal. Al principio el público se sorprendió ante aquella manifestación tan completa y tan personal del arte teatral, quizá porque no concebía que una mujer tan joven y tan bonita fuera capaz de escribir obras de gran envergadura.

Las comedias de Amalia se sucedieron y la crítica y el público las coronaron de laureles bien merecidos. Desde su primera obra teatral, Amalia apareció como una escritora de primera línea.

El tiempo transformó su vida. El marido murió. Sus preciosas hijas se casaron y Amalia entró de lleno en el campo del periodismo y de la diplomacia internacional, donde su gran talento y su prestancia le han conquistado un puesto de primera importancia entre las mujeres que luchan denodadamente por el mejoramiento social.

La elevación de Amalia se debe fundamentalmente a su extraordinario talento circundado de sus encantos femeninos.

Isabella.— Arquetipo de mujer pasional, poseedora de esa extraña belleza peculiar de las almas torturadas y ardientes que tuvieron Safo y la Duse, desde muy pequeña se dedicó espontáneamente a la recitación, pero no entre grupos de amigos, sino en la escuela Lerdo, donde apareció siempre, lo mismo en las fiestas del plantel que en los festivales de los teatros, como la más alta expresión de la cultura escolar.

Sus grandes dotes de comedianta la llevaron desde temprana hora a los estudios cinematográficos, y al presentarse en su primera película se reveló con todas las características de su temperamento poderosamente apoyadas por su voz apasionada y armoniosa.

Desgraciadamente esas grandes dotes teatrales de Isabella no fueron plenamente aprovechadas por sus directores, que acostumbrados a la cursilería de las artistas disfrazadas de chinas poblanas y a la sosería de las niñas bonitas recomendadas por algún productor, no alcanzaron poner en valor todo el tesoro que Isabella encerraba en su gran alma de artista, pero no pudieron impedir que aquella su voz maravillosa, de inflexiones profundas y apasionadas, no llegase a conmover los sentimientos de las gentes. Esa voz de Isabella llega siempre al alma de las multitudes con la prodigiosa armonía de una fuerza de la naturaleza. Tampoco pudieron impedir, a pesar de cerrarle el camino frecuentemente, que Isabella apareciese en la pantalla como la más grande trágica del cine nacional.

Maria Luisa.— Sólida en su estructura fisica, poseía también una vigorosa estructura mental. Cuando empezó a escribir para las revistas y para el teatro entraba apenas en la juventud, y su aspecto era semejante al de aquellas muchachas que vemos en los fescos de Pompeya llenas de dignidad.

Las amplias y profundas cuencas de sus ojos, su nariz recta y su boca firme se encerraban en un óvalo fuertemente dibujado. Una gran cabellera negra y alborotada coronaba su armoniosa figura.

Y así eran sus comedias y sus dramas, sobrios, bien organizados. Estilo conciso y claro, escenificación espontánea y elocuente. ¿Cómo ha sido posible que con todas estas dotes que le habían llevado rápidamente al primer plano entre los escritores teatrales del país, María Luisa haya abandonado tan inesperadamente una labor para la que había sido creada? María Luisa dejó de escribir precisamente en el momento en que lo único que necesitaba era proseguir.

Adela.— Siendo casi una niña la conocí en un recital y me pareció tan inteligente y tan activa, y era tan bonita, que la invité a formar parte de la Liga de Escritores Revolucionarios, acabada de fundar. Llegó a la vieja casa donde nos albergamos aquellos que creíamos en las virtudes de las letras y de las artes. Su presencia llenó de alegría la mansión y sus recitales la honraron. Era pequeña y graciosa, sencilla en el vestir, y su voz clara y su risa retozona revelaban una muchacha llena de vida.

Pronto se revelaron su espíritu de organizadora y su don de gentes. En la lucha por vencer era siempre optimista, cualidad que a través de su vida se ha intensificado llevándola a ocupar un puesto envidiable y envidiado en las esferas sociales, en la promoción y sostenimiento de las grandes obras de beneficencia, y pronto también conquistó el corazón de las gentes a quienes prodigaba la dádiva de su presencia. Porque la sola presencia de Adela era, como es ahora, una dádiva divina de belleza y de optimismo y de elegancia.

Tuvo la fortuna de encontrarse, al iniciar el camino de su vida consciente, un hombre que supo comprenderla y amarla, un hombre cuyo prestigio de arquitecto se había ya consolidado en todo el país, y cuyo nombre era una garantía para la

muchacha que llegaba al mundo de las realidades llena de ilusiones, de ideales humanitarios y de esas raras virtudes propicias a la formación de lo que yo considero como la más quimérica de las empresas: la creación de un hogar feliz.

Adela es un tipo excepcional en nuestro medio social. No es una diletante del trabajo. En las obras de beneficencia, trabaja por la cosa misma y no por lo que pudiera decirse de ella. Es inmune a las diatribas y a los ataques de los escritores venales. Lo que hace, lo hace siempre bien, desde recibir a sus amigos en su magnífica casa de San Ángel, hasta consolidar la existencia del Hospital para los ciegos, y más alto todavía, hasta crear la Universidad Femenina.

En todas partes y en todas las épocas las universidades han surgido al amparo de un gobernante, de las instituciones religiosas o de grupos de gente poderosa. Adela ha hecho surgir la Universidad Femenina con su sola y prodigiosa voluntad iluminada por su claro talento.

En cualquier país, la Universidad Femenina tal y cual Adela la ha organizado, sería un fenómeno extraordinario, pero en México es un verdadero milagro, un milagro de la inteligencia y de la voluntad.

Adela, en los tiempos que corren, ha dejado atrás todas las dificultades y cultiva sus bellas obras como un jardinero las plantas de su jardín y tiene, como la Virgen del Apocalipsis, al dragón de la envidia y de la estulticia aplastado bajo sus pies.

Hastío

Años de rudo trabajo, de luchas, de fracasos, de jolgorio, en los que no pudo surgir un triunfo completo, me hastiaron.

¿Cómo había de surgir un triunfo cualquiera en medio del desorden y en la alegría desorbitada? Los triunfos son hijos del dolor. Los triunfos son fruto de nuestra voluntad reconcentrada puesta en acción fuera del placer y de la dicha.

Los triunfos los producen solamente los chorros de sangre que brotan de las heridas recibidas en el combate. El triunfo, en las luchas de la vida, es lo opuesto del placer, a la vanidad, a la despreocupación. El triunfo es siempre amargo, cuando es grande.

Los años pasados en el convento fueron una fiesta donisíaca, y nada más. ¿Cómo no había de sentirme hastiado?

Era necesario vivir otra vida, buscar otra cosa, otra cosa, se encuentra en todas partes.

Y una mañana radiosa decidí abandonar el claustro, monje desilusionado de la vida conventual.

Visión apocalíptica

Sentado al borde de la fuente que ornaba el centro del patio, me pareció que las arcadas de los corredores se esfumaban en una tiniebla luminosa. Junto a mí, un pequeño muchacho del vecindario aplicaba su ojo al vidrio de un caleidoscopio.

—¡Préstame tu juguete —dije al niño.

—Tómelo usted, verá cuántas cosas se ven, parecen como mosaicos.

Yo apliqué mi ojo al juguete y empecé a darle vueltas. Formas geométricas compuestas con piedras preciosas aparecieron en su fondo, triángulos amarillos rodeados de prismas rojos que forman un brillante mosaico, combinación de prismas verdes enmarcadas en diamantes y luego unas arcadas que se multiplican alrededor de un centro donde parece que estoy yo.

¿Qué ha sucedido? Sigo dando vueltas al pequeño tubo de vidrio y de repente aparecen figuras humanas que se mueven en desorden. Extraños tipos vestidos de militares apuntan con sus revólveres hacia el centro del patio. Dos preciosas bailarinas danzan sobre el piso rojo de un gran salón. Tienen centenares de brazos y de piernas: son como diosas hindúes,

una es morena y la otra rubia y sonríen como si estuvieran en el palco escénico de un teatro.

Una mujer vestida con un peplo de lino escancia en una copa el vino de amor. Otras mujeres la acompañan llevando ánforas. Luego aparecen muchachas que recitan versos de Rubén Darío. Sombras de frailes se entrelazan en la penumbra de una capilla.

Dos relámpagos verdes surgen de una tumba en cuyo fondo una muerta grita: ¡amor, amor!

(La geometría de las figuras caleidoscópicas se había transformado en una suceción de figuras humanas deformadas por el tiempo).

Un fraile mercedario empujaba su propia sombra y me gritaba: ¡Maté al coronel por asesino!

Mi ojo pegado al vidrio del juguete veía la vida tumultuosa y complicada dar vueltas en un extremo sin dimensiones donde las mujeres se disolvían en la nada y las ambiciones se sepultaban en el fondo de una tumba, como un ataúd...

Vuelven a girar entre las arcadas muchachas de las escuelas, viejas señoras cargadas de joyas, amigos que traen en las manos una pluma o un pincel y en las sombras del misterio brotan de los muros chorros de plata...

¡Cuánta gente, cuántas cosas, cuántos acontecimientos. Gentes profanas giraban desorbitadamente alrededor de las mesas llenas de manjares o ante los cuadros colgados de los muros!

Gentes, cosas, hechos inverosímiles, ilusiones luminosas, cadáveres envueltos en el dolor —el mundo que pasó por el convento gira en el fondo del tubo de vidrio—. Aparté mi ojo y la visión desapareció.

—Gracias niño, tu juguete es milagroso.

—¿Milagroso? —dijo—. ¡Me costó quince centavos!

—Pero lo que el tiempo le puso dentro ha costado algo más de quince centavos.

* * *

¡A NAVEGAR!

¡Levemos el ancla! El barco ha estado demasiado tiempo anclado en el puerto.

¡Suelta las amarras, capitán, el Oceáno te espera!

Navigare est necessit, vivere non est necessit.

FIN

Gentes profanas en el convento, del Dr. Atl, se terminó de imprimir en diciembre de 2003, en los talleres de Mexicana Digital de Impresión, S.A. de C.V. Av. de la República 145-A, Col. Tabacalera, México, D. F. Se tiraron 1,000 ejemplares en papel cultural de 45 kilogramos. Se usó tipografía Garamond en 10 y 14 puntos.
Cuidado de la edición: *Laura Guillén*.
Formación: *María Luisa Soler Aguirre.*